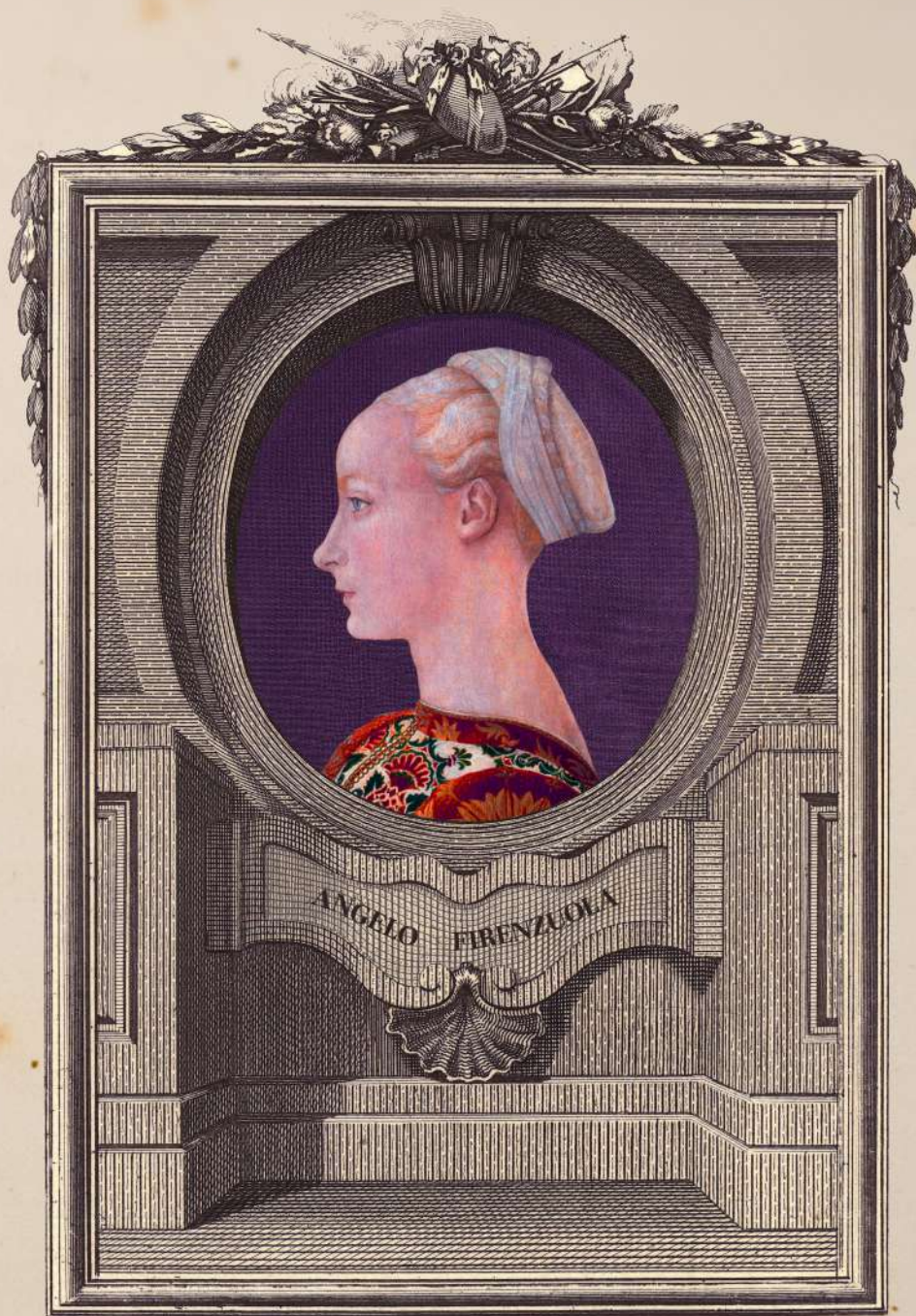


El elogio a las mujeres y su defensa  
en los diálogos y la epístola de Agnolo Firenzuola



Edición crítica y traducción de  
María Isabel García Pérez y Sara Velázquez García

## **Colección**

# **MenForWomen. Voces Masculinas en la Querrela de las Mujeres**

*Vicente González Martín*

*Mercedes Arriaga Flórez*

*Daniele Cerrato*

*Directores*

## *Comité Científico*

Patrizia Caraffi, Universidad de Bolonia

Javier Gutiérrez Carou, Universidad de Santiago de Compostela

Irena Prosenc, Universidad de Lubiana

Mirella Marotta, Universidad Complutense de Madrid

Barbara Meazzi, Universidad de Côte Azur, Francia

Alessandro Ferraro, Universidad de Génova

Marcelo Pereira Lima, Universidad Federal de San Salvador de Bahía, Brasil

Gladys Lizabe, Universidad Nacional de Cuyo, Argentina

Ana María Díaz Marcos, Universidad de Connecticut, USA

Rodrigo Browne, Universidad Austral de Valdivia, Chile

Monica Farnetti, Universidad de Sassari

Matteo Re, Universidad Rey Juan Carlos de Madrid

Roberto Trovato, Universidad de Génova

Ellen Patat, Universidad de Estambul, Turquía

Julia Benavent, Universidad de Valencia

Daniela de Liso, Universidad Federico II de Nápoles

Matteo Lefevre, Universidad de Universidad de Roma 'Tor Vergata'

Raquel Gutiérrez Sebastián, Universidad de Cantabria



María-Isabel García-Pérez y Sara Velázquez-García (eds.)

**EPÍSTOLA EN  
ALABANZA DE LAS  
MUJERES**

**DIÁLOGO DE LA  
BELLEZA DE LAS  
MUJERES**

**Agnolo Firenzuola**

*Dykinson, S.L.*

2024

**Epístola en alabanza de las mujeres.  
Diálogo de la belleza de las mujeres.**  
María-Isabel García-Pérez y Sara Velázquez-García (Eds.)

Esta publicación ha sido financiada con el proyecto I+D del MINECO  
“Menforwomen. Voces masculinas en la Querrela de las Mujeres”.



Proyecto PID2019-104004GB-I00 de investigación financiado por:



Todos los derechos reservados. Ni la totalidad ni parte de este libro puede reproducirse ni transmitirse sin permiso escrito de Editorial Dykinson S.L.  
El presente volumen cuenta con el VB del Comité Científico de la Colección y ha sido sometido a evaluación por pares doble ciego.

© De la introducción, edición crítica y traducción: María-Isabel García-Pérez  
y Sara Velázquez-García.

© Del texto: Angolo Firenzuola  
© De la presente edición: Dykinson S.L.  
© Diseño portada: Belén Abad de los Santos  
1º edición: 2024

Editorial Dykinson S. L.  
Meléndez Valdés, 61 – 28015 Madrid, España  
Internet: <https://www.dykinson.com/>  
E-mail: [info@dykinson.com](mailto:info@dykinson.com)

ISBN: 978-84-1170-978-1

EPÍSTOLA EN ALABANZA DE LAS  
MUJERES

DIÁLOGO DE LA BELLEZA DE LAS  
MUJERES

Agnolo FIRENZUOLA

EDICIÓN CRÍTICA BILINGÜE, INTRODUCCIÓN Y TRADUCCIÓN  
MARÍA-ISABEL GARCÍA-PÉREZ Y SARA VELÁZQUEZ-GARCÍA

## SOBRE LAS AUTORAS

**María-Isabel García-Perez** es profesora del Área de Filología Italiana de la Universidad de Salamanca donde imparte clases de lengua y didáctica. Se doctoró en dicha universidad con una Tesis sobre la presencia de la camorra en la literatura, la música y el cine italianos. Forma parte de los Grupos de Investigación “Escritoras y personajes femeninos en la literatura” (eperflit) de la Universidad de Salamanca, “Escritoras y Escrituras” (hum753) de la Universidad de Sevilla y “Voces Femeninas en la Literatura y la Cultura Europeas” (ventura), de la Universidad de Oviedo. Sus publicaciones giran en torno a la literatura escrita por mujeres y estudios de género, la novela criminal italiana y los estudios de adaptación cinematográfica.

**Sara Velázquez-García** es licenciada en Filología Italiana por la Universidad de Salamanca y en Periodismo por la Universidad Pontificia de Salamanca. Es profesora del Área de Filología Italiana de la Universidad de Salamanca donde imparte clases de lengua, traducción y cultura. Se doctoró en la Universidad de Salamanca con una Tesis sobre la literatura de la inmigración en Italia. Forma parte de los Grupos de Investigación «Escritoras y personajes femeninos en la literatura» (eperflit) de la Universidad de Salamanca, «Escritoras y Escrituras» (hum753) de la Universidad de Sevilla y «Voces Femeninas en la Literatura y la Cultura Europeas» (ventura), de la Universidad de Oviedo. Sus publicaciones en los últimos años se centran en el estudio de escritoras inéditas en español cuya obra ha supuesto una importante aportación a la literatura italiana, en el análisis de obras escritas en italiano por autores inmigrantes y en la recepción y traducción de novelas contemporáneas italianas y su influencia en España.

## ÍNDICE

### INTRODUCCIÓN CRÍTICA

EL ELOGIO A LAS MUJERES Y SU DEFENSA EN LOS DIÁLOGOS  
Y LA EPÍSTOLA DE AGNOLO FIRENZUOLA ..... 9

1. Agnolo Firenzuola ..... 9
2. Producción literaria durante el periodo romano ..... 12
3. Producción literaria durante el periodo *pratese* ..... 16
  - 3.1. Los *Diálogos* ..... 18
4. Influencias y referentes en la obra de Firenzuola ..... 28
5. Nota a la traducción y edición ..... 34
6. Referencias bibliográficas ..... 35

### OBRA

EPÍSTOLA IN LODE DELLE DONNE ..... 39

EPÍSTOLA EN ALABANZA DE LAS MUJERES ..... 49

DIALOGO DELLE BELLEZZE DELLE DONNE ..... 61

Discorso I. Della bellezza delle Donne, intitolato Celso ..... 69

Secondo discorso. Della perfetta bellezza d'una Donna .... 102

DIÁLOGO DE LA BELLEZA DE LAS MUJERES ..... 125

Discurso I. De la belleza de las mujeres, titulado Celso ..... 134

Segundo discurso. De la perfecta belleza de una mujer ..... 170





# EL ELOGIO A LAS MUJERES Y SU DEFENSA EN LOS DIÁLOGOS Y LA EPÍSTOLA DE AGNOLO FIRENZUOLA

María-Isabel GARCÍA-PÉREZ  
Sara VELÁZQUEZ-GARCÍA  
*UNIVERSIDAD DE SALAMANCA*

Este libro es resultado de las investigaciones realizadas en el marco del proyecto de I+D+i “Men for Women. Voces masculinas en la Querrela de las Mujeres”<sup>1</sup>, que se ocupa del estudio de la contribución y participación de diferentes autores e intelectuales en la querrela italiana durante el periodo comprendido entre los siglos XIII y XVII.

## 1. AGNOLO FIRENZUOLA

El escritor italiano Michelangelo Gerolamo Giovannini da Firenzuola, más conocido como Agnolo Firenzuola, nace en Florencia el 28 de septiembre de 1493 en el seno de una familia humanista. Su apellido proviene del otrora homónimo *borgo* situado en los Apeninos de la Romaña toscana, donde residían sus padres: Bastiano de’ Giovannini, de profesión notario, y Lucrezia Braccesi, hija del destacado humanista y diplomático florentino del *Quattrocento*, Alessandro Braccesi, para quien su yerno, Bastiano, trabajó como secretario personal. Si bien algunos datos de la biografía del autor resultan inciertos y limitados se tratará de realizar un breve recorrido que resuma la trayectoria de este autor que consagró su vida a cultivar las letras y el conocimiento con un amplio repertorio de obras dedicadas a las mujeres.

Agnolo Firenzuola comenzó sus estudios universitarios en Siena a la edad de dieciséis años, aunque finalmente se graduó en

---

<sup>1</sup> Men for Women. Voces masculinas en la Querrela de las Mujeres en Italia. Referencia: PID2019-104004GB-I00. Plan Estatal 2017-2020 (Generación Conocimiento – Proyectos I+D+i). Investigadores principales: Mercedes Arriaga Flórez y Daniele Cerrato. Página web: <https://menforwomen.es/es>.

Derecho en la Universidad de Perugia. Durante su estancia en estas dos ciudades, tuvo la oportunidad de relacionarse con importantes personalidades que desempeñarían un papel muy relevante en su vida. En Siena, por ejemplo, estableció contacto con el humanista y literato Claudio Tolomei<sup>2</sup>, mientras que en Perugia entabló amistad con el también escritor Pietro Aretino, con quien compartió un periodo de vida en el que se dejaron llevar por actitudes y comportamientos disolutos, sin que esto le impidiera completar sus estudios. Se unió a la Orden Vallombrosana de monjes benedictinos en la que previamente su padre había trabajado como notario. Alrededor de 1518, se trasladó a la Roma de León X, donde llevó a cabo funciones importantes como la de procurador de la orden en la Curia romana y abad de la Basílica de Santa Práxedes. Permaneció en Roma durante todo el pontificado de Clemente VII, excepto durante el breve periodo en el que Adriano VI fue papa, que duró poco más de año y medio, durante el cual mantuvo una actividad literaria intensa. Además de mantener los vínculos establecidos previamente en Siena y Perugia, durante su estancia en Roma, Agnolo Firenzuola también cultivó relaciones que le resultarían fructíferas para su actividad literaria e intelectual: amplió su círculo social al entablar amistad con destacados estudiosos de la época, entre ellos Annibale Caro, Giovanni de la Casa y Francesco Maria Molza. Parece ser que por un tiempo también sirvió al duque Paolo Giordano Orsini, perteneciente a una influyente familia de la época.

En Roma tiene lugar otro de los momentos fundamentales de su vida, Agnolo Firenzuola se enamora de una mujer a la que él se refiere con el pseudónimo de Costanza Amaretta, único nombre por el que el público lector la conocerá. Poco más se sabe de ella aparte de lo que Firenzuola revela en sus *Ragionamenti*, donde la retrata con una personalidad y actuación ejemplares y le

---

<sup>2</sup> Como se verá más adelante, uno de los textos traducidos y analizados en este trabajo, *Epistola in lode delle donne*, surge precisamente de una carta dirigida a Claudio Tolomei, quien había criticado previamente el hecho de que Firenzuola hiciera protagonista de una serie de razonamientos de alto nivel intelectual a una mujer en la obra *Ragionamenti* que el florentino le había enviado para conocer su opinión. Sin embargo, ante la inesperada crítica recibida Firenzuola decide escribir esta carta dirigida a Tolomei en la que realiza una ferviente defensa de las mujeres.

confiere la virtud de razonar y dialogar al mismo nivel que lo hacen los hombres, como él mismo explica al introducir su personaje en la obra: “ascoltiate M. Gostanza di amore e di molte altre cose bellissime ragionare” (Firenzuola, 1548: 12)<sup>3</sup>.

Durante ese mismo periodo, Firenzuola se embarcó en la tarea de realizar una traducción *actualizada* de *El asno de oro* de Apuleyo. Se emplea el término ‘actualización’ porque el autor traduce la novela del escritor latino adaptándola a los usos y otros detalles –entre los que se encuentra el modo de vestir– propios del siglo XVI. En esta versión, el protagonista, Lucio, adopta el nombre de Agnolo en una clara alusión autobiográfica y se introducen otras referencias a sus propias circunstancias personales. También se realizan arreglos mediante la eliminación de ciertos pasajes que no se integraban con el resto de las aventuras narradas.

En 1526, tras enfrentar diversas dificultades, incluida una enfermedad grave, al parecer solicitó la dispensa de sus votos –la cual obtuvo el 8 de mayo de ese mismo año– para retirarse a un férreo aislamiento. Firenzuola abordará esta enfermedad en sus escritos y en una carta posterior, fechada en 1541, dirigida a Pietro Aretino. Casi diez años más tarde, Agnolo Firenzuola regresa a Florencia y se establece en Prato, ciudad a la que atribuye su mejoría en numerosas poesías haciendo referencia a las virtudes del aire que allí se respiraba; de hecho, fue durante este periodo cuando el autor vivió su momento de mayor esplendor en lo que respecta a su creatividad literaria dando lugar a algunas de sus obras más célebres.

En la misma Prato fue designado usufructuario y administrador de la abadía de San Salvatore de Vaiano. Desarrolló esta tarea con diligencia y entusiasmo, alejándose del enfoque meramente especulativo que había caracterizado a algunos de sus predecesores y que había dañado considerablemente la reputación del monasterio. Después de dos años, fue destituido del cargo de abad del monasterio, pero mantuvo su posición como pensionista (*Abbas perpetuus*) de la abadía, lo que le aseguró unos discretos ingresos hasta su fallecimiento el 27 de junio de 1543.

---

<sup>3</sup> Costanza Amaretta aparecerá mencionada también en las dos obras de Agnolo Firenzuola objeto de este estudio: la *Epistola in lode delle donne* y *Dialogo delle bellezze delle donne*.

El autor florentino falleció en completa soledad; sus hermanos –conocedores de la noticia de su muerte dos semanas más tarde– decidieron renunciar a su herencia al considerar que les proporcionaba más deudas que beneficios. En la actualidad, las dependencias que ocupó Firenzuola en la abadía de Vaiano han sido convertidas en un museo en el que se exponen algunos documentos de su propiedad entre los que se encuentra la primera edición de las *Prose*<sup>4</sup>, una obra antológica que recopila varios textos escritos en diferentes momentos de su vida y sobre diversas temáticas, publicada de manera póstuma en 1548.

Como hemos visto en el breve recorrido biográfico que hemos realizado sobre el autor, la obra de este puede dividirse en dos grupos correspondientes a dos periodos bien diferenciados de su vida. El primero corresponde a los años que vivió en Roma, etapa que aproximadamente abarca desde 1518 hasta 1534 y durante la cual redactó *I Ragionamenti*, la *Epistola in lode delle donne* y el *Discacciamento de le nuove lettere inutilmente aggiunte ne la lingua toscana*. La segunda etapa se enmarca en el periodo comprendido entre 1534 hasta su muerte, años que Firenzuola pasó en el monasterio de San Salvatore en Prato; será este segundo periodo el de mayor producción literaria, hecho que responde a un momento de gran felicidad en la vida del escritor. Durante esta época se dedicó a la redacción de *Dialogo delle bellezze delle donne*, *La prima veste dei discorsi degli animali* y las obras teatrales *I Lucidi* y *Trinunzia*.

## 2. PRODUCCIÓN LITERARIA DURANTE EL PERIODO ROMANO

A este periodo pertenece la única de sus obras que Firenzuola vio publicada en vida, se trata del *Discacciamento de le nuove lettere inutilmente aggiunte ne la lingua toscana* publicada en 1524, opúsculo polémico contra la propuesta de reforma ortográfica que Gian Giorgio Trissino había propuesto en una epístola dirigida al papa Clemente VII unos meses antes.

---

<sup>4</sup> En dicha antología se encuentran publicadas las dos obras aquí traducidas y analizadas. La edición con la que se ha trabajado en este estudio es la realizada por la editorial Giunti que sale a la luz en 1562.

Durante esta época, Firenzuola también acometió la tarea de llevar a cabo la realización de la ya mencionada traducción de *El asno de oro* de Apuleyo.

No obstante, las obras principales de este periodo giran, en realidad, en torno a *I Ragionamenti*, ya que la *Epistola in lode delle donne* surge en respuesta a una crítica recibida a la primera por parte del filólogo y crítico literario Claudio Tolomei.

Como sabemos, durante su estancia en Roma se enamoró de Costanza Amaretta, de la que se conoce que es una mujer romana de origen florentino emparentada con la familia del autor y unida en matrimonio a un abogado codicioso, matrimonio que no le hacía feliz y para evadirse de esa vida desdichada dedicaba sus días a la poesía y a la filosofía. Esta afición le permitió conocer a Firenzuola y establecer una relación con él. Sin embargo, Costanza moriría de forma prematura dejando al autor en un estado de absoluta desolación, estado que le llevaría a tomar la decisión de componer unos diálogos para dedicárselos; de este modo surgieron los *Ragionamenti*, con los que Firenzuola – emulando el esquema de la obra cumbre de Boccaccio, el *Decamerón*– construyó un texto dividido en seis partes que representaban las seis jornadas durante las cuales un grupo de amigos se dirigen a un palacio situado en la Impruneta, en Florencia. El grupo de amigos estaba formado por un joven de nombre Celso, que constituía el *alter ego* del autor, la propia Costanza, una hermana, una cuñada y dos jóvenes amigos, quienes durante el trayecto intercambian ideas y dialogan sobre el amor. En realidad, de esas seis jornadas solo se ha encontrado una, que fue publicada en 1548, mientras que se desconoce si las otras cinco se perdieron o nunca llegaron a ser escritas. No obstante, sí se han encontrado fragmentos de la segunda y la mayor parte de la crítica considera que la redacción fue interrumpida debido a que no fue bien acogida por el propio papa Clemente VII. De lo que sí hay constancia es del hecho de que Firenzuola sometió al juicio de Claudio Tolomei este texto, quien al parecer expresó sus reservas acerca de que la responsabilidad de la elaboración de temas filosóficos recayera sobre una mujer (Costanza). La respuesta ante estas reservas por parte de Firenzuola fue la redacción en 1525 de la obra *Epistola in lode delle donne*, en la que el autor defiende la autoridad del

pensamiento femenino realizando una recopilación de mujeres ilustres e importantes para la historia de las ideas desde la Antigüedad hasta el siglo XVI; ese elenco de nombres le permite a Firenzuola subrayar la igualdad de hombres y mujeres afirmando que las virtudes de estas tienen el mismo *origen*, la misma *raíz* y el mismo *valor* que las de los hombres. De hecho, hace hincapié en que todos –hombres y mujeres– hemos sido creados a imagen y semejanza de Dios y gozamos de la misma alma y, por consiguiente, de la misma perfección:

che essendo, come è manifesto ad ogn'uno, l'anima della donna creata da Iddio come la nostra, e così simile à Dio com'è la nostra, egli è necessario confessare (perciò che se parte alcuna di perfettione è in quella tutto nasce da la similitudine che ella ha con Dio) che ella sia sì perfetta come è la nostra: essendo adunque della medesima perfettione, chi dirà che i suoi fiori non porgano odor delle medesime virtù, e non facciano frutti uguali à queglii di noi altri (Firenzuola, 1562b: 200).

Firenzuola establece una serie de categorías en función de la época en la que vivieron y de la procedencia, de este modo inicia su recorrido cronológico refiriéndose a mujeres ilustres de las que se sirve, como él mismo dice, para respaldar sus argumentos con los que pretende demostrar que estas son, al igual que los hombres, válidas y aptas para el pensamiento y el discurrir de las ideas. De la Antigüedad clásica surgen nombres como Amesia Sentia, Hortensia hija de Quinto Hortensio, Calpurnia Pisonis, Pola Argentaria, Sulpicia y Faltonia Betitia Proba, todas ellas insignes oradoras del imperio romano y maestras en el uso de la palabra que fueron capaces de defenderse a sí mismas y a otras mujeres, como fue el caso, por citar un ejemplo, de la mencionada Hortensia, quien gracias a su talento para la persuasión liberó a las matronas romanas del excesivo impuesto al que las sometía el triunvirato. Del mismo modo y de la misma época, hace referencia a mujeres célebres del imperio griego como Safo de Lesbos, Erina de Telos, Corina de Tanagra, Aspasia de Mileto, Cleobulina de Lindos –quien constituyó un referente incluso para

los filósofos de su época—, Areta de Cirene, Hiparquía y Leontion, mujeres de gran elocuencia y sabiduría.

Por otro lado, el autor manifiesta su deseo de incluir en este listado de mujeres eminentes algunas más cercanas a su época y a su territorio. Entre estas destaca los nombres de excelsas italianas como la monarca Amalásunta del reino ostrogodo de Italia, Santa Paula de Roma o las escritoras Catalina de Siena, Isotta Nogarola, Cassandra Fedele, Battista Malatesta y Alessandra Scala, todas ellas representantes del humanismo italiano. Aunque Firenzuola irá más allá de las fronteras italianas aludiendo a las místicas alemanas Hildegarda de Bingen e Isabel de Schönau o a la dramaturga sajona Hroswitha de Gandersheim.

La continuación de la epístola discurre a partir de una sucesión de nombres “senza servare ordine, ò di tempi, ò di paesi” (Firenzuola, 1562b: 204) en la que el autor menciona una serie de mujeres importantes en diferentes momentos de la historia por las más variadas circunstancias; hay a quien menciona como ejemplo de templanza, Antonia la Menor; de constancia, Sempronía; de castidad, Quiomara o de fe ciega, Hipsicratea. Asimismo, alaba la obra de algunas de estas mujeres destacando la elegancia de las epístolas de Isotta Gambara o la perfección de los sonetos de la hermana de esta última, Verónica, los cuales compara y equipara con los versos de Petrarca. Todas estas mujeres, como decíamos, representan para el autor dechados de virtudes capaces de demostrar la valía y fortaleza del género femenino a lo largo de la historia y por ello, y convencido de haber llevado a cabo su misión dignamente, concluye la epístola del siguiente modo:

Poscia che egli mi pare havervi dimostrato che le donne sono di quella stessa virtù che semo noi altri, e che ellen si sono infinite volte ne campi di quelle con grandissimo frutto esercitate, e i valenti huomini non solo le udirono volentieri, ma le fecero de i gran filosofi maestre, e Iddio giudicò essere convenevol cosa che per la bocca lor si predicesse la natività del suo figliuolo, io priego voi, e tutti coloro che non si sdegnaranno leggere queste mie fatiche, che ascoltino con benigne orecchie il parlar di colei, che gia diede con vivo suono, non picciolo piacere a chi lo'ntese: state sano. Di Roma à di 7.di Febraio. 1552 (Firenzuola, 1562b: 208).



### 3. PRODUCCIÓN LITERARIA DURANTE EL PERIODO PRATESE

Durante su estancia en Prato, Agnolo Firenzuola llevó a cabo un papel decisivo en la fundación de la Accademia dell'Addiaccio, considerada precursora de la Arcadia, con el propósito de fomentar la actividad literaria local. Además, impulsó representaciones teatrales y escribió dos obras siguiendo los estándares clásicos de la comedia de la época: *I Lucidi* y *Trinunzia*. Asimismo, durante su residencia en el monasterio de San Salvatore, el autor florentino experimentó un periodo de gran productividad literaria –unida a una etapa de absoluta felicidad– en el que escribió algunas de sus obras más destacadas, entre las que se incluyen el *Dialogo delle bellezze delle donne* y *La prima veste dei discorsi degli animali*. Esta última obra presenta una reinterpretación de una de las fábulas del *Panchatantra*, una colección de cuentos indios escrita en sánscrito que según algunas estimaciones fue creada entre el siglo III a. C. y el siglo III d. C. La expresión *prima veste* alude al hecho de que se trata de la primera traducción de esta obra en lengua vulgar; su primera edición impresa data de 1548, es por tanto la publicación póstuma del texto que, probablemente, Firenzuola compuso en sus últimos años de vida, entre 1541 y 1542.

Pero, sin lugar a dudas, su obra más destacada de este periodo será el *Dialogo delle bellezze delle donne*, un tratado que data del 18 de enero de 1541 y que, como su propio título indica, escribe en forma dialógica como un modo de expresión literaria que le permitiría explorar ideas y debatir sobre diversos temas, como el de la naturaleza de la belleza o el papel de las mujeres en la sociedad. En este diálogo Firenzuola refleja su profunda admiración por la estética y la belleza femenina. Aunque la forma y el contenido de la obra no son particularmente innovadores, este texto se presenta como un excelente ejemplo que permite examinar cómo se popularizaron los debates intelectuales de la época a través del diálogo literario, un género clásico muy utilizado y en boga entre los neoplatónicos que resurgió durante el Renacimiento como medio de intercambio sociocultural. Este género literario facilita al lector la comprensión del discurso social, la historia cultural y las interacciones entre hombres y mujeres.

En el *Dialogo delle bellezze delle donne* Firenzuola retoma algunos de los temas que había incluido previamente en sus *Ragionamenti* y profundiza en un análisis más detallado sobre la belleza, de hecho, es considerado por la historiadora de arte británica Elizabeth Cropper (1976: 374) como la exposición más completa de la belleza de la mujer ideal entre la multitud de tratados que se escribieron a lo largo del siglo XVI y que abordaron la temática de la belleza femenina.

Durante el *Cinquecento* fue habitual la redacción y publicación de tratados de corte neoplatónico en los que se debatía el papel de la belleza femenina, algunos ejemplos de estos los encontramos en *I ritratti del Trissino* (1524) de Giovanni Giorgio Trissino, *Dialogo dove si ragiona delle Bellezze* (1541) de Nicolò Franco o *La bella donna* (1554) de Federico Luigini, textos que se centraban especialmente en la descripción de los rasgos físicos. No faltaban otros tratados cuya temática principal trataba de trazar retratos costumbristas sobre la vida en las cortes renacentistas, como *Il Cortigiano* (1528) de Baldassare Castiglione y los tres *Dialoghi d'amore* (1535) de Leone Ebreo, dos de los tratados más célebres de la época<sup>5</sup>.

De este vasto repertorio de tratados sobre el amor, la belleza y los usos y costumbres de la corte, del que aquí solo hemos mencionado algunos, forma parte la obra de Firenzuola<sup>6</sup>, quien, junto a otros autores de su época como Cesare Barbabianca, Domenico Brunni da Pistoia o Lodovico Domenichi, inauguró un debate literario y cultural orientado a la defensa y el elogio de la dignidad de la mujer. Estos autores reivindican la igualdad –o superioridad– de la mujer respecto al hombre, ya sea a través de la exhibición de mujeres ejemplares por su autoridad y sus

---

<sup>5</sup> El crítico literario Luigi Tonelli (1933) calificó este tipo de tratados con el adjetivo *estetizzanti* debido a la influencia platónico-petrarquista que los caracteriza.

<sup>6</sup> Agnolo Firenzuola refleja la vida cultural y artística de las cortes renacentistas del siglo XVI en Italia; en su descripción de la belleza ideal se pueden identificar tanto fuentes clásicas como medievales (véase epígrafe 4 de este estudio). El autor cita en su obra a Cicerón, Aristóteles, Dante, Petrarca, Marsilio Ficino, así como otros tratados renacentistas sobre el amor, referencias y estrategias que demuestran el gusto sincrético y ecléctico de Firenzuola, tal y como sostiene Tonia Caterina Riviello (1986: 67).

cualidades morales –como hemos visto en la *Epistola in lode delle donne*–, ya sea a través de la refutación de las típicas acusaciones misóginas contra las mujeres. Como afirma Patrizia Bettella, el discurso sobre la belleza física de la mujer entronca y se conecta con el de la naturaleza, la dignidad y el papel de la mujer en la sociedad renacentista. Se trata de la antigua cuestión femenina o *querelle de femmes*, que ya se había iniciado en la Edad Media con tonos prevalentemente misóginos (1998: 1).

### 3.1. LOS DIÁLOGOS

La obra abarca en gran medida los elementos de algunos de los principales debates del Renacimiento: elementos como el neoplatonismo, la querella de las mujeres, el vínculo entre la belleza y la virtud, la búsqueda del ideal, la tendencia a la ejemplaridad o la estética vitruviana. Se estructura en tres partes diferenciadas con una introducción a los diálogos que dirige a las “nobili e belle donne pratesi” y los propios diálogos articulados en dos discursos. Ya en la introducción el autor hace toda una declaración de intenciones acerca de lo que será el resto de la obra: una abierta defensa de la mujer como ser humano al mismo nivel que los hombres.

Sì che donne mie belle, quando questi maligni, così vostri come miei nimici, dicono ch'io ho detto mal di voi, rispondete loro audacemente quello ch'io uso di dire tutto il dì, che chi con atti, con parole, con pensieri, usa di fare una minima offesa à una minima donna, ch'egli non è huomo, anzi un animale non ragionevole, cioè una bestia, e quando uno di questi così fatti, vi dice male ora di questo, e ora di quello, rispondeteli, se non con le parole, con la mente (Firenzuola, 1562a: 96-97).

En esta introducción, además de manifestar abiertamente el propósito de la obra, Firenzuola justifica los posibles errores y falta de refinamiento estilístico en su redacción. Asimismo, reconoce que ha tratado de imitar el uso cotidiano de la lengua y el modo de hablar con el que se comunicaban en la época en lugar de optar por ese refinamiento literario propio de autores como Petrarca o Boccaccio. Probablemente, aunque él no lo explicita,

persigue el objetivo de hacer más realista y más accesible la obra como un modo de acercar un género sofisticado al mayor número posible de lectores, siendo consciente de que esto puede acarrearle las críticas de escritores e intelectuales.

Ecci un'altra cosa che non si deve stimare meno, e questo si è, che in cosa che io mai componessi, non ho costumato porre molta cura, come non ho fatto adesso, alle minute osservanze delle regole grammaticali della lingua Tosca, ma tuttavia sono ito cercando di imitar l'uso cotidiano, e non quel del Petrarca, o del Boccaccio, e ricordevole della sententia di Favorino, sempre mi son valuto, e ho usato quei vocaboli, e quel modo del parlare, che si permuta tutto il giorno, spendendo (come dice Horatio) quelle monete che corrono, e non i quattrini lisci, ò San Giovanni a sedere. La onde io son certo, che una buona parte di quei che fan professione di comporre, daranno all'arme, con molte cose che e' ci troveranno fuor delle loro osservanze, ma à posta loro, quello ch'io ho fatto l'ho fatto percio che egli mi è parso di far cosi, s'io merito riprensione per questo, riprendami, ch'io starò paziente (Firenzuola, 1562a: 102).

El personaje que actúa como interlocutor principal de los diálogos es la única voz masculina de la obra que representa la voz del autor, se trata de Celso, quien, al igual que en los *Ragionamenti*, se erige como un heterónimo de Firenzuola. Junto con Celso, encontramos a cuatro mujeres de Prato que actúan como oyentes y plantean preguntas, aunque con un papel muy activo en el que, en ocasiones, dirigen el tono y la temática del discurso conduciendo al orador en la construcción de su disertación. La conversación entre los interlocutores adquiere un tono más serio en algunos momentos que contrasta con la irrupción de otros más jocosos donde las bromas y el uso de la ironía y el sarcasmo se convierten en protagonistas.

Las cuatro mujeres, cuyos nombres son Amorisca, Selvaggia, Verdespina y Lampiada, simbolizan un prototipo y representan el ideal de belleza femenina descrito por Celso. Firenzuola acentúa el tema de la belleza femenina como una armonía de formas en la que "il piacere dei sensi sublima in superiore contemplazione

intellettuale” (Paratico, 2017). Sin embargo, las alusiones –veladas, pero fácilmente descifrables– a las mujeres de Prato utilizadas como modelos ejemplificadores para delinear el retrato de la belleza ideal suscitaban rumores y resentimientos entre las familias adineradas de la ciudad, motivo por el cual se vio nuevamente abocado a la soledad.

Las conversaciones entre Celso y las mujeres tienen lugar en dos escenarios diferentes. El primer diálogo se desarrolla en un jardín privado de la abadía de Grignano. Firenzuola no describe en detalle todo el paisaje, sino que menciona únicamente el lugar preciso al que se dirigen las cuatro mujeres de Prato para dialogar: “essendosi ritirate su la cima d’un monticello, il quale è nel mezo dell’orto, tutto coperto da gli arcipressi e da gli allori” (1562a: 105). Este es el lugar en el que las protagonistas comienzan a discutir sobre la belleza de otra mujer que se encuentra en el huerto, Amelia dalla Torre Nuova, que despierta opiniones dispares entre las cuatro mujeres. El segundo diálogo tiene lugar en el comedor de Lampiada, donde la conversación se centra en definir aquellas partes femeninas que, combinadas, pueden crear la belleza ideal o, como señala el protagonista, la *quimera* perfecta. En definitiva, en el primer discurso Firenzuola descompone y analiza el cuerpo femenino tomando una por una cada una de sus partes; mientras que en el segundo lo reconstruye tratando de dar consistencia a ese modelo proyectado en el primero tomando como modelo las diferentes partes más hermosas de cada una de sus interlocutoras.

En el primer discurso titulado “Della bellezza delle donne intitolato Celso”, el protagonista, que está en el huerto junto con otros hombres de Prato, sube al monte en el que se encuentran las cuatro mujeres para intervenir en la conversación interrumpiendo el discurso de estas. Aunque en un primer momento Lampiada se muestra algo reacia, ya que se encontraban tratando asuntos propios de mujeres de los que preferían no hablar ante ello, finalmente invitan a Celso a que se siente junto a ellas y a que participe en el discurso. Será Lampiada, de hecho, quien invite a Celso a explicarles su visión de la belleza y qué características debe tener una mujer bella: “Deh Messer Celso, se non v’increscie, fateci un piacere diteci un poco che cosa è questa bellezza e come ha da essere fatta una bella” (Firenzuola, 1562a: 107). Este reclamo surge a partir de unas declaraciones de Celso en las que de modo

conciso realiza un primer acercamiento al concepto de belleza y a lo que la belleza provoca en quien en ella se deleita:

perciocche la bellezza, et le donne belle, e le donne belle, e la bellezza meritano d'essere comendate, e tenute carissime da ogniuno, perciocche la donna bella, è il piu bello obietto che si rimiri, e la bellezza, è il maggior dono che facesse Iddio all'humana creatura. Concia sia che per la di lei virtù noi ne indiriziamo l'animo alla contemplatione, e per la contemplatione al desiderio delle cose del Cielo. Onde ella è per saggio, e per arra stata mandata tra noi, et è di tanta forza, e di tanto valore, ch'ella è stata posta da savi p la prima, e piu eccellente cosa che sia tra i subietti amabili, anzi l'hanno chiamata la siede stessa, il nido, e l'albergo d'amore: d'amore dico origine, et fonte di tutti i commodi humani. Per lei si vede l'huomo dimenticarsi di se stesso, e veggendo un volto decorato di questa celeste gratia, raccapricciarsili le membra, arricciarsili i capegli, sudare, e agghiacciare in un tempo non altrimenti che uno, il quale inaspettatamente veggendo una cosa divina, è esagitato dal celeste furore, et finalmente in se ritornato, col pensier l'adora, e con la mente si l'enchina, e quasi uno Iddio conoscendola, se le da in vittima, e in sacrificio in su l'altare del cuore della bella donna (Firenzuola, 1562a: 107).

De este modo, los interlocutores inician su diálogo acerca de la belleza universal como el producto natural surgido de la combinación armoniosa de las diferentes partes del cuerpo y de las virtudes que confieren hermosura –no exclusivamente física– a la mujer en particular y al ser humano en general, como la gracia, la *vaghezza*<sup>7</sup>, la venustez, el aire o la majestuosidad. Firenzuola, a través de las palabras de Celso, propone explicar primero qué es, en líneas generales, la belleza y qué representa la de la mujer –a la que sitúa por encima de la de los hombres–, la cual para él supone “un riposo, un ristauro, anzi un porto, e una meta, et un refugio del corso di tutte le humane fatiche” y la define en toda su generalidad destacando que es “cosi gentile, cosi soave,

---

<sup>7</sup> Véase nota a la traducción y a la edición en epígrafe 5.

così dolce, così amabile, così desiderabile, così riguardevole, e dilettevole così [...] un'arra delle cose celesti, una imagine, e un simulacro de' beni del Paradiso" (Firenzuola, 1562a: 121-122).

Una vez establecidas estas líneas generales, Celso profundiza sobre "la perfettione, l'utilità, ò vero l'uso di ciaschedun membro in particolare, di quelli però che si portano scoperti" (Firenzuola, 1562a: 109), como los ojos, las mejillas, la nariz, la barbilla, las manos, entre otras partes del cuerpo. Define una serie de rasgos establecidos que, siguiendo el orden de la naturaleza, configuran la belleza ideal –"quel mento bianco, quelle labra rosse, quelli occhi neri, quel fianco grosso, quel pie picciolo" (113)–, aunque el autor no definirá la belleza únicamente por los rasgos que la confieren, si no también determinando cuáles son las características que, en contraposición, pueden restar hermosura y alterarla, como se desprende de los siguientes ejemplos:

Se una donna fusse pelosa, la sarebbe brutta: Se un caval fusse senza peli, e' sarebbe deforme. Al cammello lo scigno fa gratia, alla donna disgratia (113).

che gofferia è egli a vedere un paio di manichini foderati di pelle a un luchesino co i brodoni scempi? non s'accorgon'elleno che quel fodero fa gonfiar quei manichini, e che e brodoni spariscono, che'l braccio parche rimanga storpiato? [...] adunque solo alle braccia dal gomito in giu fa freddo, e però si foderano, e non al resto della persona: oh gran sciocchezza, oh gran gofferia, oh cosa sgarbata, e pur s'usa, e pur la vediam fare a coloro à cui puzzano i fior di melarancie (169).

chi non ha il naso nella total perfettione e impossibile che apparisca bella in profilo, che la moglie del Sarto de Cavagli, che pare in faccia qualche cosa, in profilo pare una befana (171).

ma quando al fine della cartilagine, el principio del solido del naso s'alzasse un poco poco di rilevato, non aquilino, chin una donna comunemente non piace (172).

Pero antes de analizar en detalle cada una de las partes del cuerpo femenino –y tomando como referencia las palabras de ilustres intelectuales clásicos y medievales, como veremos más adelante– Celso describe qué es la belleza, aludiendo a la proporcionalidad corporal que también inspiró a otros artistas de la época:

diciamo che la bellezza non è altro, che una ordinata concordia, e quasi una armonia occultamente risultante dalla compositione, unione, e commissione di piu membri diversi, e diversamente da se, e in se, e secondo la loro propria qualità, e bisogno, bene proportionati, e 'n un certo modo belli, i quali prima che alla formatione d'un corpo si uniscano, sono tra loro differenti, e discrepanti, dico concordia e quasi armonia, come per similitudine (Firenzuola, 1562a: 112).

Tras un agudo diálogo en el que Celso, Verdespina, Selvaggia, Amrorisca y Lampiada departen acerca de la igualdad entre hombres y mujeres, la belleza ideal y la forma y la proporción adecuadas de las extremidades de un cuerpo bello, Celso se centra en desgranar las cualidades de cada una de las partes sujetas a descripción, donde le otorga una gran importancia al color que estas han de tener, a modo de ejemplo citamos aquí algunas: “dove bianco come la mano, dove candido, e vermiglio come le guancie, dove nero come le ciglia, dove rosso come le labra, dove biondo come i capegli” (Firenzuola, 1562a: 115). Comienza su repertorio describiendo las características de aquellas partes que conforman “le particular cose del viso” (132).

En 1984, el estudioso y crítico literario Giovanni Pozzi acuñó el término de *canone breve* y lo definió como un canon que “si ferma al viso, aggiuntovi a scelta un dettaglio, per così dire adiacente (la mano, il collo, il seno)” (1984: 391). Si bien, por un lado, Firenzuola sigue el modelo universal de belleza y elegancia que Petrarca esculpió en su amada Laura –y que se convirtió en el modelo de perfección física y dignidad moral para los literatos de la época–; por otro, rompe con ese *canone breve* propio de Petrarca y otros aspectos fundamentales de la lírica del poeta aretino. El cabello, la frente, las mejillas o la boca –dividida, a su



vez, en labios y dientes— son las principales partes del cuerpo descritas en el *canone breve*. Por lo tanto, el criterio selectivo de este canon petrarquista no incluye todas las partes de la cara, sino que excluye algunas como la nariz, las orejas o la barbilla; así como otros detalles menores que aparecen en las obras pertenecientes al *canone lungo*. Mientras que el *canone breve* es común en sonetos y composiciones cortas, el *canone lungo* lo encontramos, especialmente, en poemas largos y en prosa, como es el caso del tratado de Firenzuola, en el que el autor no se limita a la descripción de algunas partes de la cara, sino que incluye el cuerpo entero y se centra en la armonía y en la proporción de la figura femenina. El protagonista Celso respeta el típico orden del *canone lungo*, que propone la descripción de las partes del cuerpo en sentido vertical, de arriba abajo, y las presenta siguiendo el siguiente orden: ojos, pestañas, nariz, mejillas, boca, dientes, sonrisa, barbilla, orejas, garganta, brazos y manos, pecho, piernas, pies, cabello. Junto con la descripción de las partes del cuerpo —a las que no se da un trato homogéneo o regular ya que no a todas se dedica el mismo espacio ni se da la misma importancia— Celso enumera seis cualidades que deberían complementar el modelo femenino ideal: hermosura, gracia, *vaghezza*, venustez, aire y majestuosidad.

En el segundo discurso del tratado, titulado “Della perfetta bellezza d’una Donna”, Celso retoma cada una de las partes del cuerpo femenino para construir a su *quimera* y, junto con las partes mencionadas anteriormente, ahora incluye la figura en su conjunto y continúa su repertorio añadiendo la frente, las cejas, la lengua, los hombros y el cuello. Para el diseño de tal *quimera*, Firenzuola toma distintas partes de las protagonistas que lo acompañan, porque, como él mismo afirma, la mujer perfecta no existe: “concio sia che rade volte anzi piu tosto non mai in una donna sola si raccolgono tutte le parti, che si richiedono ad una perfetta, e consumata bellezza” (1562a: 111). Celso declara que pretende emular la estrategia que llevó a cabo el pintor griego Zeuxis a la hora de representar a Helena de Troya, para lo que se sirvió de las partes más excelsas de cinco mujeres de Crotona y así logró componer la belleza ideal:

Gli Iddij non hanno dato ogni cosa à ogniuno, ma a chi l'ingegno, ad altri la beltà, a molti la forza, à pochi la gratia e le virtù a rari, piglieremo tutte à quattro voi: e imitando Zeusi, il quale dovendo dipingere la bella Helena alli Crotoniati di tutte le loro piu eleganti fanciulle, ne elesse cinque, delle quali togliendo da questa la piu bella parte, e da quell'altra il simile facendo, ne formò la sua Helena, che riuscì così bellissima, che p tutta Grecia d'altro non si ragionava (Firenzuola, 1562a: 111).

En la descripción, en la que destaca el abundante –y rico– uso de adjetivos, se percibe ya en este temprano momento un primer acercamiento a lo que será después la estética del Barroco en cuanto a la percepción de la belleza de la mujer que en cierta manera rompía con el prototipo de belleza femenina renacentista. Firenzuola realiza una descripción analítica del cuerpo femenino y lo somete a una minuciosa observación que da lugar a dos procesos claramente diferenciados en ambos discursos: fragmentación (primer discurso) y composición (segundo discurso).

Antes de concluir este epígrafe, no podemos dejar de referirnos a las cualidades particulares que encarna cada una de las protagonistas que acompañan a Celso en sus diálogos, ya que la figura femenina se convierte aquí en una pieza fundamental a la hora de construir el discurso. Amrorisca, por ejemplo, muestra en todo momento mucha curiosidad e interés por los temas tratados e incluso actúa de guía a la hora de conducir el discurso de Celso hacia las cuestiones que más le interesan, como cuando le anima a razonar sobre la majestuosidad:

Bella è stata veramente la dichiarazione di questo passo, e degna di gran consideratione, così per esser cosa vera, come nuova, e certamente degna dell'ingegno vostro, assai piu che dello intelletto nostro: nondimeno per havercela voi così apertamente dimostrata noi ne siamo assai bene state capaci, ma altrove ci si riserberemo ad allargarci nelle vostre lodi: e però tacendo aspetteremo quello che voi dicitate della maestà (Firenzuola, 1562a: 150).

De modo similar procede Verdespina cuando demuestra el interés que le suscita el discurso y la atención que ha prestado a cada una de las palabras de Celso al querer concluir este y recordarle ella que ha olvidado mencionar el cabello: “che se ella [una donna] non ha bei capelli, che la sua bellezza e spogliata d’ogni gratia e d’ogni splendore, e voi non ne havete pur fatto mentione” (Firenzuola, 1562a: 141). En este punto, el protagonista admite su despiste y procede a mencionar de modo muy sintético esta parte del cuerpo a la que después dedicará más tiempo en el segundo discurso. Verdespina es además presentada como un personaje que no duda en cuestionar y rebatir las argumentaciones de Celso llegando incluso a comprometerlo, algo que lejos de enfadar a Celso, le hace establecer una identificación con su nombre: “che tu se ben una di quelle *spine* appuntate, che entran tra la carne, e l’unghia, e se *verde* da cor piu materia, e buon per me, che ho havuto buon ago da cavarmela”<sup>8</sup> (Firenzuola, 1562a: 186).

Por su parte, Lampiada es la representación de la madurez propia de una edad más avanzada, puesto que es la mayor de todas, y refleja actitudes de modestia, moderación, templanza y circunspección. Además, no solo invita a Celso a comenzar su argumentación sobre la belleza ideal, sino que al final del primer discurso emplaza a los allí presentes a volver a encontrarse más adelante y pide al protagonista que les hable de esa quimera que previamente les había prometido componer: “[...] voi ci avete sodisfatto molto meglio che noi non haremmo saputo addomandare: [...] pur nondimeno noi disideriamo confermarci nella nostra cognitione con lo essemplio di quella chimera, che voi ci havete promesso di fare” (151).

Por lo que respecta a Selvaggia, representa el personaje femenino más rebelde de la obra y de este modo Celso no duda en hacer algunas alusiones en este sentido: “e come farei io per quella *cruda*<sup>9</sup>, la quale non si volendo accorgere, ch’ella è la mia metà, e io la sua, mi fugge come s’io fussi una qualche strana cosa” (118). Hay que tener en cuenta que Celso se muestra en todo momento especialmente cautivado por los encantos de esta y deja muestras de que, de hecho, esta rebeldía, lejos de

---

<sup>8</sup> La cursiva es nuestra.

<sup>9</sup> Véase nota 101 de este estudio.

molestarlo, le resulta atractiva; en la conclusión del segundo discurso, cuando a modo de resumen sintetiza lo mejor de cada una de sus interlocutoras, de Selvaggia destaca “[u]na composta leggiadria, una vaghezza ghiotta, uno attrattivo honesto, lascivo, severo, dolce, le darà Selvaggia, con quella pietosa *crudeltà* che per forza si loda, se ben non si disidera” (187). No será solo la cualidad indómita de Selvaggia lo que será digno de encomio a ojos de Celso, sino que a la hora de describir la mayoría de las partes del cuerpo que conformarán la quimera perfecta tomará las de esta como modelo, como puede verse en los siguientes ejemplos:

la Selvaggia delle *labbra*, che le ha maravigliose (Firenzuola, 1562a: 174).

con lo esempio della bella Selvaggia, non vi doverete maravigliare se per un pezzo io la ho riguardata sì interamente, dunque torremo la sua [*gola*] come bellissima, tra quante io ne vedessi forse già mai (176).

il *petto* vuol esser come quello della Selvaggia, guardate il suo, et vedrete ogni perfettione, ogni proportione, ogni gratia, ogni vagheza ogni leggiadria, ogni bellezza finalmente (178).

La *Gamba* ci darà Selvaggia, lunga, scarsetta, e schietta nelle parti da basso, ma con le polpe grosse, quanto bisogna, bianche quanto la neve, e ovate quanto richiede (182).

tu Selvaggia ne darai il destrissimo *piede*, per la nostra chimera (182-183).

La *Mano* che ogn’uno afferma che tu l’hai bellissima, io dico bene a te Selvaggia, e non ti varrà coprirla (185).

Otro aspecto destacable de los diálogos reside en la manifestación recurrente de un sentimiento de sororidad entre las protagonistas femeninas, quienes no dudan a la hora de alabarse las unas a las otras ni escatiman en elogios tampoco hacia otras mujeres de las que hablan en los discursos, como cuando

Lampiadada afirma “Voi non vedeste mai quanto cotesta Fanciulla mi piace, non solo perche ha cosi buono spirito, come voi vi sapete, ma perche la mi pare anche bella: Si che io ho caro che noi concorriamo in una medesima opinionone” (143).

En definitiva, el *Dialogo delle bellezze delle donne* va más allá de un elogio a la belleza física o corporal, se convierte en todo un canto a las virtudes intelectuales de las mujeres en el que Firenzuola no se plantea reparos a la hora de manifestar la igualdad entre hombres y mujeres e, incluso, ensalzar la superioridad de estas en algunos aspectos.

che cosi nobili siate voi donne, come noi huomini, cosi savie, cosi atte alle intelligentie, e morali, e speculative, cosi atte alle mecaniche attioni, e cognitioni, come noi, e quelle medesime potentie, e virtuali habiti, sono nell’animo vostro che nel nostro: percio che quando il tutto si parte in due parti uguali ugualmente, di necessità tanto è una parte quanto l’altra, tanto buona quanto l’altra, tanto bella quanto l’altra. [...] che voi siate in tutto, e per tutto da quanto noi, ancora che talhora non apparisce in atto, cosi universalmente, rispetto a gli officij domestici, et esercizij familiari, che per vostra modestia vi sete presi nella cura familiare. [...] che noi siamo una cosa medesima, d’una perfettione medesima: e che voi havete à cercare noi, e amare noi, e noi habbiamo à cercare voi, e amare voi, e voi senza noi niente siate, noi senza voi niente siamo, in voi è la nostra perfettione, in noi è la vostra (Firenzuola, 1562a: 123-124).

#### 4. INFLUENCIAS Y REFERENTES EN LA OBRA DE FIRENZUOLA

La producción literaria de Agnolo Firenzuola refleja una influencia significativa de las diversas corrientes culturales y literarias de su época y está impregnada de los más variados referentes. Un pormenorizado análisis del conjunto de su obra demuestra que en esta se ponen de manifiesto los valores y las preocupaciones de la sociedad renacentista centrada, entre otros aspectos, en el estudio de la belleza –haciendo especial hincapié en todo lo que tiene que ver con la mujer–, el amor, la estética y la naturaleza. La escritura de Firenzuola, en consecuencia,

proporciona al público una fiel y auténtica visión del pensamiento y de la vida de este periodo fundamental en la historia de las ideas. Para ello, el autor se fijará en la producción de los más excelentes filósofos, prestando una especial atención y dedicación a Platón, ya que en el ambiente cultural renacentista –en el que nuestro autor estaba plenamente inmerso– el neoplatonismo, en tanto que corriente filosófica y estética predominante, era un motivo recurrente en los discursos y debates de todo intelectual que se preciara. Esta influencia se refleja en el autor a la hora de abordar temas relacionados con la belleza y el amor, especialmente en el caso del *Dialogo delle bellezze delle donne*, donde las alusiones a Platón –y a su obra *El banquete*– son muy frecuentes. La primera aparición del filósofo en la obra de Firenzuola (1562a: 110) se encuentra en el siguiente pasaje “Ancora che appresso di Platone si nieghi, che la bellezza consista in un membro semplice, e dicasi ch’ella ricerca una unione di diversi [...]” en el que el autor hace referencia a la mencionada obra de Platón. Otra referencia al binomio amor-belleza lo encontramos en estas palabras: “percioche il vero amore, secondo che afferma tutta la scuola di Platone, non è altro che desiderio di bellezza, amandola è forza che noi la cerchiamo, cercandola, che noi la troviamo” (Firenzuola, 1562a: 120). Encontramos también referencias a los consejos de Platón acerca de la actitud que deben tener las mujeres a la hora de expresar su alegría:

e però conviene alla nobile e gentil donna (se à Platone nella sua Repub. credemo, che io per me li credo) per la dimostration del suo contento, rider con modestia, con severità, con honestà, con poco movimento della persona, e con basso tuono e piu tosto con rarità, e con frequentia” (1562a: 135-136).

Para Firenzuola, por lo tanto, Platón es un modelo de sabiduría y un criterio de autoridad en sí mismo y así lo expresa de forma manifiesta:

Ma ben d’una cosa vi voglio avvertire, che se alcuno vi dicesse, che quella cosa del dividere è una favola da veglia, che voi rispondiate loro, che l’ha detto Platone, e che ella e

una novella che raccontò *un savio filosofo* in su una veglia di Platone (1562a: 124)<sup>10</sup>.

Como decíamos, además de Platón, Firenzuola también se inspiró en la obra y las ideas de otros autores clásicos o contemporáneos con un fuerte arraigo a las fuentes antiguas; su estilo, así como los temas que aborda, reflejan elementos de la tradición literaria griega y romana. El *sabio filósofo* al que se refiere en esta última cita no es otro que Aristófanes, al que también menciona en otras ocasiones a lo largo de su obra: “Dicovi adunque, in risposta della vostra domanda: che se voi haveste letta l’oratione d’Aristofane, recitata nell’allegato convivio di Platone, non accadrebbe che vi dichiarissi adesso questo passo” (1562a: 115-116). Las palabras de Aristóteles y del filósofo neoplatónico renacentista Marsilio Ficino le servirán de soporte para reforzar los contenidos de su discurso acerca del concepto de belleza:

Altri han detto, che fu uno *Aristotile*, che ella [la bellezza] è una certa proportione conveniente che ridonda da uno accozamento delle membra diverse l’una dall’altre. Il Platonico *Ficino*, sopra il convivio, nella seconda oratione, dice che la bellezza è una certa gratia, la quale nasce dalla concinità di piumembri, e dice concinità, percioche quel vocabolo importa un certo ordine, dolce e pieno di garbo, e quasi vuol dire uno attillato aggregamento (Firenzuola, 1562a: 112).

Además, como muchos intelectuales de su tiempo, Firenzuola también estaba influenciado por las ideas propias del humanismo renacentista que promovían el estudio y la recuperación de la obra de los grandes poetas italianos medievales. En su producción literaria las alusiones a la obra de escritores considerados en la época maestros y precursores —como Dante, Petrarca y Boccaccio— son abundantes, demostrando el amplio conocimiento del que

---

<sup>10</sup> La cursiva es nuestra.

Firenzuola gozaba con respecto a estos autores<sup>11</sup>; por ejemplo, alude a la obra *Il Convivio* de Dante demostrando que conoce su similitud con la obra platónica como puede verse en esta cita: “Dante nella sua collettione, lo quale à comparatione del convito di Platone, à fatica è bere un tratto, dice che la bellezza è una armonia” (Firenzuola, 1562a: 112).

Una prueba de la importancia que Firenzuola otorga a la producción de estos autores es que usa versos o pasajes de su obra a modo de diccionario de autoridades<sup>12</sup>. Por ejemplo, en el momento en el que describe las diferentes partes del cuerpo o las cualidades que ha de tener una mujer bella, recurre a las palabras de Petrarca y Boccaccio. En la siguiente cita pueden verse las alusiones a estos para describir las diferentes acepciones del término *vago*:

A volervi dimostrare che cosa sia Vaghezza, bisogna che voi presupponiate quello che è nel vero, che questo nome ò vero voce Vago, significa tre cose: la prima movimento di luogo à luogo, come ben mostra il Petrarca.

Riduci i pensier vaghi à miglior' loco.

La seconda desiderio, come è appresso il medesimo

Io son sì vago di mirar costei.

Il Boccaccio nella Fiammetta, di quello che essi erano vaghi divenuti. La terza bello. Il Petrarca pure. Gl'atti vaghi, e gli angelici costumi.

E'l Boccaccio nel medesimo loco. Una turba di Vaghe giovani (Firenzuola, 1562a: 145-146).

---

<sup>11</sup> Si bien es cierto que en ocasiones Firenzuola atribuye a estos autores frases o palabras que realmente parecen no formar parte de su obra (véase nota 102 de este estudio). Un ejemplo de ello es este pasaje en el que atribuye a Petrarca la siguiente frase: “Et però Pratesi miei cari, se io guardo talhor queste vostre donne un pochetto troppo attentamente non l'habbiate per male. Sapete voi come disse il Petrarca à M. Laura? Siatu men bella io sarò manco ardito” (1562a: 122).

<sup>12</sup> El propio Firenzuola, en su obra *Ragionamenti* alude a dicha *autoridad* hablando de la de Petrarca: “Chiunque con due sillabe, la qual parola, non mi voglio ricordare che si truovi se non con tre, et parmi che egli ne sia fatta regola da questi dicitori p osservatione di tutti i poeti, e massimamente del Petrarca, e egli, grande è certamente la *autorità* del Petrarca [...]” (1548: 30).



Asimismo, para describir las características que debe tener el cabello para que una mujer sea considerada hermosa, toma versos del *Cancionero* de Petrarca:

Dovete adunque sapere, che il color biondo è un giallo non molto acceso, ne molto chiaro, ma declinante al tané, con alquanto di splendore, è se non in tutto simile all'oro, nondimeno da Poeti spesse volte aguagliato à lui, che sapete che e dicono spesso, come il Petrarca in piu luoghi, che i capegli sono di fine oro, tessendo un cerchio all'oro terso, e cresco (Firenzuola, 1562a: 156).

Las influencias de Firenzuola no han de verse solo en el pasado ya que hubo autores contemporáneos a él que también dejaron una huella en su obra. Nos referimos aquí, especialmente, al poeta toscano Francesco Berni<sup>13</sup>, con el que probablemente entró en contacto en la Accademia dei Vignaiuoli<sup>14</sup> y que supondría una influencia importante especialmente en la producción del autor de corte burlesco<sup>15</sup>. Berni comenzó su trayectoria escribiendo poesía en latín para cultivar posteriormente la poesía burlesca en lengua vulgar, con lo que acabaría convirtiéndose en una figura central del desarrollo de este género durante el Renacimiento. Berni se sirvió de los motivos cómico-realistas combinando sus contenidos vulgares u ordinarios con un estilo elevado propio de la lírica petrarquista tal y como sostiene Cacho (2003: 74):

---

<sup>13</sup> Francesco Berni (1497-1535), poeta toscano nacido en Lamporecchio en el seno de una familia noble, inició su formación académica en Florencia donde tomó los hábitos antes de partir hacia Roma en 1517 para ponerse al servicio del cardenal Bibbiena. En esta ciudad entró en contacto con la Accademia dei Vignaiuoli.

<sup>14</sup> Círculo cultural conformado por un grupo de escritores de formación humanística dedicados en su tiempo de ocio a la composición y creación de capítulos burlescos, entre los que se encontraban, además de Agnolo Firenzuola, Giovan Francesco Bini, Annibal Caro, Giovanni Della Casa, Francesco Maria Molza.

<sup>15</sup> El término burlesco aparece en la primera edición de *Il primo libro dell'opere burlesche di M. F. Berni, di M. Gio. della Casa, del Varchi, del Mauro, di M. Bino, del Molza, del Dolce, & del Firenzuola* publicada en 1548 y editada por Anton Francesco Grazzini.

supo aprovechar la tradición anterior y su cultura clásica para sus composiciones. La combinación de las fuentes nacionales (Dante, Petrarca, Burchiello, Pistoia) y latinas (Horacio, Virgilio, Catulo) le permitió dignificar la poesía festiva y darle un nuevo empuje dentro de la cultura del Renacimiento.

Esta combinación dio lugar a una nueva concepción poética cuya base sería un modelo compositivo innovador y original con un importante calado entre muchos de los poetas de esta época que han sido calificados después con el adjetivo *bernesco*<sup>16</sup>. Siguiendo este esquema, Firenzuola compuso algunos capítulos dedicados a la alabanza a objetos y productos cotidianos –entre los que podemos destacar “In lode delle campane” o “In lode del legno santo”– y “Sopra le bellezze della sua innamorata”, obra en tercetos encadenados incluida en la segunda parte de la antología *Il terzo libro dell’opere burlesche di M. Francesco Berni e di altri. Ricorretto e con diligenza ristampato*, publicada en 1555. El capítulo pone de manifiesto la habilidad del autor para desafiar el modelo de perfección física femenina característico, como hemos mencionado, de la lírica petrarquista y que él mismo había integrado en sus diálogos; una vez más aquí Firenzuola volverá a hacer uso del *canone lungo* para describir cada una de las partes del cuerpo de su amada, sin embargo, en este caso abandona el retrato de belleza ideal para construir un perfil paródico y en el que no faltan tintes cómicos y referencias burlescas (véase Velázquez-García y García-Pérez, 2022).

Por lo tanto, podemos concluir que la obra de Firenzuola se ha visto impregnada de un amplio repertorio de influencias de varias épocas y autores, parece ser que, tras una primera fase más cercana al clasicismo y las corrientes inspiradas en la poesía petrarquista, paulatinamente se mueve hacia un estilo jocoso donde predomina lo burlesco, alejándose de este modo del canon puramente renacentista. En el *Dialogo delle bellezze delle donne* encontramos múltiples referencias a la Antigüedad clásica y a los

---

<sup>16</sup> Para más información sobre Francesco Berni y los autores denominados bernescos, véase García-Pérez y Velázquez-García (2021) y Velázquez-García y García-Pérez (2023).

grandes poetas del medievo italiano, así como rasgos que rompen con la estética predominante, demostrando el eclecticismo del autor a lo largo de su producción literaria.

## 5. NOTA A LA TRADUCCIÓN Y EDICIÓN

Para la elaboración de esta traducción y edición crítica de las obras de Agnolo Firenzuola, *Epistola in lode delle donne* y *Dialogo delle bellezze delle donne*, se ha utilizado la versión de la editorial florentina Giunti que publicó en 1562 bajo el título de *Prose*, antología que recoge además otras obras del autor. El estudio recoge asimismo una transcripción fiel de dicha edición respetando el texto tal y como aparece en esa edición, aunque adecuándolo a la grafía contemporánea. En la traducción, sin embargo, se ha tratado de respetar las reglas ortotipográficas, por lo que se ha modificado en algunos casos la puntuación para hacer más accesible el texto al lector contemporáneo, se han añadido caracteres como comillas o signos de interrogación y se ha puesto atención en el uso de mayúsculas y minúsculas de acuerdo a la norma. Por lo que respecta a los nombres propios presentes en los textos, se han respetado y homogeneizado aquellos de base ficticia, mientras que aquellos que se refieren a personajes históricos o mitológicos se han adaptado al castellano, usando el nombre comúnmente aceptado en esta lengua.

Además, en dicha edición aparecían imágenes que ilustraban las explicaciones del protagonista y a las que este mismo hacía referencia para ejemplificar su argumentación; dichas imágenes se han reproducido –tal y como aparecían en la edición utilizada– tanto en la transcripción como en la traducción.

En los textos originales aparecen numerosas citas y alusiones literales de obras y autores de gran relevancia cultural, para su traducción hemos acudido a fuentes reales publicadas en español, como ha sido el caso de la traducción de un fragmento de *El asno de oro* de Apuleyo (2003) realizada por Juan Martos, la traducción del *Cancionero* de Petrarca (1989) a cargo de Jacobo Cortines o la edición del *Libro de Fiameta* de Boccaccio de 1983, entre otras. Asimismo, para traducir los proverbios se ha acudido al refranero español o a expresiones propias del acervo cultural,

aunque en ocasiones ha sido necesario realizar una traducción libre que facilitara la comprensión.

Cabe señalar en este apartado el único término que hemos dejado sin traducción por no haber encontrado un equivalente en español que permitiera respetar y transmitir la disertación del autor acerca de la etimología y la semántica del sustantivo: se trata de *vaghezza* y el adjetivo *vago*, sin embargo, consideramos que las explicaciones aportadas por el personaje que lo utiliza en el *Diálogo* son lo suficientemente claras para que el lector pueda entender la argumentación.

## 6. REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- AGUILAR GONZÁLEZ, Juan (Ed y Trad.) (2024). *Las dos cortesanas* de Lodovico Domenichi. Madrid: Dykinson.
- APULEYO (2003). *Las metamorfosis o el asno de oro*, vol. 1, libro 2. Introducción, texto latino, traducción y notas de Juan Martos. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas.
- ARRIAGA FLÓREZ, Mercedes (Ed y Trad.) (2024). *Oración fúnebre por Aurelia Petrucci y Oración en alabanza de las mujeres* de Alessandro Piccolomini. Madrid: Dykinson.
- BETTELLA, Patrizia (mayo de 1998): “Corpo di parti: ambiguità e frammentarietà nella rappresentazione della bellezza femminile nei trattatti di Trissino e Firenzuola”. Congreso *Canadian Society for Italian Studies*, pp. 1-18. Ottawa.
- BOCCACCIO, Giovanni (1966). *Decameron*. U. Bosco (intr.) y D. Consoli (notas). Milán: Bietti.
- CACHO, Rodrigo (2003): “La poesía burlesca del siglo de oro y sus modelos italianos”, *NRFH*, *LI*, núm. 2, 465-491.
- CERRATO, Daniele (2024). *La Querelle des Femme nei primi secoli della letteratura italiana. Guittone Dàrezzo, Andrea da Grosseto e Faustino da Tredozio*. Madrid: Dykinson.
- CROPPER, Elizabeth (1976): “On Beautiful Women, Parmigianino, Petrarchismo, and the Vernacular Style”, *Art Bulletin*, vol. 58, 374-394.
- DE MEDICI, Lorenzo (1992). “La Nencia da Barberino”. En T. Zanato (ed.), *Opere*. Turín: Einaudi. Recuperado de [https://www.mercaba.es/renacimiento/nencia\\_de\\_medici.pdf](https://www.mercaba.es/renacimiento/nencia_de_medici.pdf) [Fecha de consulta: 18/04/2023].

- DURACCIO, Caterina (Ed.) (2024). *Diálogo de la dignidad y de la nobleza de las mujeres*, de Crisotofano Bronzini. Madrid: Dykinson.
- FERNÁNDEZ NIETO, Francisco Javier (1970-1971). “Aurífer Tagus”. *Zephyrvs*, 21-22, pp. 245-259. Recuperado de <https://revistas.usal.es/uno/index.php/0514-7336/article/view/1812/1869> [Fecha de consulta: 05/05/2023].
- FIRENZUOLA, Agnolo (1548). *Ragionamenti di M. Agnolo Firenzuola fiorentino*. Florencia: Giunti.
- FIRENZUOLA, Agnolo (1562a). “Dialogo delle bellezze delle donne”. En *Prose di M. Agnolo Firenzuola fiorentino* (pp. 95-187). Florencia: Giunti.
- FIRENZUOLA, Agnolo (1562b). “Epistola in lode delle donne”. En *Prose di M. Agnolo Firenzuola fiorentino* (pp. 199-208). Florencia: Giunti.
- FIRENZUOLA, Agnolo (1824). “Sopra le bellezze della sua innamorata”. En F. Berni, *Il terzo libro dell’opere burlesche di M. Francesco Berni e di altri. Ricorretto e con diligenza ristampato* (pp. 139-143). Leiden: Van-Der Bet.
- GARCÍA-PÉREZ, María-Isabel y VELÁZQUEZ-GARCÍA, Sara (2021). “El concepto de belleza femenina en la obra de Agnolo Firenzuola”. *Cartaphilus*, 19, pp. 266-278. Recuperado de <https://revistas.um.es/cartaphilus/article/view/484991/323571> [Fecha de consulta: 05/05/2023].
- GUASTI, Cesare (1844). *Bibliografia pratese compilata per un di Prato*. Prato: G. Pontecchi.
- LIVIO, Tito (s.f.). *Ab urbe condita*.
- MAESTRE MAESTRE, José María; Pascual Barea, Joaquín y Charlo Brea, Luis (eds.) (2008). *Humanismo y pervivencia del mundo clásico*. Madrid: CSIC.
- MAESTRI, Delmo (2013). *Agnolo Firenzuola. Opere*. Novara: UTET.
- MARCHETTI, Sandra (2008). “Tiberio Gracco, Cornelia e i due serpenti (Cic. div. 1, 36; 2, 62; Val. Max. 4, 6, 1; Plut. Tib. Gracch. 1, 4 s.; Plin. nat. 7, 122)”. *Materiali e discussioni per l’analisi dei testi classici*, 60, pp. 39-68. Recuperado de <https://flore.unifi.it/handle/2158/353214> [Fecha de consulta: 16/02/2023].

- MASCARELL GARCÍA, María (Ed.) (2024). *La bella e dotta difesa delle donne*, de Luigi Dardano. Madrid: Dykinson.
- MORENO LAGO, Eva María (2021). “Laudomia Forteguerra y los autores de la Querrela de las mujeres”. *Cartaphilus, revista de investigación y crítica estética*, 19, pp. 293-315. Recuperado de <https://revistas.um.es/cartaphilus/article/view/486621/323491> [Fecha de consulta: 05/05/2023].
- MORENO LAGO, Eva María (Ed y Trad.) (2024). *Rafaela. Diálogo de la buena crianza de las mujeres*. Madrid: Dykinson.
- PARATICO, Angelo (10 de mayo de 2017): “Leonardo Da Vinci, Agnolo Firenzuola e il sorriso della Gioconda”. *Gingko*. Recuperado de <https://www.gingkoedizioni.it/leonardo-da-vinci-agnolo-firenzuola-e-il-sorriso-della-gioconda/> [Fecha de consulta: 20/04/2021].
- PETRARCA, Francesco (1874). *Rime di Francesco Petrarca*. D. Carbone (ed.). Turín: Luigi Beuf.
- PETRARCA, Francesco (1989a). *Cancionero I*. Edición bilingüe de Jacobo Cortines. Madrid: Ediciones Cátedra.
- PETRARCA, Francesco (1989b). *Cancionero II*. Edición bilingüe de Jacobo Cortines. Madrid: Ediciones Cátedra.
- POZZI, Giovanni (1984): “Temî, topoi, stereotipi”. En Asor Rosa (ed.), *Letteratura italiana. Le forme del testo*, vol. 1, *Teoria e poesia* (pp. 391-436). Turín: Einaudi.
- RIVIELLO, Tonia Caterina (1986). *Agnolo Firenzuola: the Androgynous Vision*. Roma: Bulzoni Editore.
- TONELLI, Luigi (1933): *L'amore nella poesia e nel pensiero del Rinascimento*. Florencia: Sansoni.
- VELÁZQUEZ-GARCÍA, Sara y GARCÍA-PÉREZ, María-Isabel (2022). “La *descriptio mulieris* en la obra de Agnolo Firenzuola: parodia y transgresión”. *Estudios románicos*, 31, pp. 67-78. Recuperado de <https://revistas.um.es/estudiosromanicos/article/view/499541/324481> [Fecha de consulta: 20/04/2023].
- VELÁZQUEZ-GARCÍA, Sara y GARCÍA-PÉREZ, María-Isabel (2023). “Literatura burlesca en España e Italia: poesía en torno a la mujer”. *Hipogrifo. Revista de literatura y cultura del siglo de oro*, 11(2), pp. 253-266. Recuperado de <https://www.revistahipogrifo.com/index.php/hipogrifo/article/view/1328/1801> [Fecha de consulta: 11/04/2023].



EPISTOLA IN LODE DELLE DONNE

Agnolo FIRENZUOLA





# EPISTOLA DI M.

AGNOLO FIRENZUOLA

IN LODE DELLE

DONNE.



*A M. Claudio Tolomei Nobile Sanese.*

SE LA poco ragionevole opinione di Tucidide, humanissimo il mio M. Claudio, la quale nega potersi parlare delle donne in qual si voglia maniera, fusse stata approvata da i piu, io non ardirei rispondere à quello, che voi opponeste a i giorni passati à la prima giornata de miei ragionamenti: dicendo che io facevo troppo altamente parlare à quelle persone, alle quali piu si converrebbe cercare, quante matasse faccian mestieri à riempiere una tela, che entrare per le scuole de i filosofanti. Ma percioche la sentenza di Gorgia Leontino, contraria à quella di Tucidide, come giustissima pubblicamente ricevuta, gli altri scrittori Greci, e Latini, e il costume Romano, il quale le esequie delle piu famose donne, con publica oratione celebrava, mi danno si fatto ardire, che egli mi basta lo animo difendermi da vostri colpi, io lo farò con la presente Epistola, la quale contro a voi, e contro à tutti coloro che con peggior animo, che io son certo che voi non fate, mi volessero assalire, mi sarà, per quanto io mi creda, scudo assai sicuro. Dico adunque, che essendo le virtù dell'animo della donna, venute con uguale simiglianza da una medesima cagione di quella dell'huomo, che egli è necessario ch'elle producano e medesimi effetti: e che e sia il vero che da quella stessa radice, e con pari similitudine, e valore, vengano gli uni, e gli altri questo ve lo dimostra: che essendo, come è manifesto ad ogn'uno, l'anima della donna creata da Iddio come la nostra, e cosi simile à Dio com'è la nostra, egli è necessario confessare (percioche se parte

alcuna di perfezione è in quella tutto nasce da la similitudine che ella ha con Dio) che ella sia si perfetta come è la nostra: essendo adunque della medesima perfezione, chi dirà che i suoi fiori non porgano odor delle medesime virtù, e non facciano frutti uguali à queglii di noi altri, ogni volta che i tristi vapori che si levano d'in su i vili loro esercitij, ne quali, e i padri, e le madri da picciole le hanno nutricate non li annebbiasse? Se adunque la natura non si è sdegnata ornar l'animo loro di quelli medesimi ornamenti, che ella ha fatto il nostro, io non so vedere perche à l'altre, la quale, come voi sapete, è una Scimia de la natura, non sia lecito fare il simigliante, seanza pericolo di biasimo, ò di riprensione. Ma quanti saranno queglii che nella lor vana credenza perseverando, senza porgere orecchie, alle mie ragioni, diranno che disordinato amore me l'ha fatte trar fuor delle scuole delle tessitrici. Ascoltino adunque costoro Amesia Romana, la quale come gia con nervosa oratione si difese dalla sententia di Lucio Pretore, si egregamente, che ella ne acquistò onorevole soprano, così vuole riturare al presente, con la sua memoria, la bocca à quei sciocchi: e in quello che ella mancasse, supplirà Hortensia di Q. Hortensio figliuola, che gia con la heredità della paterna eloquenza liberò tutte le matrone Romane dal troppo ingordo tributo de i tre tiranni: e già mi pare udirle ambe due gridando, dire, ò huomini poco conoscenti de i nostri benefici, ò involatori delle nostre lode, ò voi che negate, e i fiori, e i frutti delle virtudi, e delle scienze delle occulte cose, potere negli horti di noi altre germogliare alcuna volta, udite i versi de la Lesbia Safo empier di dolcezza tutta la Grecia: vedete la elegantia della Rodiana Erinna far piu fiate concorrenza col Duca, e Maestro di tutti i Poeti: Ponete cura al vago stile di Corinna, e vi accorgete, che ella non solo aguaglia la dolcezza di Pindaro, ma la supera pubblicamente cinque volte. Volgete gli occhi verso della Milesia Aspasia, e vedretela a molti huomini insegnar Rettorica e disputar assai egregiamente co' Filosofi del suo tempo, e a Pericle principe de gli Atheniesi maritarsi, merce delle sue virtù, poi che ell'era stata sua maestra, accorgetevi hora mai col lume de la costor dottrina, quanto sete lontani dal vero sentiere, poi che senza ricordarvi che di loro usciti sete, tutta via cercate di sfrondare gli arbori de i lor sempre verdi giardini, parvi M. Claudio, che queste donne si sappiano difendere dal soffiare del vostro vento, e che e manchi loro da fare

ripari, co i quali avenga che egli non accadesse ributtare il vostro fiato, come di huomo fuor di numero di quei grossolani, che piu si lascino vincere da gli esempi che dalle ragioni, niente di meno, percioche come vi dissi di sopra, io scrivo a coloro insieme con esso voi, i quali benche grossieri sieno, cercano con bocca piena di veleno mordere tutto'l di le povere donne, e non mi è paruto inconveniente havergli allegati, come non mi parrà etiandio allegarvene di nuovo qualcun'altro: accio che questi huomini cosi fatti, sopraggiunti da cosi gran moltitudine di difensori, si arrendano piu facilmente, e la prima che mi si offerisce è Linda Cleobolina, la quale si altamente, e in prosa, e in versi parlò delle cose della natura, che i piu valenti filosofi della età sua, non si sdegnavano, in testimonio della verità, allegare le sententie di questa donna. Aretha Cirenaica, che dopo la morte del suo padre Aristippo resse sempre che la visse la scuola del padre assai onorevolmente con la giovanetta Leontio. E Hipparchia si appresenta intorno al campo di questi sciocchi per restar vincitrice di questa guerra, ne crediate voi gia, che solamente di Grecia, mi venga cosi gagliardo soccorso: imperoche la nostra famosa Italia, come nelle arme, che difendono il corpo, e le mura delle Città, volse gia ad ogni altra essere superiore, cosi in quelle che fan riguardevole, e difendono lo animo non volse chiedere à ver'una, ne ha preparati tanti soldati, che capriranno tutte queste campagne: infra i quali Calfurnia, moglie di Plinio Secondo, con quella di Lucano Sulpitia, e Proba appresentate con le armi loro à questa battaglia, si difendono arditamente. Gia mi parrebbe, M. Claudio mio, havere chiusa assai bene, col nome di queste antiche donne, la bocca à questi sciocchi, se io non dubitassi di quelle parole che e sogliono dire alcuna fiata, cioè che se bene a i tempi de i virtuosi Greci, e de i trionfanti Romani se ne trovò alcuna dotata di qualche virtù, che e ne fu cagione la buona dispositione de i Cieli, che volsero allhora arricchire questi contorni, con forze vie maggior che naturali: ma a i tempi nostri, ò per dir meglio da poiche allo Imperio Romano furono tarpati vanni delle sue forze, perciò che il Cielo ha distribuite le sue gratie con misurate leggi, niuna se ne è trovata degna di nominanza. Le quali inconsiderate parole mi sforzano ridurvene alla memoria alcune altre, che da quel tempo in qua, si sono mostrate simili, ò maggiori delle già dette: in fra le quali io giudico essere al proposito chiamarne

alcuna di quelle che con viva voce posson rispondere, e garrire à quegli che si fan rubegli da questa mia openione, ò per dir meglio dalla verità: accio che e non possano uscire di questa gabbia per cosi fatto pertugio: e a tutto ciò mi aiuteranno le tre innocentissime vergini Caterina Sanese, Isotta Novarola da Verona, e la Fedele Cassandra Vinitiana: porgerammi la mano Paula Cornelia, che tante, e tante miglia seguitò il divin Gieronimo, per acquistare la perfezione della lingua Hebraea, essendo nella scrittura, col mezzo solo della lingua latina, profondamente consumata: sarammi scudo Amalasunta della nostra Italia Regina, e Battista Malatesta mi promette trar d'ogni periglio: ne mi potra volendo mancare la mia Fiorentina Alessandra Scala, la quale piu mosse con gli arguti Epigrammi, e con le buone lettere di Filosofia il Greco Marullo ad infiammarsi di lei, si che e la prese per moglie, che non fece la sua bellezza: e fin dalle oltramontane regioni, mi manderanno soccorso la comica Rosvida di Sassonia, e la meravigliosa Ildergarda, et Helisabetta ambe due Tedesche, la dottrina, e i libri delle quali diedero a la Christiana religione maggior lume, che hoggi non han date tenebre la stolta sapienza de gli huomini di quelle contrade: e per uscire homai dello splendor delle lettere, e passare nelle altre virtù dello animo, e dimostrar che anchora in quelle non sono state a gli huomini inferiori, io prego questi morditori che mi lascin vagare un poco a modo mio senza servare ordine, ò di tempi, ò di paesi, accioche riducendoli cosi naturalmente, e senza arte veruna al calle della verità, e conoscano piu manifestamente il loro errore. Perche guardino costor meco insieme, Antonia Romana se e voglian vedere uno specchio di continenza: mirino Sempronia, se desiderano conoscere le forze de la constanza: contemplino la Gallogreca Orgioconte, se bramano saper dove risplenda la castità: dirizin gli occhi ad Ipsicratea moglie, ò piu che moglie di Mitridate, se cercano forteza di animo, ò fede veder verso d'un marito, ò amante, che voi vi vogliate dire: che io non vorrei che un di questi che studiano le storie p volgare dicesse ch'io non havessi ben veduto Morgante: che diranno di Portia? che d'Artemisia? de lequali una bevette la viva brace, e l'altra le ceneri del suo caro consorte. Dimenticarannosi della ancor viva Lucretia, entr'à Roma nata, e ad huomo della vostra patria congiunta in matrimonio: laquale p fuggir le dishoneste voglie del vostro tiranno, hebbe ardire di

prendere il veleno, il quale p divina pietà nuocere non le potette: che risponderanno allo splendor di Zenobia non manco chiaro nel governo di casa, e in quel di fuori, che nella scienza delle Greche lettere, e ne i secreti misterij degli Egittij? che arrecheranno contro alle egregie opere della famosa Agrippina, ò a quelle di colei che non prima volse legarsi la sconcia chioma, che ella havesse racquistato il perduto reame. Come debilateranno la fortezza delle antiche Rodiane, le quali piu valorosamente già difesero la lor patria dalli inimici, che non han fatto à i giorni nostri i prodi Cavalieri Gerosolimitani: gia mi par veder questi vostri inimici arrendersi, ò donne, e veggendo non potere incrudelire contro à di voi, e rivolteranno le unghie verso di me solo, dicendo che la eloquenza, in qual vi vogliate linguaggio non addornò mai i femminil petti, o con i suoi fiori, ò con i suoi frutti: e per ciò merito io di esser biasimato havendole introdotte à parlar dove lo stil si ricerchi ò grave ò elegante: a le quali ferite io non voglio altro medico che Cicerone, il quale di Cornelia scrivendo dice, che i di lei figliuoli, che ben sapete di quanta eloquentia fussero tenuti i due Gracchi al tempo loro, impararono dalla madre la candidezza del parlar latino. O purgatissime orecchie di Cicerone, che alcuna fiata fuste offese dalle non mai soverchie lodate orationi del facondo Demostene, hor non prendeste voi diletto del parlar di Lelia, e delle due Licinie sue nipoti? certo si se gliè vero quello che egli medesimo scrisse nel suo libro de chiari oratori e io non dubito punto che, se e venisse hoggi, e vedesse la elegantia delle Epistole della vergine Isotta da Gambarà, che egli non harebbe schifo riconoscerle per sue: e per parlar testé della nostra lingua Toscana, io ho veduti Sonetti della Sorella, Madonna Veronica Illustre Signora di Coreggio, di maniera, che se e fusser mescolati fra quelli del Petrarca, e non sarebbero tenuti i peggiori: e io ne ho appresso di me alcuni di quella Gostanza, che voi havete udita entro à questo libretto ragionare, i quali se gli leggeste, non dubito che gli giudichereste di ottimo dicitore: udendo adunque le sopra allegate ragioni, considerando il valor di cosi gran numero, quasi in ogni sorte di virtù, quali saranno quegli huomini cosi avezzi alle sottili disputi di lor medesimi, che riputandosi da piu di Cicerone, si tengano a vile ascoltare a i giorni nostri, i quali cosi non cedessero nella gloria, non voglio dire delle armi, ma della patria libertà, come in

quella delle lettere, niente cedono à gli antichi, ad ascoltare, dico una donna, insieme con due altre ragionare d'amore, e delle alte cose di Filosofia. La quale mentre viveva ne poteva dottamente parlare, e ne parlò piu volte, come colei che piu stima dello studio delle buone lettere, che dello ago e del fuso, facendo à quello interamente si diede, e tal profitto vi fece, che molti consumati lungo spatio su per gli libri, mosse à non picciola maraviglia e harebbe mossi à maggiore, se dalla invidiosa morte, dalla quale ci fu troppo acerba involata, fusse stata lasciata dar della sua dottrina tale arra, come haveva in animo di fare: che egli non si avesse à dubitare al presente per veruno, che questi fussero potuti essere, de i suoi ragionamenti, ne colui meritaria riprensione, il quale la introducesse à cosi fatto aringo, come non sarebbe etiandio da incolpare, chi la chiarissima Marchesana di Pescara, M. Vittoria Colonna, ò la prudentissima S. la S. Felice della Rovere, ò la gentil S. M. Damigella Triultia, insieme con le tre figliuole del Conte Matteo Maria Boiardo, facesse de i secreti de la natura, ò di quale altra vi vogliate cosa ragionare, le quali non con minore lode ne parlerebbono con viva voce, che si habbiano fatto molti huomini à i quali pare assai sapere, e taccion tutto il giorno. So pur, M. Claudio che voi mi havete piu fiate detto, che M. Honorata Pecci vostra Sanese, cosi accortamente ragiona delle piu ascoste cose di filosofia, che i piu gentili spiriti di quelle contrade, oltre al piacere ne prendeno grandissima maraviglia: ne me ne ha mai parlato alcuno, che me ne han parlato molti, che non me la habbia dipinta uguale alla mia M. Gostanza in ogni sorte di virtù, et se egli ci fusse alcuno, che senza pregiar cosa, che io alleghi mi volesse pur biasimare temerariamente, considuri che egli riprende meco insieme il divin Platone: il quale introduce Diotima che insegna al valente Socrate la vera sentenza di amore, e il sacro Agostino, il quale, fa dar resolutione alla sua santissima madre in piu Dialogi di cose importantissime di Theologia: e quello che è maggior cosa, e biasiman colui che non errò, ne puote in cosa alcuna mai errare: il quale fece dello avvenimento del suo figliuolo parlar alle venerande Sibille, e quanto egli stia bene alla humana creatura haverne pure un minimo pensiero, non che riprendere il Creatore, egli non è huom cosi privo di sentimento, che non ne sapesse dar vero giuditio. Poscia che egli mi pare havervi dimostrato che le donne sono di quella stessa virtù che

semo noi altri, e che ellen si sono infinite volte ne campi di quelle con grandissimo frutto esercitate, e i valenti huomini non solo le udirono volentieri, ma le fecero de i gran filosofi maestre, e Iddio giudicò essere convenevol cosa che per la bocca lor si predicasse la natività del suo figliuolo, io priego voi, e tutti coloro che non si sdegnaranno leggere queste mie fatiche, che ascoltino con benigne orecchie il parlar di colei, che gia diede con vivo suono, non picciolo piacere a chi lo'ntese: state sano. Di Roma à di 7.di Febraio. 1552.





# EPÍSTOLA EN ALABANZA DE LAS MUJERES

Agnolo FIRENZUOLA



# EPÍSTOLA

DE AGNOLO FIRENZUOLA  
EN ALABANZA DE LAS MUJERES



*A D. Claudio Tolomei noble sienés*

SILA poco razonable opinión de Tucídides<sup>17</sup>, mi muy querido señor Claudio, la cual niega que se pueda hablar de las mujeres abiertamente, hubiera sido aprobada por la mayoría, no osaría responder a lo que vos reprobasteis hace días en relación con la primera *Jornada* de mis *Razonamientos*<sup>18</sup>, cuando criticasteis el hecho de que yo diera la posibilidad de realizar ilustres discursos a personas que más bien deberían preocuparse por tareas como saber cuántas madejas hacen falta para tejer una tela, en lugar de aventurarse en discursos filosóficos. Pero como la opinión de Gorgias de Leontinos<sup>19</sup> es contraria a la de Tucídides y al mismo tiempo es justa y públicamente aceptada –la cual coincide además con la de otros escritores griegos y latinos así como con la costumbre romana que celebraba públicamente las exequias de las más famosas mujeres–, siento que puedo atreverme a defenderme de vuestras críticas y así lo haré en la presente epístola, que será un seguro escudo contra vos y contra todos aquellos que, con peores intenciones de las que estoy convencido que vos tenéis, quieran atacarme.

---

<sup>17</sup> Historiador ateniense del siglo V a. C. autor de *Historia de la guerra del Peloponeso*.

<sup>18</sup> El autor se refiere a su obra *Ragionamenti* en la que emula el esquema del *Decameron* de Boccaccio y de la que solo se conoce la primera jornada de las seis que el autor tenía previsto escribir.

<sup>19</sup> Filósofo sofista.

Por lo tanto, digo que, dado que las virtudes de las mujeres tienen el mismo origen que las de los hombres, es necesario que estas tengan los mismos efectos, así como que es verdad que proceden de la misma raíz y las unas y las otras tienen el mismo valor. Esto queda demostrado por el hecho de que, como de todos es sabido, el alma de la mujer creada por Dios como la nuestra es a semejanza de este igual que la nuestra y hay que reconocer –ya que lo que hay de perfecto en ella nace de su semejanza con Dios– que es igual de perfecta que la nuestra. Siendo, pues, de la misma perfección ¿quién ha de decir que sus flores no desprenden el olor de las mismas virtudes y dan los mismos frutos que las nuestras? Siempre y cuando esto no se vea empañado por los modos inculcados durante la infancia en sus hogares. Por lo tanto, si la naturaleza no ha tenido reparos en dotar su alma con las mismas virtudes que la nuestra, no puedo entender por qué al arte –que como todos sabéis, tiende a realizar una imitación de la naturaleza– no se le permite hacer lo mismo sin riesgo de ser criticado o reprobado. Pero ¡cuántos habrá que, perseverando en su vana creencia, sin prestar oídos a mis razones, dirán que un amor irracional me lleva a argumentos banales! Escuchen entonces estos a Amesia Sentia<sup>20</sup>, quien al igual que se defendió con contundente oratoria de la sentencia del pretor Lucio Ticio de modo tan brillante que se ganó un honorable apodo, puede ahora callar con su memoria a esos necios y, donde ella no llegue, lo hará Hortensia, hija de Quinto Hortensio, que habiendo heredado la elocuencia del padre liberó a todas las matronas romanas del abusivo tributo impuesto por los tres tiranos<sup>21</sup>. Me parece estar escuchándolas a ambas ahora mismo diciendo: “Hombres que ignoráis nuestras gracias, que rechazáis alabarnos o que negáis que las flores y los frutos de las virtudes y de las ciencias ocultas puedan germinar en nosotras, escuchad cómo los versos de Safo de Lesbos<sup>22</sup> colman de dulzura toda Grecia; observad con qué

---

<sup>20</sup> Mujer romana acusada injustamente por el pretor Lucio Ticio, la cual pronunció un alegato tan convincente en su defensa sin ninguna ayuda que logró salir absuelta de las acusaciones.

<sup>21</sup> Hortensia, dama romana del siglo I a. C. e hija del político y orador Quinto Hortensio, que se enfrentó al triunvirato de su tiempo.

<sup>22</sup> Poeta originaria de la isla de Lesbos del siglo VII a. C, para más información véase nota 96.

elegancia Erina de Telos competía con el duque y maestro de todos los poetas<sup>23</sup>; prestad atención al refinado estilo de Corina<sup>24</sup> y advertiréis que, no solo igualaba la delicadeza de Píndaro, sino que la superó públicamente hasta en cinco ocasiones; dirigid vuestra mirada hacia Aspasia de Mileto<sup>25</sup> y veréis cómo enseñaba retórica a muchos hombres –y discutía brillantemente con los filósofos de su época– y a Pericles, príncipe de los atenienses, con quien se casó, gracias a sus virtudes, ya que había sido su maestra. Ved ahora, a la luz de esta doctrina, cuán lejos estáis de los verdaderos caminos; pues sin acordaros de que de nosotras salís, estáis siempre intentando podar los árboles de nuestros verdes jardines”.

Pensáis, señor Claudio, que estas mujeres saben defenderse, aunque no encuentren protección suficiente frente a las críticas que hacéis vos, como esos hombres vulgares, para quienes es más importante el ejemplo que la razón; nada que ver, porque como ya os he dicho, me dirijo a esos, al mismo tiempo que a vos, los cuales continuamente intentan morder, con su boca llena de veneno, a las pobres mujeres; por lo cual no veo inconveniente en incluirlos, ni a ellos ni a cualquier otro, para que este tipo de hombres, respaldados por una corte de defensores, cedan más fácilmente. Y la primera de estas mujeres que me viene a la mente es Cleobulina de Lindos<sup>26</sup>, quien habló de modo tan excelente de las cosas de la naturaleza tanto en prosa como en verso que los más reputados filósofos de su época no tuvieron reparos en tomar como referencia, en honor a la verdad, las palabras de esta mujer. Areta de Cirene<sup>27</sup>, que después de la muerte de su padre Aristipo dirigió muy dignamente su escuela, y quien –al igual que la joven

---

<sup>23</sup> Se refiere al poeta Homero, los versos de la poeta griega Erina de Telos son considerados de una calidad y belleza equiparable a los de este.

<sup>24</sup> Se refiere a la poeta griega Corina de Tanagra del siglo V a.C.

<sup>25</sup> Maestra de retórica y filósofa del siglo V a.C. que ejerció una importante influencia en la vida política y cultural de Atenas.

<sup>26</sup> Poeta griega del siglo VI a. C., hija de Cleóbulo de Lindos, unos de los Siete Sabios de Grecia, quien permitió que su hija tuviera acceso a la educación ya que consideraba que las mujeres también debían tener ese derecho.

<sup>27</sup> Areta de Cirene, filósofa cirenea, hija de Arístipo, fundador de la Escuela Cirenaica de la cual se hizo cargo su hija a la muerte de este.

Leontion<sup>28</sup> e Hiparquía<sup>29</sup>– se enfrentó a ese tipo de hombres saliendo victoriosa. No creáis que solo Grecia ha dado mujeres que puedan acudir en mi ayuda para respaldar mis argumentos, también nuestra famosa Italia, al igual que sobresale en el arte de defender nuestras ciudades, tiene ejércitos de mujeres que defienden el espíritu dignamente sin ceder ante nadie, entre las cuales destacan Calpurnia (mujer de Plinio el Joven), la esposa de Marco Anneo Lucano<sup>30</sup>, Sulpicia<sup>31</sup> y Faltonia Betitia Proba<sup>32</sup>, quienes con sus armas se defendieron con arrojo en esta batalla.

Con el nombre de todas estas mujeres, muy señor mío, me parecería haber callado las bocas de esos necios si no dudara de algunas de sus palabras, es decir, que, si en tiempos de los virtuosos griegos y triunfantes romanos se dijeron cosas sabias, fue debido a la buena disposición del cielo que quiso dotar estos territorios de fuerzas más que naturales, pero en estos tiempos o, mejor dicho, desde que al imperio romano le cortaron las alas, puesto que el cielo distribuye sus gracias de acuerdo a leyes justas, no se ha vuelto a encontrar nada digno de reputación. Dichas insensatas palabras me llevan a recordar a otras mujeres que, desde aquellos tiempos hasta ahora, se han mostrado parecidas o superiores a las ya dichas, entre las cuales considero oportuno nombrar algunas de las que puedan responder por sí mismas y garrir a quienes no están de acuerdo con mi opinión o, mejor dicho, con la verdad; en esta empresa me ayudarán las tres inocentísimas vírgenes: Catalina de Siena<sup>33</sup>, Isotta Nogarola<sup>34</sup> y

---

<sup>28</sup> Leontion, filósofa griega epicúrea del siglo III a. C., alumna del propio Epicuro.

<sup>29</sup> Hiparquía, filósofa griega del siglo IV a. C., perteneciente a la escuela cínica fundada por Antístenes.

<sup>30</sup> Se refiere a la poeta romana Pola Argentaria del siglo I d. C.

<sup>31</sup> Puede referirse a Sulpicia la Mayor, poeta romana que vivió en época augusta al cuidado de su tío Mesala y se relacionó con literatos como Ovidio o Tibulo; su obra es la única de las poetas de aquella época que se ha conservado hasta nuestros días. Puede aludir, asimismo, a Sulpicia la Menor, poeta romana de época domiciano a la que se ha descrito como una mujer muy adelantada a su época.

<sup>32</sup> Poeta romana del siglo IV d. C.

<sup>33</sup> Laica dominica del siglo XIV considerada una de las grandes místicas de su tiempo.

<sup>34</sup> Humanista del siglo XV cuya obra más representativa es el *Diálogo sobre Adán y Eva* con el que inauguró un debate sobre el género y la naturaleza de la mujer que estuvo vigente durante varios siglos en Europa.

Cassandra Fedele<sup>35</sup>; también me ofrece su mano Paula de Roma<sup>36</sup>, quien recorrió largas distancias siguiendo al divino Jerónimo para obtener la perfección de la lengua hebrea, aunque era ya experta en el arte de escribir solo con el uso de la lengua latina; me servirá de escudo Amalasunta<sup>37</sup>, reina de Italia, y Battista Malatesta<sup>38</sup> me protegerá de todo peligro; no podrá faltar tampoco mi florentina Alessandra Scala<sup>39</sup>, la cual entusiasmó más al griego Marullo – quien la tomaría como esposa– con sus ingeniosos epigramas y buenas letras filosóficas que con su belleza; y desde más allá de las montañas acudirán a socorrerme la dramaturga sajona Hroswitha de Gandersheim<sup>40</sup>, la maravillosa Hildegarda de Bingen e Isabel de Schönau<sup>41</sup>, ambas alemanas, cuya doctrina y libros arrojaron a la religión cristiana más luz de la que hoy da la necia sabiduría de los hombres de aquellas tierras<sup>42</sup>.

Alejándome ahora del esplendor de las letras y pasando a las otras virtudes del alma para demostrar que tampoco en estas las mujeres han sido inferiores a los hombres, ruego a estos que se dedican a intentar *morderlas* que me dejen divagar un poco a mi manera, sin orden cronológico ni geográfico, para demostrarles con naturalidad la verdad y para que reconozcan expresamente su error. Que piensen conmigo en Antonia la Menor<sup>43</sup> si quieren

---

<sup>35</sup> Humanista veneciana (1465-1558) que cultivó diferentes géneros escribiendo en latín y en vulgar convirtiéndose en una de las mujeres más eruditas de su época.

<sup>36</sup> Santa romana del siglo IV, fiel seguidora de San Jerónimo y fundadora de dos monasterios.

<sup>37</sup> Hija de Teodorico el Grande, monarca del reino ostrogodo de Italia del que Amalasunta fue regente durante la primera mitad del siglo VI.

<sup>38</sup> Poeta italiana renacentista a caballo entre los siglos XIV y XV de amplia formación humanista instruida en filosofía y lenguas.

<sup>39</sup> Literata del siglo XV de vasta cultura, mantuvo una correspondencia con Cassandra Fedele en la que reflexionaban sobre la importancia de cultivar la formación y el estudio de las mujeres por encima del matrimonio.

<sup>40</sup> Monja sajona del siglo I a. C. que vivió en la abadía alemana de Gandersheim y cultivó la poesía y el teatro en latín al estilo de Terencio.

<sup>41</sup> Místicas benedictinas del siglo XII cuya obra literaria se basa en las visiones que ellas mismas experimentaban.

<sup>42</sup> Firenzuola hace referencia aquí a la reforma luterana que en ese momento estaba en pleno apogeo.

<sup>43</sup> Hija menor de Marco Antonio y Octavia, hermana de César Augusto y viuda de Druso el Mayor.



verse en el espejo de la templanza; que observen a Sempronia<sup>44</sup> si desean conocer el poder de la constancia; que contemplen a Quiomara<sup>45</sup> si ansían saber dónde reside la castidad; que dirijan su mirada hacia Hipsicratea<sup>46</sup>, esposa de Mitrídates, si buscan la fortaleza de ánimo o fe ciega hacia un marido o amante; no querría yo que me reprochara nadie no mencionar el *Morgante*<sup>47</sup>. ¿Qué dirán de Porzia<sup>48</sup>? ¿Qué de Artemisia<sup>49</sup>? Una bebió ardientes brasas, la otra las cenizas de su marido. ¿Se olvidarán de Lucrezia<sup>50</sup> —que aún vive—, nacida en Roma y casada con un hombre de vuestra patria, la cual, para huir de los deshonestos deseos de vuestro tirano, se atrevió a ingerir un veneno que por divina piedad no logró matarla? ¿Qué dirán de la grandiosidad de Zenobia<sup>51</sup>, no menos ilustre en el gobierno de la casa y fuera de ella que en la ciencia de las letras griegas y en los misterios secretos de los egipcios? ¿Qué harán con las insignes empresas de la célebre Agripina<sup>52</sup> o con las de aquella que no quiso recogerse su sucia cabellera hasta haber recobrado su reino<sup>53</sup>? ¿Cómo debilitarán la fortaleza de las mujeres de la antigua Rodas,

---

<sup>44</sup> Noble romana del siglo II a. C. hermana de Tiberio y Cayo Graco.

<sup>45</sup> Mujer de Orgiagontes, rey de los Gálatas, la cual ordenó matar al centurión que había abusado de ella mientras era prisionera.

<sup>46</sup> Reina pónica del siglo I a. C. que se implicó en el ejercicio militar por la profunda devoción que sentía hacia su marido.

<sup>47</sup> Poema épico escrito en la segunda mitad del siglo XV por el poeta florentino Luigi Pulci.

<sup>48</sup> Mujer romana del siglo I a. C., esposa de Marco Junio Bruto, de la que los historiadores de su época contaban que se había suicidado al conocer la muerte de su marido.

<sup>49</sup> Gobernadora de la antigua región de Caria quien desolada por la muerte de su marido preparó una bebida con las cenizas de este que acabó matándola.

<sup>50</sup> Firenzuola se refiere a Lucrezia, hija de la cortesana romana Imperia Cognati, quien ingirió un veneno —que no llegó a matarla— para huir del abuso del cardenal Raffaello Petrucci.

<sup>51</sup> Septimia Zenobia (siglo III) tomó el poder de Palmira tras el asesinato de su marido y conquistó, entre otros territorios, Egipto con un ejército capitaneado por ella.

<sup>52</sup> La referencia no es clara ya que puede referirse tanto a Agripina la Mayor, desterrada de Roma por su suegro Tiberio; o a la hija de esta, Agripina la Menor, madre del emperador Nerón, quien también fue desterrada siendo su hermano, Calígula, emperador. Ambas vivieron el exilio en la isla de Pandataria.

<sup>53</sup> Alude a la leyenda griega de la reina asiria Semíramis, también identificada como Sammuramat.

que defendieron su patria de sus enemigos con más valor que los valerosos caballeros de Jerusalén en nuestros días?

Ya me parece que estos enemigos vuestros se rinden, oh mujeres, y viéndose incapaces de ensañarse contra vosotras, volcarán su furia únicamente contra mí, diciendo que la elocuencia, en cualquier lengua, nunca adornó los pechos femeninos ni con sus flores ni con sus frutos; y por eso merezco que se me culpe, por haberlas introducido en el habla donde se busca el estilo, ya sea solemne o elegante. Para estas heridas no quiero otro médico que Cicerón, el cual, escribiendo sobre Cornelia<sup>54</sup>, dice que sus hijos, que bien sabéis cuán elocuentes fueron en su tiempo los Gracos, aprendieron de su madre el candor de la lengua latina. ¡Oh, castos oídos de Cicerón, que a veces os habéis sentido ofendidos por la ausencia de elogio del elocuente Demóstenes!, ¿no os deleitasteis con las palabras de Lelia y de sus dos nietas<sup>55</sup>? Por supuesto que sí, si es verdad lo que él mismo escribió en su libro de ilustres oradores; y no dudo de que, si hoy estuviera aquí y viera la elegancia de las epístolas de la virgen Isotta Gambará, no rehusaría reconocerlas como propias. Y solo por hablar de nuestra lengua toscana, he visto sonetos de la hermana, Verónica<sup>56</sup>, ilustre señora de Correggio, que si se entremezclaran con los de Petrarca no serían considerados los peores. Tengo en mi poder algunos de esa Costanza<sup>57</sup> de la que habéis oído hablar en mis escritos, los cuales, si los habéis leído no tengo duda de que los consideraréis propios de un excelente orador. Atendiendo, por lo tanto, a las razones aquí expuestas, considerando la gran cantidad de mujeres que gozan prácticamente de todo tipo de virtudes, ¿quiénes serán esos hombres, tan acostumbrados a discusiones menores entre ellos, que, creyéndose superiores a Cicerón, rehusarían escuchar hoy en día –quienes, por cierto, no se amedrentarían ante la empresa de

---

<sup>54</sup> Famosa matrona romana del siglo II a. C., madre de la ya mencionada Sempronía, de Tiberio Graco y de Cayo Graco. Su casa fue un lugar habitual de encuentro de filósofos e intelectuales.

<sup>55</sup> Lelia, su hija y sus nietas eran conocidas en la época por la pureza de su latín.

<sup>56</sup> Isotta y Verónica eran dos hermanas de la familia Gambará de gran tradición humanista.

<sup>57</sup> Alusión a Costanza Amaretta, nombre bajo el que se esconde Costanza Giovannini, mujer de la que probablemente Firenzuola estaba enamorado.

lograr la gloria, no hablo de la de las armas sino de esa que tiene que ver con la libertad de la patria, al igual que en el mundo de las letras no dan un paso atrás frente a los antiguos–, escuchar, digo, a una mujer reflexionar con otras dos sobre el amor y otros conceptos filosóficos? Esta mujer, mientras vivió, podía hablar doctamente y así lo hizo en varias ocasiones –como quien tiene en mayor estima el estudio de las letras que el del huso y la aguja– dedicándose por entero a ello y sacó tanto provecho que muchos expertos, acostumbrados a pasar mucho tiempo entre libros, quedaron maravillados y la admiración hubiera sido mucho mayor si la envidiosa muerte no le hubiera arrebatado la vida tan prematuramente y le hubiera permitido dejar legado de su doctrina, como tenía intención de hacer. Estos no habrían tenido ninguna duda de que aquellos fueran razonamientos de ella, ni merecería reprensión quien la animó a acometer tal tarea, como tampoco se podría culpar a quien animó a razonar sobre los secretos de la naturaleza o cualquier otro tema a la ilustre marquesa de Pescara doña Vittoria Colonna<sup>58</sup> o la prudentísima señora Felice della Rovere<sup>59</sup> o la estimada señora doña Domitila Trivulzio<sup>60</sup> además de las tres hijas del conde Matteo Maria Boiardo, quienes hablarían no con menor maestría de la de muchos hombres que parecen saber y no saben transmitirlo.

También sé, señor Claudio, que me habéis dicho en varias ocasiones que Onorata Pecci<sup>61</sup>, natural de Siena, dialogaba de modo tan sagaz sobre las más sublimes ideas filosóficas que los espíritus más ilustres de aquellas partes, además de mostrar su satisfacción, mostraban su gran admiración; de los muchos que me han hablado de ella no ha habido ninguno que no la haya representado igual a mi Costanza con todas sus virtudes; y si hubiera alguien que, sin alabar mis palabras, osara culparme, que tenga en cuenta que de ese modo ofende también al divino Platón,

---

<sup>58</sup> Ilustre poeta del Renacimiento italiano.

<sup>59</sup> Hija ilegítima del papa Julio II, su educación y el poder de su padre le permitieron establecer relaciones con las familias más aristocráticas de su entorno y con importantes eruditos e intelectuales.

<sup>60</sup> Poeta italiana del Renacimiento, hija de Giovanni Trivulzio, a quien Ludovico Ariosto citó en su célebre poema épico *Orlando furioso*.

<sup>61</sup> Poeta renacentista.

quien nos acerca a Diotima<sup>62</sup> –la cual enseña al valiente Sócrates el verdadero sentido del amor–, y a san Agustín, quien hace que su santísima madre<sup>63</sup> dialogue sobre las cosas más importantes de la teología. Y, lo que es más, estaría culpando a quien no erró ni jamás errará, a quien hizo hablar de la llegada de su hijo a las venerandas sibilas<sup>64</sup>, algo que conviene que el ser humano tenga en consideración ya que el Creador no es un hombre tan desprovisto de sentimientos que no pueda emitir un juicio verdadero.

Ahora que me parece haberos demostrado que las mujeres gozan de las mismas virtudes que nosotros y que han cultivado sin cesar campos fructíferos y que los hombres dignos no solo las escucharon con mucho gusto, sino que las hicieron maestras de los grandes filósofos y Dios juzgó conveniente que por sus bocas se predijese la natividad de su hijo, os ruego a vos, y a todos los que no se dignen a leer estos trabajos míos, que escuchéis con oídos benignos el discurso de aquellas que suscitaron no poco placer en quienes las escucharon. Con mis mejores deseos.

En Roma, a 7 de febrero de 1552.

---

<sup>62</sup> Sacerdotisa del siglo V a. C. presente en el diálogo platónico *El Banquete* a través de las palabras de Sócrates sobre el amor, las cuales, según este, había escuchado de la propia Diotima de Mantinea.

<sup>63</sup> Se refiere a Santa Mónica de Hipona, a quien san Agustín hace protagonista de parte de su obra.

<sup>64</sup> Personaje mitológico al que se atribuye gran sabiduría y la capacidad de predecir el futuro.



DIALOGO DELLE BELLEZZE DELLE DONNE

Agnolo FIRENZUOLA



# DIALOGO DI M. AGNOLO

*FIRENZUOLA*

Fiorentino.

*Delle Bellezze delle Donne*

Alle nobili & belle Donne Pratesi  
felicità.

ESSENDO stato ricerco molte volte da quelle persone, che mi hanno sempre potuto comandare, ch'io dovessi dar fuori un mio dialoghetto, che ai giorni passati, io composi a requisitione d'una cosa a me carissima, in dichiarazione delle perfettione della bellezza d'una donna, se sarò stato troppo renitente, ò tardo in compiacerle, io penso, senza molta difficoltà doverne essere iscusato. Perciò che buona parte di quelle che me n'hanno ricerco, sanno molto bene quanto sia biasimevole, anzi dannoso non richiuder le nuove, e quasi tenere figliuoline ne' penentrali delle case, per tanto tempo almeno, che quando si mandano fuori, possano, come i veri figliuoli dell'aquila, comportare la chiarezza del sole, et sia mancata quella affettione naturale, che ogni huomo porta alle cose sue, e le conosca quasi per forestiere, veggivi, e considerivi i difetti, non come piatoso padre, ma come severo censore. Toglievami oltre à di questo da cotal proposito, l'haver sentito dire, che certi di questi nostri cervelli tanto stillati, che si convertono in fumo, il piu delle volte volevano interpretare i nomi, che io ho celati studiosamente, e di questa, e di quella, e gia trovavano una donna, e dicevanle, tu non sai, il tale ha detto che tu ti lisci, e t'ha chiamato mona Ciona, e mona Bettola, e ecci chi non si è vergognato di volere che una delle belle giovani di Prato, modestà, e gentile, anzi veramente una preciosa margherita, sia quella dal raso nero, allontanandosi dal vero, quanto si



accostavano al precipitoso giuditio della loro iniquità. L'intentione mia, Pratesi mie care, non è stata di notar né questa, né quella, ma parendomi che la proprietà del dialogo, e il suo ornamento, ricercassero cotai fioretti, che come esempi ponessero la cosa inanzi à i lettori, come si costuma nel ragionare cotidiano, mi fingeva hora il nome d'una, ora d'un'altra, secondo chi richiedeva la ragionata materia, senza pensare piu a mona Pasquina, che à mona Salvestra. Sì che donne mie belle, quando questi maligni, cosi vostri come miei nimici, dicono ch'io ho detto mal di voi, rispondete loro audacemente quello ch'io uso di dire tutto il dì, che chi con atti, con parole, con pensieri, usa di fare una minima offesa à una minima donna, ch'egli non è huomo, anzi un animale non ragionevole, cioè una bestia, e quando uno di questi cosi fatti, vi dice male ora di questo, e ora di quello, rispondeteli, se non con le parole, con la mente, almeno, che egli non fa atto d'huomo valoroso, perciò che chi dice male d'uno in assenza, nella cui bocca egli ride in presenza, che egli fraudà se stesso e non dite piu, che questa risposta come vera, gli trafigerà, e però quando e' dicono, questa è la tale, questa è la quale, io vi dico di nuovo, che e' s'allontanano dal vero, e che e' sono nomi e cognomi à caso e massime quegli che ci sono per dare esempio delle brutte. Ben è vero, che alcuni di quelli che ci sono per esempio delle belle, insieme con le quattro donne, che con Celso ragionano ch'io le ho nella imaginatione, e conoscole col pensiero, e ne' finti nomi loro, chi gl'andasse per il minuto scortecciando, ritroverebbe i veri sotto un sottil velo. Sì che questa era una delle belle principal cagioni ,ch'io li voleva lasciar tra la polvere invecchiare, e tanto maggiormente, che oltre à questo, e' c'era chi diceva, che e' si trovavano alcune donne, che si sdegnavano, che io di loro ragionassi ò bene ò male: alcune altre si dolevano, che io ne avessi tenuto sì poco conto, ch'io non le avessi dato luogo tra le quattro, parendolo lor meritare, come nel vero facevano, se merito bisogna assegnare le mie vili, e roze carte, atte piu tosto à torre che à dar lode alla loro chiara fama. Alle quali, poiché pure mi è forza dar fuori questa operetta, rispondendo quattro parole in mia difensione dico, che le prime hanno il torto, perciò che se ben lo stil mio è basso, la eloquentia è poca, le forze dell'ingegno sono debili, la elegantia è niente: dovevano pure accettare la buona volontà, senza che le cose mie

non sono però tali, che alcune grandi, et eccellenti Signore e ingeniose gentildonne di questa nostra Italia, non l'abbiano volentier lette, apprezzate, e tenuto caro l'autore; e vogliomi, e posso vantare di questo, che 'l giuditioso orecchio di Clemente il settimo, alle cui lodi non arriverebbe mai penna d'ingegno, alla presentia de i piu preclari spiriti d'Italia, stette gia aperto piu hore con grande attentione à ricevere il suono che gli rendeva la voce sua stessa, mentre leggeva il discacciamento, e la prima giornata di quegli ragionamenti ch'io dedicai gia all'illustrissima signora Catherina Cibo, degnissima duchessa di Camerino, non senza dimostratione di diletto, ne senza mie lode. Ma quando questo non fusse vero (che è verissimo) e chiamone in testimone il gran Vescovo Giovio: M. Tullio, che fu l'occhio diritto della lingua latina, hor non iscrive egli à L. Luceio queste formali parole: Io ardo di incredibil desiderio d'essere celebrato da gli scritti tuoi. Se il Principe degli scrittori latini adunque mostra d'havere sì caro, anzi di arder per il desiderio grande d'esser celebrato da uno tanto inferior a lui, che esso lo prega, che con tanta vementia che di lui scriva, perche vi sdegnate voi ch'io vi nomini ò di voi scriva in questo mio dialoghetto? Che se ben non sono L. Luceio, che forse sono, e voi non sete ne Helene ne Veneri, e non dico di tutte, ma di quelle sole, che se non sono fatte sorde da pochi giorni in qua, so bene che m'odono. Ma e' potrebbe molto ben essere, che queste tali lo recusassero per onestà, per umiltà volsi dire, cidè per non conoscere cosa in loro che le rendesse degne di questo honore, alle quali, quando questo sia, io perdono molto volentieri, anzi le ho per iscusate, rivoltandomi alle altre, le quali mostrano da tenere tanto conto di questo infelice mio libretto che le mi minacciano d'uno non scordevole odio, perche io non ce le ho inserite dentro, e dico loro per mia vera, e giustissima scusa, che la paura che mi avevano fatta quelle prime, mi ritenne dal mettervi le seconde, dubitando non l'avessero per male come quell'altre, non dimeno queste che mostrano di stimare tanto le cose mie: io le ringratio, e portimmi odio, ò non me ne portino in ogni modo son loro obligato e mostrerollo forse loro un dì piu particolarmente. E' mi è stato zufolato anche negli orecchi un'altra cosa, che non importa poco, che quella ch'è Signora, e patrona dell'anima mia, nata per sostegno della mia vecchiezza, eletta per riposo delle mie fatiche, si lamenta che non ci si ritrova.

La prima cosa, questo non è picciol peccato: perciò che io non so che veruna sappia ancora d'essere il mio struggimento: concio sia ch'io non ho avuto ancora agio di dirgnene, ne le ho saputo far tanto che la se ne sia potuta accorgere per cenni, ma pur quando alcuno senza mia licenza gnene avesse detto per me, faccianle anche adesso quest'altra ambasciata con mio consentimento, che la guardi molto bene, che la ci è, et è delle quattro sì che cerchine minutamente, che la ci si troverà. Et quando pure anche e' non le paia d'esserci a modo suo, e che la non si riconosca a contrasegni, i quali io ho celati il piu ch'io ho potuto, per non dare che dire alla brigata, ditele che guardi il mio core à falda a falda e se la non ci si trova, dica mal di me: e che le basti questo, e non si rammarichi: ma per l'amor' d'Iddio non lo dica à nessuno, che la mi rovinerebbe. E' ci sono anche certe spigolistre, che una n'è la figliuola di Mona Biurra dalla Imagine, che dicono, che perche io son brutto, che la mia metà non puo essere se non una brutta, e una schifa come me. A queste bisogna fare un poco di scusa, per non mi gittar via a fatto à fatto. Donne mie, quando io nacqui, io non era sì vecchio, quanto io sono al presente, e non era sì barbuto com'adesso, ne sì brutto com'hora, ma le Fate mi guastarono per la via, e perche io sono andato attorno molto, e sono stato assai al sole, io sono arrosito, e però paio nero à questa foggia, ma sotto il farsetto io non son nero come di sopra e massime la domenica mattina quando io mi son mutata la camicia. Et secondo che mi disse gia mia madre, la Balia mi tirò un poco troppo il naso. Ma quando la mia colei, e io ci dividemmo noi eravamo tutti a dui belli à un modo: ma io mi son poi guasto co disagi, et ella s'è mantenuta pe gli agi. Et ecci chi dice, che col far questa opera, ch'io havrò piu perduto che guadagnato, perciò che, dalle quattro in fuori, anzi dalle tre, perche ve n'è una, che ha per male d'esservi, e hammi detto à me, che non me ne sa ne grado ne gratia. Tutte l'altre m'hanno bandito la croce addosso. Ma che domin sarà quando io morissi per le loro mani, io non morirò in man de Turchi ne de Mori, che morirò contento: pur che io non habbia dato loro giusta cagione, come nel vero non ho fatto adesso: che ogni volta che le valorose donne, ò in male ò in bene terranno conto di me, ò mi ricorderanno, in ogni modo l'haverò caro. Io ho di piu sentito dire a una, che si tien savia, et è nondimeno, che Celso son'io, e che per carestia di buon vicini

ch'io mi son lodato da me stesso. Ma se questa, ò altra che l'ha detto a lei, e che però si son rise del fatto mio, havessero piu letto che le non hanno, havendo conosciuto quello che s'usa nel modo del fare un dialogo, non haverebbono mai detta questa semplicità, ma pure quando questo non fusse, e ch'io havessi voluto finger per Celso la persona mia, che lode m'ho io attribuite? Ho detto lui essere huomo di buone lettere e alla mano, s'io non havessi studiato, e in conseguenza non havessi qualche lettera, male havrei potuto condurre questo dialogo a quella perfettione, che di presente si ritruova, e s'io ho lettere, e s'io non ho lettere, da hora inanzi io non ne voglio altra testimonianza che questa operetta. S'io non fussi alla mano, e volto alle voglie de gl'amici, io non sarei in questo laberinto. S'io lo fingo haver locato l'amor suo altamente, puramente, santamente, su fondamenti della virtù, in questo io confesso haver voluto describer me medesimo, e ho descritto il vero, ne ne voglio dare altro testimone, se non la innocentia, e la purità della mia conscienza, dando licenza ingenuamente a chi sa di me un minimo erroruzzo, che palesandolo mi faciano bugiardo. Hor vedi dove queste l'havevano: ecci bene chi ha detto, che non all'età mia, ne alla mia professione si aspetterebbe far cotali opere ma gravi, e severe, a i quali non risponderò altrimenti, percioche de gl'ipocriti tristi, e de i maligni, et de gl'ignoranti, io ne feci sempre mai poco conto, e quelli che cio han detto son di quella ragione, e hor ne fo vie meno. E'ncrescemi che quell'huomo da bene del Boccaccio si degnasse risponder loro, percio che e' mostrò di stimarli troppo. Eccì un'altra cosa che non si deve stimare meno, e questo si è, che in cosa che io mai componessi, non ho costumato porre molta cura, come non ho fatto adesso, alle minute osservanze delle regole grammaticali della lingua Tosca, ma tuttavia sono ito cercando di imitar l'uso cotidiano, e non quel del Petrarca, o del Boccaccio, e ricordevole della sententia di Favorino, sempre mi son valuto, e ho usato quei vocaboli, e quel modo del parlare, che si permuta tutto il giorno, spendendo (come dice Horatio) quelle monete che corrono, e non i quattrini lisci, ò San Giovanni a sedere. La onde io son certo, che una buona parte di quei che fan professione di comporre, daranno all'arme, con molte cose che e' ci troveranno fuor delle loro osservanze, ma à posta loro, quello ch'io ho fatto l'ho fatto percio che egli mi è parso di far cosi, s'io merito

riprensione per questo, riprendami, ch'io starò paziente. Se vogliono ch'io mi vergogni, ecco ch'io son diventato rosso, pur nondimeno per non parere un'huomo così a casaccio, subito che mando fuori una traduttione della poetica d'Horatio, quasi in forma di parafrasi, che sarà questa prossima state, io risponderò quattro parole à correctione di costoro, in questo mezo habbimmi per raccomandato, e in questo Dialogo, e in quel libretto dove favellano le Volpe, e i Corvi, da me come sapete pochi giorni fa mandato al giuditio de gl'amici. Or vedete in che laberinto io sono in che dibattito io mi ritrovo, per haver raccolti i ragionamenti d'altri, e nondimeno io harò tanto animo, et tante forze ch'io supererò tutte queste difficoltà, anzi come un nuovo Hercole, tutti questi mostri, e piu potranno in me le honeste preci delle persone a me care, che qual si voglia mala lingua di qual si sia non ragionevole impedimento. Hogli adunque rescritti di mia mano, e deliberato di metterli in luce, ne ho già fatto partecipi, et gli amici, e i nimici, a i quali io ricordo il proverbio

antico, che non consente che al Lion morto  
si svelga la barba. Data in Prato il di  
18 di Gennaio del 1 5 4 1. Regnante  
lo Illustrissimo ed Eccellentissimo  
Signor Cosimo Duca  
meritissimo di  
Fiorenza.



# DEL DIALOGO

DEL FIRENZUOLA

FIorentino,

*Della bellezza delle Donne, Intitolato*

CELSO.

## DISCORSO I.

CELSO Selvaggio è molto mio amico, e tanto posso disporre di lui, ch'io oso dire, che certo e' sia un'altro me. Et però se io publico adesso questi suoi discorsi, i quali mi vietò già, egli haverà pazienza, concio sia che l'amore che mi porta, lo sforza a far della sua voglia la mia e tanto piu, ch'io ne sono costretto da chi puo costringer lui. Costui, oltre che è huomo di assai buone lettere, e persona di qualche giuditio, molto alla mano, et molto accomodato alle voglie de gli amici, e per tutte queste cagioni, divenuto sicuro, che e' non ne farà parola, gli ho dati fuori, come vedete. Ritrovandosi adunque costui la state passata nell'orto della Badia di Grignano, che all'ora si teneva per Vannoza de Rochi, dove erano andate a spasso assai giovani, cosi per bellezza e per nobiltà, come per molte virtù riguardevoli, tra le quali M. Lampiada, Madonna Amorrisca, Selvaggia e Verdespina, essendosi ritirate su la cima d'un monticello, il quale è nel mezzo dell'orto, tutto coperto da gli arcipressi e da gli allori, si stavano à ragionare di Madonna Amelia dalla Torre nuova, la quale ancora era per l'orto, e chi di loro voleva ch'ella fusse bellissima, e chi ch'ella non fusse pur bella: quando Celso, con certi altri giovani Pratesi, parenti delle già dette donne, salsero in sul detto monte: Sì che colte da loro all'improvista tutte subito si racchetarono, senon che scusandosi Celso di avere fatto loro quella scortesia, come benigne risposero, che havevano havuta

cara la loro venuta et invitarongli à sedere su una panca ch'era loro al dirimpetto, ma pur tacevano, perche Celso disse di nuovo, belle donne, ò voi seguitate i vostri ragionamenti, over ci date commiato: per cio che al Calcio noi non serviamo per isconciare, ma sì bene per dare alla palla talhora s'ella ci balza. All' hora disse Madonna Lampiada. M. Celso, i nostri ragionamenti erano da donne, e però non ci pareva cosa conveniente seguirli alla vostra presenza. Costei diceva, che l'Amelia non è bella, io diceva di sì, e così contrastavamo donnescamente. A cui disse Celso. La Selvaggia haveva il torto, ma la le vuole mal per altro, che in verità cotesta fanciulla, sarà sempre mai tenuta bella da ognuno, anzi bellissima, e s'ella non è havuta per bella, io non so vedere chi altra à Prato si possa appellar bella. All' hora la Selvaggia piu tosto un poco baldanzosetta che no, rispose. Poco giudizio bisogna in questa cosa, perciò che ciascuno ci ha dentro la sua opinione, e à chi piace la bruna e a chi la bianca, e interviene di noi donne come al fondaco de drappi e de panni, che vi si spaccia sino al romagnuolo, et insino al raso di bavella. Bene, Selvaggia soggiunse Celso, quando e' si parla d'una bella, e' si parla d'una che piaccia è ogniuno universalmente, e non particolarmente à questo, e a quello, che ben che la Nora piaccia a Tommaso suo così sconciamente ella e pure brutta quanto la puo, e la mia comare, che era bellissima, il marito non la soleva poter patire. Son forse i sangui che si affanno, ò che non affanno, ò qualche altra occulta cagione, ma una bella universalmente, come sei tu, sarà forza che piaccia a ogniuno universalmente, come fai tu, se ben pochi piacciono a te, et io lo so. Egli è ben vero, che a voler essere bella perfettamente, e' ci bisognano molte cose, in modo che rade se ne trovano, che n'habbiano pur la metà. Et la Selvaggia all' hora. Le sono delle vostre di voi huomini, che non vi contenterebbe il mondo. Io udi dire una volta, che un certo Momo, non potendo in altro colpare la bella Venere, che e' le biasimò non so che sua pianella. All' hora disse Verdespina: Or vedi dove egli l'haveva. Et Celso ridendo soggiunse. Et anche Stesicoro nobilissimo poeta Siciliano, disse male di quella Helena, la quale con le sue eccessive bellezze, mosse mille Greche navi contro al gran Regno di Troia. A cui subito Madonna Lampiada: Sì, ma voi vedete bene, che e' n'accecò, e non rihebbe la vista, insino che non si ridisse, e meritamente, seguitò Celso,

pcioche la bellezza, et le donne belle, e le donne belle, e la bellezza meritano d'essere comendate, e tenute carissime da ogniuno, percio che la donna bella, è il piu bello obietto che si rimiri, e la bellezza, è il maggior dono che facesse Iddio all'humana creatura. Concia sia che per la di lei virtù noi ne indiriziamo l'animo alla contemplatione, e per la contemplatione al desiderio delle cose del Cielo. Onde ella è per saggio, e per arra stata mandata tra noi, et è di tanta forza, e di tanto valore, ch'ella è stata posta da savi p la prima, e piu eccellente cosa che sia tra i subietti amabili, anzi l'hanno chiamata la siede stessa, il nido, e l'albergo d'amore: d'amore dico origine, et fonte di tutti i commodi humani. Per lei si vede l'huomo dimenticarsi di se stesso, e veggendo un volto decorato di questa celeste gratia, raccapricciarsili le membra, arricciarsili i capegli, sudare, e agghiacciare in un tempo non altrimenti che uno, il quale inaspettatamente veggendo una cosa divina, è esagitato dal celeste furore, et finalmente in se ritornato, col pensier l'adora, e con la mente si l'enchina, e quasi uno Iddio conoscendola, se le da in vittima, e in sacrificio in su l'altare del cuore della bella donna. A cui Madonna Lampiada: Deh Messer Celso, se non v'incresce, fateci un piacere diteci un poco che cosa è questa bellezza e come ha da essere fatta una bella, che queste fanciulle mi hanno punzecchiato un pezzo, percio che io ve ne richieggia, et io mi peritava, ma poi che da per voi, n'havete cominciato à ragionare, havendone accresciuta la voglia, ne havete ancora accresciuto l'animo e tanto piu ch'io intesi dire, che in sulla veglia, che fece la mia sirocchia il Carneval passato, che voi ne parlaste con quelle donne si diffusamente, che Madonna Agnoletta mia, non hebbe altro che dire per quei parecchi dì. Si che di gratia contentateci, che ad ogni modo noi non habbiamo altro che fare, e à questo ventolino ci passeremo il caldo piu piacevolmente che non fanno quell'altre che stanno à giuocare o à passeggiare per l'orto. Onde Celso. Si, perche la Selvaggia, come ella sente dir qualche cosa che non le paia a modo suo, ò che le manchi nulla dica ch'io biasimo le donne, il quale non ho altrettanto piacere se non quando io le lodo, et ella l'ha veduto piu volte per isperienza, senza mai sapermene grado alcuno. Ma sia con Dio, che' l fumo le muterà bene quelle bianche carni si. Et Modonna Lampiada all'hora: Non dubitate, ch'ella non dirà cosa



alcuna. Deh sì di gratia, fateci questo piacere: Onde veggendole così volonterose, per non mancare di sua natura, ne parlò loro in quella guisa, che voi leggendo intenderete. Percio che ivi à non molti dì, facendomi replicare da lui medesimo tutto quello che vi si era ragionato, lo ridussi insieme in queste carte, il meglio ch'io seppi ò potui: che bene doverete pensare che ci mancano molte cose, dette così dalle donne, come da lui, il quale dopo un poco di scusa cominciò in questa forma.

Io non fui mai richiesto da donna alcuna di cosa che far si potesse onorevolmente, ch'io la disdicessi, ne voglio io cominciar adesso. Parlisi adunque della bellezza, fra quattro bellissime donne arditamente. Et la prima cosa che noi habbiamo à vedere, sarà che cosa sia questa bellezza in generale. La seconda, la perfettione, l'utilità, ò vero l'uso di ciaschedun membro in particolare, di quelli però che si portano scoperti. Percio che (come afferma Marco Tullio) la natura provvide con occulto rimedio che quelle membra, per virtù delle quali, la bellezza risulta più virtualmente fussero situate in luogo eminente, accioche meglio si potessero riguardare da ogn'uno, e di più con tacita persuasione indusse gli huomini, e le donne a portar le parti di sopra scoperte, e l'inferiori coperte, perciò che quelle come propria siede della bellezza, si havevano a vedere, e le altre non era così necessario, perchè son come un posamento delle superiori, e come una base.

M. AMORORISCA. Adunque i predicatori riprenderebbono meritamente coloro, che con le maschere si ricoprono la faccia, dove è secondo voi la propria siede della bellezza?

CELSO. Si se e' riprendessero i begli solamente, i quali nel vero fanno un gran peccato a celar tanto bene, ma perciò che e' riprendono ancora i brutti, i quali doverebbono sempre andare in maschera, à me non par che habbiano molta ragione, che da questo vi potete accorgere, quanto dispiacere arrechi seco la bruttezza, che il Signore Alberto de Bardi di Vernia, ch'e huomo di quel giuditio che noi tutti ci sappiamo, dice che quando e' vede M. Ciona su una festa, che con quel suo raso nero va à tutte, che il piacere che e' piglia di tutte l'altre belle, non li ricompensa il dispiacer di quella sola brutta.

M. AMOR. Dunque ne ne' piedi, ne nelle braccia, ne nelle membra, che con le vesti si cuoprono, secondo cotesto vostro

discorso alberga la bellezza e pur diciamo: Mona Bartolomea ha una bella gamba: l'Appollonia ha un bel piede: la Gemmetta ha un bel fianco.

CEL. Ancora che appresso di Platone si nieghi, che la bellezza consista in un membro semplice, e dicasi ch'ella ricerca una unione di diversi, come vedremo meglio da basso, nondimeno quando noi diciamo un membro semplice esser bello, noi intendiamo di quello che è secondo la sua misura, et è secondo quello che si li conviene, e di che è capace, come dire, a un dito si ricerca essere schietto, e bianco, quel dito che haverà queste parte, noi lo chiameremo bello, se non d'una generale bellezza, come vogliono questi filosofi, almeno di propria, e particolare. Non dimeno quanto alla dispositione di quella bellezza, che con una sembianza di divinità rapisce la virtù visiva alla sua contemplatione, per gli occhi lega la mente al desiderio di quella, la quale comincia dal petto, e finisce con tutta la perfettione del viso queste membra inferiori non conferiscono, ma si bene conferiscono alla formosità, ò vero bellezza di tutto il corpo, ma così vestite, e coperte come ignude, e talhor meglio, percioche col vestirle garbatamente, le s'empiono di maggior vaghezza. Dunque parleremo principalmente della bellezza de membri scoperti, e accessoriamente de coperti, di poi vedremo che cosa è leggiadria, che vuol dire vaghezza, ch'intendiamo per la gratia, che per la venustà, e quello ch'importa non havere aria, e haverla, cio che significa quello che il vulgo in voi donne chiama maestà, ancora che impropriamente in un certo modo. Di poi, perche la mente piglia meglio per via dell'esempio la essenza della cosa che si discorre, e concio sia che rade volte anzi piu tosto non mai in una donna sola si raccolgono tutte le parti, che si richiedono ad una perfetta, e consumata bellezza. Et come disse Homero prima, e poi quel Cartaginese ad Hanibale. Gli Iddij non hanno dato ogni cosa à ogniuno, ma a chi l'ingegno, ad altri la beltà, a molti la forza, à pochi la gratia e le virtù a rari, piglieremo tutte à quattro voi: e imitando Zeusi, il quale dovendo dipingere la bella Helena alli Crotoniati di tutte le loro piu eleganti fanciulle, ne elesse cinque, delle quali togliendo da questa la piu bella parte, e da quell'altra il simile facendo, ne formò la sua Helena, che riuscì così bellissima, che p tutta Grecia d'altro non si ragionava. Da cui etiandio il Mag. M. Gio. Giorgio Trissino, o forse da Luciano, il

quale la sua bellezza compose delle molte bellezze, che egli ritrasse dalle eccellenti statue de i piu celebrati scultori, che fussero stati fino al tempo suo, imparo il modo del suo ritratto, e cosi facendo noi, tenteremo se di quattro belle, noi ne possiam fare una bellissima: Orsu dunque vegnamo alla diffinitione della bellezza, e alla sua piu vera, e principal cognitione.

Dice Cicerone nelle sue Tuscolane, che la bellezza è una atta figura de i membri, con una certa soavità di colore. Altri han detto, che fu uno Aristotile, che ella è una certa proportione conveniente che ridonda da uno accozamento delle membra diverse l'une dall'altre. Il Platonico Ficino, sopra il convivio, nella seconda oratione, dice che la bellezza è una certa gratia, la quale nasce dalla concinità di piumembri, e dice concinità, percioche quel vocabolo importa un certo ordine, dolce e pieno di garbo, e quasi vuol dire uno attillato aggregamento. Dante nella sua colletione, lo quale à comparatione del convito di Platone, à fatica è bere un tratto, dice che la bellezza è una armonia. Noi non p dir meglio di costoro, ma percio che parlando con donne ci è necessario spianare le cose un poco meglio, non diffinendo propriamente, ma piu tosto dichiarando, diciamo che la bellezza non è altro, che una ordinata concordia, e quasi una armonia occultamente risultante dalla compositione, unione, e commissione di piu membri diversi, e diversamente da se, e in se, e secondo la loro propria qualità, e bisogno, bene proportionati, e 'n un certo modo belli, i quali prima che alla formatione d'un corpo si uniscano, sono tra loro differenti, e discrepanti, dico concordia e quasi armonia, come per similitudine: percio che come la concordia fatta dall'arte della musica, dell'acuto, e del grave, e de gl'altri diversi tuoni, genera la bellezza dell'armonia vocale, cosi un membro grosso, un sottile, un bianco, un nero, un retto, un circonflesso, un picciolo, un grande, composti, e uniti insieme dalla natura, con una incomprendibil proportione, fanno quella grata unione, quel decoro, quella temperanza, che noi chiamiamo bellezza: dico occultamente, percioche noi non sappiamo render ragione, perche quel mento bianco, quelle labra rosse, quelli occhi neri, quel fianco grosso, quel pie picciolo, creino, ò vero eccitino, ò risultino in questa bellezza, e pur veggiamo che gli è cosi. Se una donna fusse pelosa, la sarebbe brutta: Se un caval fusse senza peli, e' sarebbe deforme. Al cammello lo scrigno fa gratia, alla

donna disgratia. Questo non puo venire d'altro, che da uno occulto ordine della natura, dove secondo il mio giuditio, non arriva saetta d'arco d'ingegno humano. Ma l'occhio che da essa natura è stato costituito giudice di questa causa, giudicando ch'egli sia cosi, ci sforza senza appello, à starne alla sua sentenza. Dico discrepanti, percioche (come si è ragionato) la bellezza è concordia, e unione di cose diverse: percio che come la mano del sonatore, e la intentione movente la mano, l'arco, la lira, e le corde, sono cose diverse, e discrepanti l'una dall'altra, non dimeno rendono la dolcezza dell'armonia: cosi il viso che è diverso dal petto, e'l petto dal collo, e le braccia dalle gambe, ridotti, e uniti insieme, in una creatura dalla occulta intentione di natura, generano quasi forzatamente la bellezza. Quello che dice Cicerone, della soavità del colore mi par superfluo, percio che ogni volta che le membra particolari, con le quali sarà eccitata la detta bellezza, saranno in se stesse belle, bene organizzate, e in tutta la loro perfettione ordinate, composte, e proportionate, elle saranno forzate à ombreggiare il corpo, il quale lo comporranno di quella soavità del colore, il quale gli è necessario, per la perfettione della sua vera bellezza, che cosi come in un corpo bene temperato da gli humori, e con gli elementi composto, si ritrova la sanità, e la sanità produce vivo, e acceso colore, e dimostrante l'intrinseco di se medesima estrinsecamente, cosi le perfette membra particolari, unite nella creatione del tutto, spargeranno il colore necessario alla perfetta unione, et armoniale bellezza di tutto il corpo.

Scrive Plutarco, che Alessandro il grande spargeva dalle sue membra una fragrantia soavissima, e non l'attribuisce ad altro, che alla buona temperanza, anzi perfetta delli humori, e di tutta la sua complessione: concio sia adunque, per tornare al nostro proposito, che alle guancie convenga essere candide, candida è quella cosa, che insieme con la bianchezza, ha un certo splendore, come è l'avorio, et bianca è quella che non risplende, come la neve. Se alle guancie adunque à voler che si chiamin bella, conviene il candore, e al petto la bianchezza solamente, et bisognando che per la eccitatione della bellezza universale, tutte le membra nella separatione sieno perfette, sarà mestieri che ell'habbiano il dovuto colore, cioè quello ch'era necessario alla loro propria, e particolare bellezza, o vero essenza, e havendolo

nella separatione, sarà bisogno che l'habbiano etiandio nella unione, e havendolo, spargeranno forzatamente quella soavità del colore che fa loro di mestiero, il quale non hà a ridondare di piu compositi in un medesimo, ò in un solo, ma diverso in diversi, secondo la varietà e'l bisogno de' membri diversi, dove bianco come la mano, dove candido, e vermiglio come le guancie, dove nero come le ciglia, dove rosso come le labra, dove biondo come i capegli. Questa è adunque, donne mie, non la diffinitione, ma la dichiarazione delle diffinitioni della bellezza.

M. LAMPIADA. Perdonatemi s'io vi togliessi cotal volta il capo col domandarvi, ch'io sono una di quelle, che avvenga che sieno ignoranti, havrebbero vaghezza d'imparare sempre che e' ne fusse loro data la commodità. Quando voi parlate della bellezza in generale, dite voi di quella dell'huomo, ò di quella della donna, ò pur mescolatamente dell'una, e dell'altra?

CEL. Gran segno di sapere è il cominciare à conoscere di non sapere, con desiderio di sapere: pçioche Socrate che fu giudicato savio dall'Oracolo di Apolline non mostrava con tante fatiche, e tanti studij, havere imparato altro se non il conoscere ch'egli non sapeva: ma voi non lo fate per non sapere, ma per usare una vostra naturale modestia, e domandate, non perciò ch'io insegni à voi, che sapete piu di me, ma à queste altre, che per essere un pochetto piu giovani vengono ad essere men pratiche di voi. Dicovi adunque, in risposta della vostra domanda: che se voi haveste letta l'oratione d'Aristofane, recitata nell'allegato convivio di Platone, non accadrebbe che vi dichiarissi adesso questo passo: o se pure haveste lette certe belle stanze di Monsig. BEMBO, in sua gioventù, che quasi mi verrebbe voglia di narrarvi la materia, senon che la sarebbe troppo lunga, e però la serberemo per un'altra volta.

M. LAM. Deh digratia ditecela hora, che il tempo ci avanza, che un'altra volta forse ne mancherà.

CEL. Poi che cosi vi piace, mano à dirvele, ma piu succintamente che si potrà: perciò che se io la volessi dire à punto come la sta, noi faremo sera con essa. Quando Giove creò i primi huomini, e le prime donne, egli li fece doppi di membra, cioè con quattro braccia, con quattro gambe, e con duo capi, e la onde per haver costoro doppie membra, e' venivano haver doppie forze, et erano di tre ragioni, alcuni maschi in tutta due le parti: alcune

femine, che furono pochi, il restante ch'era il maggiore numero, erano per l'una parte i maschi, e per l'altra femine. Accadde che questi cosi fatti homaccioni furono sconoscenti de benefici ricevuti da Giove, e pensarono insino di togli il Paradiso. Onde havendo havuto di questo sentore, posposto ogni altro consiglio, non volendo però disfar del tutto la generatione humana, per non haver poi chi l'adorasse, ò per assicurarsi dello stato, deliberò difenderli tutti pel diritto mezo, e fare d'uno due: pensando che nel dividerli e' verrebbe loro à divider le forze, e l'ardire. Et cosi senza piu, lo mise ad effetto, e acconciò la cosa in modo, che noi restammo cosi come voi vedete, che noi siamo al di d'hoggi. Et Mercurio fu il segatore, et Esculapio il maestro di rassettarci, e medicarci il petto, che pati piu che alcuna altra parte, che à te Selvaggia l'acconciò certo pur troppo bene, e di saldarci tutte l'altre parti che haveva guaste la sega: e cosi come voi vedete, ogniuno viene a rimanere ò maschio ò femina, salvo che certi pochi, che si fuggirono, i quali pel troppo correre si disertarono tutti quanti, si che e' non furono mai buoni à nulla, e furono chiamati Hermafroditi, quasi da herma, che vuol dire Mercurio, fuggiti quegli che erano ò descenderono da quegli che erano maschi da tramendue le parti, desiderosi di tornare nel primo stato, cercano la loro metà, ch'era un'altro maschio, e però amano, e contemplano la bellezza l'un dell'altro, chi virtuosamente, come Socrate Alcibiade il bello, come Achille Patroclo, e Niso Eurialo, chi impudicamente, come alcuni scelerati, indegni d'ogni nome ò grido, assai piu che colui: che per acquistare fama pose il fuoco nel tempio della Efesia Dea: e questi tutti, ò volete i buoni, ò gli scelerati: fuggono per lo piu, il consortio di voi altre donne: che ben so che etiandio al di d'hoggi ne conoscete qualch'uno. Quelle ch'erano femine, ò discendono da quelle che erano femine in ogni parte, amano la bellezza l'una dell'altra, chi puramente, e santamente, come la elegante Laudomia Forteguerra, la Illustrissima Margherita d'Austria: chi lascivamente, come Safo la Lesbia anticamente e à i tempi nostri à Roma la gran meretrice Cicilia Vinitiana, e queste cosi fatte per natura schifano il tor marito, e fuggono la intrinseca conversatione di noi altri, et queste dobbiamo credere che sien quelle che si fanno monache volentieri, e volentieri vi stanno, che sono poche: percioche ne i munisteri le piu vi stanno per forza, e

vivonvi disperate. La terza sorte, che erano, e maschi, e femine che furono il maggior numero, furono quelle donde sete discese voi, che havete il marito, e ve lo tenete caro, come Alceste moglie del Re Admeto, e altre che non ricuserebbono di morire per la salute de i loro mariti: e finalmente sono tutte quelle che veggiono volentieri la faccia dell'huomo, pudicamente però e secondo che permettono le sante leggi. Siamo noi huomini, i quali, ò habbiamo moglie, ò ne cerchiamo, e finalmente son coloro, a chi nessuna altra cosa piu piace, che il bel viso di voi altre bellissime donne: che per riunirsi alla loro parte, e fruir la lor bellezza non schiferebbono pericolo alcuno, come Orfeo per la cara Euridice, e Caio Gracco nobile Romano per l'amata Cornelia, e come farei io per quella cruda, la quale non si volendo accorgere, ch'ella è la mia metà, e io la sua, mi fugge come s'io fussi una qualche strana cosa.

VERDEspina. Io vi dirò, voi vi lasciate cosi poco intendere con cotesto vostro amore, che non sarebbe gran fatto, che colei che voi amate, e dite che ha la vostra metà, poiche metà si ha à dire, non lo sapesse, e però non vi facesse quegli honesti favori che dovrebbe fare una gentil donna à un virtuoso par vostro, e non dimeno, non ci è persona in Prato, che non creda che voi siate innamorato, e pochi di sono ch'io ne senti domandare con una grande istanza, e ogniun disse che credeva di si, ma che non sapeva dove. Et quando io considero quelle parole che voi solete usare alcuna volta, cioè, Chi mi ha nol sa, e chi'l sa non mi ha, mi conficano nella prima credenza, che quella che voi amate nol sappia, e quella che voi non amate sel creda: nondimeno voi lo fate cosi secretamente, che e' non si sa troppo bene chi sia quella con chi voi fingete, ò quella con chi voi fate da dovero.

CEL. Verdespina gentile creditu però ch'io sia cosi vile d'animo, e cosi obliato di me stesso, ch'io habbia al tutto serrato il core alle saette amorse? Ancora io sono huomo, ancora io cerco di ritrovare la mia metà, ancora io cerco di fruir la bellezza di colei, che mi e stata posta inanzi, per obietto chiarissimo delli avventurosi occhi miei, e per consolatione dell'intelletto, ma tacito, e da me la godo: percioche il fine dell'amor mio, il quale è puro, e casto, messe le radici sul terreno coltivato dalla virtù, si contenta in se stesso, con la vista della sua donna, la quale da accidente alcuno, non gli puo essere contesa: percio che quando è celata

all'occhio corporeo, è aperta à quello dell'intelletto. Si che ascondamisi pure la mia donna à senno suo che sempre la veggio, sempre la contemplo, sempre di lei mi godo, e mi contento: e quando io mi dolgo di lei, io mi ciancio percio che nel vero io non ho cagione alcuna di dolermi, non desiderando da lei cosa ch'io non possa havere, ancora à suo dispetto: e forse potrebbe venire un tempo, che chi mi ha lo saprà, e chi non m'ha lo conoscerà. Hor torniamo à gl'huomini dimezati, e alle donne divise, che pur troppo ci siamo discostati da casa, e diciamo che della prima spetie non accade ragionare, ne manco della seconda: percio che ò e' contemplanò la bellezza della propria spetie divinamente, e per virtù, ò sceleratamente, e per vitio, e de primi non possiamo parlare: percio che il nostro intelletto, mentre è in questo carcere, è mal capace delle cose divine, de gli scelerati, e vitiosi tolga Iddio, che in una compagnia di caste, et virtuose donne, come voi sete, si favelli di così trista semenza. Restaci adunque à ragionare, e di voi, e di noi cioè de gli huomini che sono vaghi delle donne, e delle donne che sono vaghe de gl'huomini, ma gentilmente, puramente, e per virtuoso raggio infiammati, e illuminati, come più volte si è detto: ma e' mi par che la Selvaggia se ne ride.

SEL. Io non me ne rido, anzi attendo dove voi vogliate riuscire.

CEL. Io voglio riuscir à questo, che desiderando ogniuno di noi per un naturale istinto, e appetito di rappiccicarsi, e rappiastrarsi con la sua metà, per ritornare intero, che egli è forza ch'ella ci paia bella, et parendoci bella, e forza che noi l'amiamo, percioche il vero amore, secondo che afferma tutta la scuola di Platone, non è altro che desiderio di bellezza, amandola è forza che noi la cerchiamo, cercandola, che noi la troviamo. Chi potrà ascondere cosa alcuna all'occhio del vero innamorato? trovandola, che noi la contempiamo, contemplandola, che noi la fruiamo, fruendola, che noi ne riceviamo incomprendibile diletto, percio che il diletto è il fine di tutte l'attioni humani, anzi è quel sommo bene tanto da i Filosofi ricercato: il quale, à mio giudizio, parlando delle cose terrene, non si trova altrove che quivi. La onde egli non parrà più gran fatto, che una gentil donna, e un valoroso uomo, acceso de raggi d'amore, che è quello solo lume, che per gli occhi nostri, ne apre l'intelletto, e n'insegna la nostra metà, si metta ad ogni fatica, si esponga ad ogni pericolo, per ritrovare se medesimo in altrui, e altrui in se medesimo. Et però



conchiudendo, per non vi tener piu sospesa, haviamo à dire che alla donna è conveniente contemplare la bellezza dell'huomo, e all'huomo quella della donna: e però quando parliamo della bellezza in generale, intendiamo, e della vostra e della nostra: non dimeno percioche una piu delicata, e particolare bellezza alberga piu in voi, piu si dilata in voi, e in voi piu si considera: concio sia che la complexion vostra sia molto piu delicata, e piu molle che non è la nostra; e come è vera opinion di molti savi fatta dalla natura cosi gentile, cosi soave, cosi dolce, cosi amabile, cosi desiderabile, cosi riguardevole, e dilettevole cosi: percio che la fusse un riposo, un ristauo, anzi un porto, e una meta, et un refugio del corso di tutte le humane fatiche, per questo lasciando io hoggi in tutto, e p tutto il parlar della bellezza dell'huomo: tutto il mio ragionare, tutto il mio discorrere, i pensier miei tutti, rivolgo alla bellezza di voi donne, e chi me ne vuol biasimare, me ne biasimi, ch'io affermo non di mio capo, ma di sententia, non solamente de savi naturali, ma d'alcuni Theologi, che la vostra bellezza è un'arra delle cose celesti, una imagine, e un simulacro de' beni del Paradiso. Come potrebbe huomo terrestre assettarsi mai nella fantasia che la beatitudine nostra che ha ad essere precipua nel contemplare sempre la onnipotente essentia d'Iddio, e fruir la sua divina vista, potesse essere beatitudine continova, senza sospetto della satietà, se non vedesse che il contemplare la vaghezza d'una bella donna, il fruir la sua leggiadria, il beversi con gli occhi la gratiosa beltà, è un diletto incomprendibile, una beatitudine inenarrabile, una dolcezza, che quando finisce, vorrebbe cominciare, un contento che se ne dimentica, e se ne lascia se medesimo. Et però Pratesi miei cari, se io guardo talhor queste vostre donne un pochetto troppo attentamente non l'abbiate per male. Sapete voi come disse il Petrarca à M. Laura? Siatu men bella io sarò manco ardito. Credete voi che quando io ve le guardo, ch'io le porti via. Non habbiate questa temenza ch'io non fo lor danno alcuno: che il fo solo per imparare a fruir i beni del Paradiso: percioche i portamenti miei non sono tali, che non possa sperar d'andarvi: e per non giugner poi la su, e parere un Contadino quando e' va à città la prima volta, e non havere à imparare à contemplare le cose belle: io mi vo avanzando di qua con questi be' visi il meglio che io posso, et s'alcuno mi vuol biasimar per questo, tal ne sia di lui, ch'io gliel perdono: che assai

bella vendetta mi pare, non poter essere biasimato a ragione: che ben so che chi ha lo stomaco infetto, egli è necessario mostrarlo col fiato. Hor vedi dove m'ha trasportato un giusto sdegno.

M. AMOR. Orsu, non piu Messer Celso, che avenga che uno giusto sdegno stia bene in gentil cuore nondimeno il lasciarsi da lui soverchio muovere, non ha del peregrino ne del cortese.

CEL. Certo che lo sdegno è grande, massimamente havendo rispetto allo autore, che senza alcuna cagione si è mosso, ma la cagion però sete voi donne, che per parlar volentieri di voi, per lodar, per difendervi dal latrare di questi sciocchi, che col dire mal di voi. vogliono essere da voi tenuti per amanti, per iscriver di voi honorevolmente, e mostrarmi vostro procuratore, e' levano i pezi de fatti miei: ma dicano pur donne mie cio che loro pare, che voi vo guardare io, voi amare, di voi parlare, di voi scrivere, voi servire, e voi adorare, e per mostrarvi, donne mie care, che quello ch'io vi ho promesso con le parole, lo voglio attener co' fatti. Dico che dal ragionamento di sopra, che conchiude che noi siamo la metà l'uno dell'altro, si forma un argomento insolubile, che cosi nobili siate voi donne, come noi huomini, cosi savie, cosi atte alle intelligentie, e morali, e speculative, cosi atte alle mecaniche attioni, e cognitioni, come noi, e quelle medesime potentie, e virtuali habiti, sono nell'animo vostro che nel nostro: percio che quando il tutto si parte in due parti uguali ugualmente, di necessità tanto è una parte quanto l'altra, tanto buona quanto l'altra, tanto bella quanto l'altra. Si che con questo argomento, e con questa conclusione dirò arditamente à questi vostri, e miei inimici, i quali come vi sono inanzi, par che spirino, e poi dietro vi sonano le predelle, che voi siate in tutto, e per tutto da quanto noi, ancora che talhora non apparisce in atto, cosi universalmente, rispetto a gli officij domestici, et esercizij familiari, che per vostra modestia vi sete presi nella cura familiare. Et per il medesimo rispetto, veggiamo che tra il filosofo, e l'artefice, tra'l dottore e'l mercatante è una grandissima differenza, quanto alle operationi dell'intelletto: ma questo non accade al presente disputare, che pure troppo ci siamo dilungati dalla materia. Ma ben d'una cosa vi voglio avvertire, che se alcuno vi dicesse, che quella cosa del dividere è una favola da veglia, che voi rispondiate loro, che l'ha detto Platone, e che ella è una novella che raccontò un savio filosofo in su una veglia di Platone. Se e' saranno huomini

d'ingegno, questa risposta la rintuzera loro, se e' saranno ignoranti, e' saranno per forza maligni, de' quali voi avete a tenere poco conto: percioche l'anima maligna non è capace della sapientia. Il dire che ella è una favola di Platone, denota che ella è piena di misteri alti, e divini, e che la vuol significare quello ch'io vi ho detto, cioè che noi siamo una cosa medesima, d'una perfettione medesima: e che voi avete à cercare noi, e amare noi, e noi habbiamo à cercare voi, e amare voi, e voi senza noi niente siate, noi senza voi niente siamo, in voi è la nostra perfettione, in noi è la vostra, senza mille altri bellissimoi misteri, che al presente non accade di dichiarare. Non ve lo dimenticate di dire, che e' fu Platone, legatevelo bene alla mente.

Poi che io vi ho dimostro per quanto hanno potuto le forze mie, che cosa sia la bellezza in generale, resta che secondo la promessa, io vi mostri quella delle membra particolari, e la loro perfettione, nelle quali, come havemo accennato di sopra, ha posto Iddio, con maraviglioso ordine il preservamento di tutto il composto, aiutandosi l'uno l'altro, et l'uno dell'altro la virtù usando. Et prima mi par convenevol cosa parlar della statura ò vero forma di tutta la persona la quale Iddio ottimo massimo: percioche egli ne creò come suo fine, et come contemplatori delle superne armonie, questo la voltò, e alzò verso il cielo, havendo quella de gli altri animali, i quali furono formati, ò per commodo dell'huomo, ò per bellezza,, e ornamento dell'universo, inclinata verso la terra, in guisa che sempre con gli occhi riguardassero quella, come lor fine, e co piedi dinanzi sempre prostrati, andassero su per quella carpone. Alla statura dell'huomo diede adunque lo stare diritto, voltar gli occhi verso il cielo, e tenergli sempre fissi all'ornamento di quelle bellezze superiori, le quali all'aprir di questo carcere, hanno ad essere per gratia d'Iddio il guiderdone, l'albergo, il riposo dell'humane fatiche: il quale huomo nondimeno, come detto habbiamo, mentre camina per questo terrestre viaggio, si ricrea alcuna volta, e si riposa, ristorasi, e si conforta, donne mie belle, su la vostra soave bellezza, come fa lo stanco peregrino sull'albergo, insin che e' giunga al desiderato luogo.

Risolvesi la statura, ò vero la forma dello huomo, in un quadro, percio che tanto è lungo l'huomo, distendendo le braccia in Croce, dall'estremità del mezzo dell'una mano, all'estremità del dito del

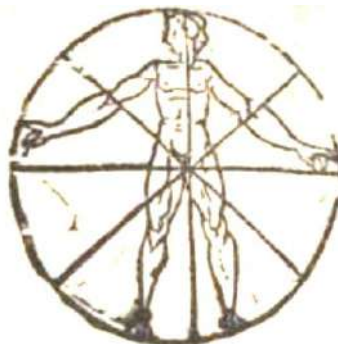
mezzo dell'altra mano, quanto dalla infima parte delle piante, alla sommità del capo, che volgarmente si chiama cocuzolo: la quale figura vorrebbe essere per lunghezza almeno nove teste, cioè nove volte quanto è dalla più bassa parte del mento, alla sommità del capo. Altri, in perfetto circolo l'hanno risolta, tirando dalle parti genitali, le quali vogliono che sieno l'ombilico e'l mezzo della nostra figura, le linee alla circonferenza, in questo modo, cioè.

M. LAM. Accostiamoci un poco più qua, che meglio lo potrete disegnare, che ci è più piano, e più netto: Deh poi che voi venite a fare, disegnateci anche quella riquadratura della figura, cioè della larghezza, e della lunghezza. Eccovelo qui.



SEL. Mostratemi ancora il disegno della risoluzione della persona nella figura sferica, poi che tanto bene avete fatto.

CEL. Eccotelo qui, poi che nulla ti si può disdire. Vedete le linee ugualmente partite dallo umbilico fare il circolo che havemo detto.



Hora vegnamo alla testa, la quale io vi disegnerò così lo meglio ch'io potrò, perciò che questa non è molto mia professione, ancora che ella non disconverrebbe à qual si sia spirito elevato, anzi gli sarebbe un grande ornamento: con ciò sia che la pittura appresso de i Greci, fu connumerata tra le arti liberali.



Vedete adunque che à voler misurare perfettamente l'altezza della testa, e notate che io chiamo testa, a tutto quello che è dal fine della gola in su, che egli si ha à tirare una linea retta, la quale ha a posare sopra una altra linea retta, che esce dalla piu bassa parte del mento, e ha a ire à trovare una altra linea retta che si muove dalla sommità del capo, e tanto quanto la linea sarà lunga; tanto nove volte ha da essere la statura d'un huomo ragionevolmente formato, e bene proportionato, e per lunghezza, e per larghezza: e quello che dello huomo si dice, sempre intendiamo della donna, e in questa, e in ogni altra misura. Sono stati nondimeno molti dotti, e valenti huomini, i quali hanno lasciato scritto, che le donne, per lo piu, non passano sette teste: altri che à volere essere di proportionata grandezza, non devono passare sette, e mezzo: alla cui openione, mi pare che faccia gran' piede il commune uso della Natura, e così vedete che dalla testa si piglia la misura di tutta la persona, e dalla misura della persona, quella della testa. Et perciò che un corpo di conveniente statura, e massime quel della donna, non vorrebbe passare palmi sette, e mezzo, di nove dita il palmo, ma di palmo, e di dito di bene proportionata mano: però la convenevol testa e secondo se ben composta verrà ad essere dita sette, e mezzo, et poi che noi habbiamo cominciato à disegnare, vi voglio mostrare come i dipintori risolvono la perfezione del profilo in un triangolo: ma stievi à mente, che poche poche donne riescono in profilo: e uno de piu perfetti che egli mi paia haver

sino à qui veduti in Prato, è quello di quella gentil villanella che sta dalle tre Gore, e quella del Mercatale, che tra mal visi ha si buon viso, la quale ha si bella aria, e piacque tanto in su la Comedia de Villani, che tutto Prato meritamente la giudicò bellissima, ha il profilo imperfetto per un poco di difettuzzo ch'ella ha nella misura del viso: della qual cosa pochi non dimeno si accorgeranno: percioche, come dice il proverbio Ogni bue non sa di lettera: nondimeno ella ha una gratiosa aria di fanciulla. Hor eccovi disegnato il triangolo.



Vogliono questi dipintori, che dallo angolo egli si tiri una linea retta, d'uguale lunghezza delle linee triangolari, e dalla estremità della detta linea, andando in su, si tiri il naso, e di qua un dito, e mezzo dall'angolo ò poco piu, di su la medesima linea ponga l'orecchio, lasciandone sotto alla detta linea, quella punta che, restringendosi in guisa d'un picciolo balascio, termina l'orecchio dalla parte di sotto, tanto vezzosamente: Muovono di poi dall'angolo superiore un'altra linea retta d'uguale lunghezza dell'altra del mezzo dalla quale è declinano verso la linea triangolare, in modo di arco una linea la quale molle, e dolce declinando al termine del naso, che debbe esser dirimpetto alla coda interior dell'occhio, fa lo atto della declinatione del capo verso la fronte, e dalla fronte alla fine del naso, in quella quasi valletta, che è tra i confini dell'uno, e dell'altro ciglio dall'angolo inferiore si muove una linea retta, e termina rettamente sotto all'orecchio, sulla quarta parte, della quale: e dove tu vedrai questo carattere.V. si muove una linea quasi semicircular, l'una parte della quale termina poco di sopra all'angolo 7. in sul qual termine finisce il mento, et l'altra parte percuote nel cominciamento della gola: e cosi si mostra che'l mento vuole havere uno poco di

soggiogo, come ha la cugina della Amelia, alla quale egli aggiugne gran' gratia à quel suo bel visetto, e tanto quanto è dalla estrema parte del mento, al termine sopra il labro superiore, tanto ha da essere dalla fine del naso, al cominciamento della dirizatura, che è la fine della fronte, e tanta distantia è dalla estremità del labbro di sopra, al principio del naso, quanto dalla coda anteriore di ciascuno de gli occhi, al mezzo del dorso del naso, e tanta vuole essere la larghezza del naso nella sua base, quanto è la sua lunghezza, e tanta deve essere larga la concavità dell'occhio dalla parte di sotto al ciglio à quella che termina con le guancie, quanto da quella che combacia il naso, à quella che finisce à dirimpetto de gli orecchi.

Sonci molte altre misure, le quali perciò che poco importano, e la natura ancora l'usa rade volte, noi le lasceremo à dipintori, i quali con una pennellata piu, e una meno, le possono allungare, e accortare, come torna lor bene.

M. AMOR. Oime, ò voi mi havete fatto sbigottire à raccontare tante misure. Dunque quando noi facciamo i bambini, ò vero le bambine, e' ci bisognerebbe il braccio, ò le seste. Io vi dirò il vero, se e' mi pareva essere bella, che molte volte mi è stato detto di sì, e guardandomi io alcuna volta nello specchio (per confessarne il vero) me lo son creduto, anzi mi è paruto essere del certo: ma io vi dico bene che da qui inanzi mi parrà essere una cosa contrafatta. Oime, o di coteste misure, io non ne credo havere straccio, sì che io mi posso ire a riporre.

CELSO. E non bisogna però havere tanta furia à riporsi: concio sia che delle parti della vera, e misurata bellezza, se bene voi non l'havete così tutte tutte interamente, basta che le sono tante, che secondo le altre voi meritate di essere tenuta piu la che bella. Et se dalla concordia delle vostre membra, non ne nasce quella perfetta perfetta armonia, basta che la vi nasca, e con tanta gratia, e con tanta venustà, che voi non havete cagione da riporvi, ma si bene di mostrarvi piu che voi non fate. Et que bei figliuolini, e quelle eleganti figliuoline, ne faranno fede à tutti quelli che non saranno stati à tempo a mirare voi, ne quali, e nelle quali voi havete posta tutta la sembianza vostra.

M. AMOR. Orsu, dove la natura havesse in qualche particella mancato, voi così supplite copiosamente con le parole, che io facilmente mi ritornerò nella mia prima credenza: ma non

perdiamo tempo in queste ciancie, seguitate il vostro ragionamento di gratia.

### DELLI OCCHI.

CEL. Poi che à voi così piace, sia fatto. Torniamo adunque a dichiarare le particolar cose del viso: e poi diremo delle altre membra di mano in mano, e i primi saranno gli occhi, ne quali posandosi il più nobile, e il più perfetto di tutti i sentimenti, e per lo quale l'intelletto nostro piglia come per finestre di trasparente vetro, tutte le cose visibili, e perchè etiandio per quelli si fa maggior risoluzione de gli spiriti che per via d'alcuno altro senso, però doviamo pensare, che la natura gli facesse con grandissimo magistero: la onde come speculatori dell'universo, li pose nelle più alte parti del corpo, accioche di quivi più agiatamente potessero eseguir il loro officio: feceli tondi, à cagione che con quella figura, la quale è di tutte l'altre capacissima la vista pigliasse li obietti che se le offerivano più largamente: dove essa natura conobbe etiandio un'altra commodità, concio sia che questa figura sferica, non essendo impedita da alcuna sorte d'angoli, può guardare in tutte le bande, e più agevolmente che nessuna altra volgersi dove le piace: la quale volubilità fu aiutata etiandio da quel puro liquore, col quale gli occhi stanno sempre humettati, che ben sapete che nell'humido nasce il lubrico, e in su il lubrico molto più facilmente che in su l'arido, si rivoltano, e voltano, e volgono tutte le cose. Pose loro in mezzo come due scintille di fuoco, le pupille, che volgarmente si chiamano luci, con le quali la virtù visiva che quivi è propriamente locata rapisce gli obietti che se le paravano inanzi. Non accade disputare se l'occhio va a trovare l'obietto, ò l'obietto l'occhio: con ciò sia che questa non è quistione appartenente alla presente speculatione. Per questa rotondità adunque intendendo la mente se medesima, è necessitata alcuna volta mostrare i secreti pensieri del core che bene spesso in loro si legge quello che in core è scritto. Uniscesi insieme la vista di tutta dua li occhi in guisa che senza impedirsi l'un l'altro, possono rimirare un medesimo obietto tutti a due in un tempo: e quando l'occhio diritto vede una cosa, il manco non ne vede un'altra: e à cagione che e' fussero muniti, et difesi da



ogni pericolo di quelle cose che cader potevano dalla fronte come è il sudore, e altri accidenti: la gli fortificò co i peli delle

### DELLE CIGLIA

Ciglia, come con due argini che ritenessero ogni offensione, coperseli con due palpebre mobili, e facili ad aprirsi, e à serrarsi, e fortificate etiandio di peli i quali proibissero cioche incautamente vi volessero entro volare, lo assiduo muovere delle quali, abbassandosi, e inalzandosi con una incredibile celerità, non solo non impedisce la visiva virtù, ma la conforta e le da riposo, e nella stanchezza loro, serrando entrò il placido sonno, ce li nascondono con gran quiete e maravigliosa dolcezza di tutte le altre membra. Lo acume della vista, quasi posto in una carta pecora trasparente, si conforta, e conserva nella sua chiarezza, per virtù dello humore già detto, come manifesta la esperienza: che ben sapete, che subito che un'occhio, per qual si voglia accidente, si secca, subito perde la virtù visiva.

### DEL NASO.

Da i confini delle ciglia nasce il naso, e terminasi sopra la bocca, per quello spatio che vi havemo disegnato di sopra: il quale levemente inalzandosi pare che ponga un termine tra l'uno occhio, e l'altro, anzi sia un loro bastione.

### DELLE GUANCIE

Et le guancie, una di qua, e di la l'altra, con quel dolce gonfiamento alzandosi, mostrano di porsi in difesa de medesimi occhi. Ma ritornando al naso, diciamo la parte di sopra essere composta di materia solida, e la inferiore d'una quasi cartillagine, e cosi molle, e flessibile, che ella possa piu agevolmente esser maneggiata, e tenuta netta, che percotendo (che è facil cosa) per essere tanto rilevata, non riceva molta offensione, acconsentendo alla percossa. Entro al qual membro, ancora che e' paia di picciola importanza, sono tre officij necessarij, il respirare, l'odorare, e'l fare per quelle cavernette, la purgatione del cerebro: i quali officij cosi utili, e cosi importanti, li pose quel grande artefice in questa

parte, in maniera che piu tosto paresse fatta per bellezza, e per ornamento del viso, che per l'uso gia detto.

#### DELLA BOCCA.

Sotto al naso è posta la bocca, con due operationi, l'una è il parlare l'altra il mandare il nutrimento à i luoghi necessari: laqual fessa per il traverso fu poi orlata dalla natura, con quei duo labbri quasi di coralli finissimi, in similitudine delle sponde d'una bellissima fonte, i quali gli antichi consecrarono alla bella Venere: perche quivi è la siede de gli amorosi baci, atti à far passar le anime scambievolmente ne corpi l'un dell'altro: e però quando noi pieni di estrema dolcezza, intentamente gli rimiriamo, ci pare che l'anima nostra stia sempre per lasciarsi, tutta vaga di andare à porvisi sopra.

#### DE I DENTI

Del palato, e della lingua non accade ragionare, perche non si hanno à vedere, ben diremo de i denti, i quali (oltre alla utilità di tritarci il cibo) e fare nella bocca la prima digestione, e aiutarlo à passare nel ventre con piu facilità, acquistano tanto di bellezza, tanto di gratia, tanto di vaghezza ad un leggiadro volto, che senza loro non pare che la dolcezza vi habiti troppo volentieri.

#### DEL RISO.

Ma che piu, se i denti non son belli, non puo esser bello il riso, il quale quando sia bene usato à tempo, et con modestia, fa diventare la bocca un paradiso, oltre à che egli è un dolcissimo messaggero della tranquillità, e del riposo del core, percioche i savi vogliono che'l riso non sia altro, se non uno splendore della serenità dell'anima, e però conviene alla nobile e gentil donna (se à Platone nella sua Repub. credemo, che io per me li credo) per la dimostration del suo contento, rider con modestia, con severità, con honestà, con poco movimento della persona, e con basso tuono e piu tosto con rarità, e con frequentia: come ben fa la cognata della Selvaggia, di che poco fa ragionavi in contentione.

VERD. E pur la vostra comare, che rideva spesso, era commendata di quel ridere quanto di parte che ella avesse, che ne haveva tante, che ella meritamente ottenne già in Prato tra le altre belle il primo grado.

CEL. La mia comare vi haveva tanta gratia, che se l'avesse riso sempre, la sarebbe sempre piaciuta: ma e non interviene così ad ogniuno. La Amaretta tua che pur quando la ride se ne rifa: se ridesse così spesso non piacerebbe tanto, e pure ha bellissimi denti: Ma le son certe gratie che rare volte il Ciel qua giù destina, e toccano a' pochi. Si che il riso vuole esser raro, e tanto più che il soverchio e segno di troppo contento: e' troppo contento non può capire in una persona di discorso. Hor conoscendo la natura quanta gratia havrebbe data ai nudi denti un poco di fregio intorno alle lor radici, e quanto garbo: se con un picciolo intervallo, ma misurato, li divideva l'un dall'altro, con le gengive, come con un poco di nastro, gli legò insieme, e con quello intervallo, dalle seste della maestra natura misurato, gli separò in quella guisa che e porgessero oltre alla utilità, quel diletto, che voi, e io, haviam gustato mille volte, e gustaremo sempre, che Mona Amorriscia si degnasse mostrarci i suoi.

SEL. O là Mona colei non li coprite, che il di delle feste si scuoprono e non si cuoprono le cose sante.

MONA AMOR. Accordatevi pur tutte à darmi la baia. Sai tu come ell'è Selvaggia per ogn'un ce né, ma seguitate di gratia.

## DEL MENTO

CEL. Dalle guancie con un clemente tratto Comincia il mento, il quale termina in quei duoi monticelli, che si mettono in mezzo quasi una dolcissima fonticella, come ha quella Appollonia, che voi diceste l'altro di che parve si bella la mattina del Corpusdomini in San Domenico, della quale se io ve ne ho à dire il parer mio, ella è una bella e una gratiosa Fanciulla, e ha poche pari in questa Terra, bella gioia legata in vile anello. Hor sia con Dio.

## DE GL'ORECCHI.

Apronsi poi gl'Orecchi nella piu eminente parte del corpo, accioche piu facilmente raccogliano le voci, che cascano dall'aere ripercosso da quelle, e son' nudi, accioche con piu facilità il suono li possa penetrare, hanno quelle rivolture, e quelle tortuosità, accioche la voce compresa, per la difficoltà della via non se ne possa ritornare in dietro, e son fatti quasi à similitudine di quel piccolo instrumento, che voi chiamate limbuto, il quale raccogliendo, e restringendo il liquore, per piccolo canale, lo manda poi nel maggior vaso, si che punto non se ne sparge di fuori, cosi l'orecchio raccogliendole sparse voci, per piccolo canaletto le diffonde nel gran vaso dello intelletto à custodia della memoria, posta nello occipitio da noi Toscani chiamata la collottola: Non furon fatte di molli pellicine, ne languide ò fiacche, come se ne vede in molti altri animali, che ben vi deve dettar la imaginatione che le sarebbono state molto deformi: non furono assodate con duri, e solidi ossi, conciosia che con essi piu tosto si difficultava l'uso del audito, che nò, oltre che si impediva il riposo di tutto il corpo, non vi si potendo per la durezza, e rigidità di quelle ossa, posarvi su il capo, nella quiete del sonno, o nel ristoro delle fatiche del corpo, come spesso avviene: furon plasmate adunque d'una materia che tendesse al molle ma non fusse languida, si che al riposo non desse impaccio, e fosse atta al raccogliere delle voci: ne quali posposta la utilità per rispetto della bellezza è da riguardare quel semicirculo, ò vero orlo rosseggiante, con quella pendente punta in guisa di balascio, come dicemmo, quanto è bello quanto è vago, quanto è gratioso: che se come si costuma in molte parti d'Italia vi si appicca qualche pretiosa gioia non solo l'orecchio per paragon di quella non perde di gratia, anzi ne guadagna con perdita della gioia: hanno li orecchi in quel pertugio, che manda dentro la voce, quella certa rivoltura, sinuosita, e via fatta à vite, come s'e detto, accioche per cotale difficoltà passando la voce piu lentamente per quelle dia agio al senso dell'audito, di ripresentarla al senso comune, e anche percioche si difficulti l'entrata à molte bestiuole che vi potrebbon volar dentro: ma quando pur qualcuna vene entrasse, vi ritrova una certa materia viscosa, che la ritiene,

accioche non passi al fondo, e però impedisca l'uso dello audito, servono etiam dio quelle vie tortuose, e come cavernette scavate accioche il suono della voce entro vi cresca, come e fa nella piegatura d'un corno, d'una Chiocciola marina ò d'una tromba torta, e come si vede far tutto'l di nelle caverne nelle spelonche e nelle profonde valli che sono alle campagne dove ravigendosi la voce si gemina e risuona.

#### DELLA GOLA.

Poi seguita la gola, atta con gran vaghezza à piegarsi, e volgersi, da ogni banda, oltre a che cuopre, et difende li due vitali canaletti, chiamati canne, che respirano e mandano a cuocere il trito cibo, alla pentola dello stomaco: sotto alla quale scendon le spalle.

#### DELLE BRACCIA, ET MANI.

Porgendo in fuor le braccia, con la piegatura delle gomita, col mirabile, e necessario uso delle mani, potissime ministre del tatto: le quali con la concava palma, e con la flessibilità delle dita, sono atte à pigliare, e ritenere cioche a lor piace, dove è difficile al terminare, qual sia maggiore, ò la utilità, o la bellezza.

#### DEL PETTO

La latitudine del petto, porge gran maestà a tutta la persona, dove sono le mammelle, con due colline di Neve, e di Rose ripiene con quelle due come roncine di fini Robinuzzi, nella loro cima, cocanelluzze del bello, e util vaso: Il quale oltre alla utilità di stillare il nutrimento a' piccioli Fanciullini, da un certo splendore, con si nuova vaghezza, che forza ci è fermarvi su gli occhi à nostro dispetto, anzi con gran piacere, come fo io che guardando il bianchissimo petto d'una di voi: eccoci à coprir li altari: se voi non racconciate quel velo, come si stava, io non seguirò piu oltre.

M. LAM. Deh levalo Selvaggia, che ci hai stracco hormai. O come hai fatto bene à toglielo dal collo: vedi tu, cosi si fa. Hor su Messer Celso, seguitate l'Oratione, che le reliquie sono scoperte.

## DELLA GAMBA

CEL. Delle altre parti insino alla gamba, percio che elle van coperte, come di sopra si disse, non conferiscono alla nostra bellezza, se non come tutte insieme, mi pare honesto tacere. Diremo dunque della gamba solamente, per lo cui moto ne partiamo da loco à loco, con la piegatura de i ginocchi corrispondenti con le lor corde da fianchi insino a talloni anzi legati insieme col posamento di tutta la persona:

## DEL PIEDE

Che il piede, il quale per essere il principio, e quasi una base di tutte l'altre membra, è molto riguardevole, e d'una grande importanza alla bellezza universale: percioche ogni volta che l'occhio e stracco, ò piu tosto divenuto ammirativo, e stupido per la soverchia e incomprendibile dolcezza che ha ricevuta nella contemplatione de gli occhi, delle guancie, della bocca, e dell'altre parti, ristregnendo la virtù visiva in se medesimo, par che abbassi gli occhi come per paura, et si riposi sul piede, non altrimenti che si faccia il capo, uno che è stanco su un guanciaie: Si che donne mie care, non siate cosi avare di dimostrarlo qualche volta, imparate dalle Romane, che non altrimenti lo coltivano, che si facciano il volto. E sin qui basta haver parlato della bellezza, utilità, uso, cagione, artificio, et proportione di tutte le membra in generale, che quando verremo al componimento della bella donna, con lo essemplio di voi altre piu distintamente parleremo.

VERDESPINA. Se la Diambra, che quando non le paresse essere bella per altro, che le pare essere bellissima per ogni cosa, ma per la chiarezza de capelli si tiene una Helena novella fusse presente à questi vostri ragionamenti: oh io vi so ben dire che la gonfierebbe: percioche ell'usa dire, chesiasi una donna bella s'ella sa, che se ella non ha bei capelli, che la sua bellezza e spogliata d'ogni gratia e d'ogni splendore, e voi non ne havete pur fatto mentione:

## DE I CAPELLI

CEL. Ella ha una gran ragione, e tu hai fatto bene a ricordarmeli, che io me li era dimenticati, ancor che e' ne sia stata potissima cagione, il parermi che voi altre di qua ne tengiate poco conto, anzi gli coprite insino alle novelle spose, e da cotestei in fuori, io non gli vidi molto spiegare a i venti ad alcuna, che è una malfatta cosa, percioche e sono un grandissimo ornamento della bellezza, e da natura sono creati per una evaporatione delle cose superflue del cerebro, e delle altre parti del capo: impercioche ancor che e sieno sottilissimi, e son forati, accioche ch'indi possano eshalare le dette superfluità, della cui particular bellezza, e di cioche ne disse Apuleio, descrivendo la sua Fotide, io mi riserberò al componimento della Donna, che noi fingeremo. Hora havendo ragionato sin qui quasi che a bastanza della bellezza, restaci per osservanza delle promesse dichiarare, che cosa è Leggiadria.

## DELLA LEGGIADRIA.

La Leggiadria non è altro, come vogliono alcuni, e secondo che mostra la forza del vocabolo, che una osservanza d'una tacita legge, data e promulgata dalla natura à voi donne, nel muovere, portare, e adoperare cosi tutta la persona insieme come le membra particolari, con gratia, con modestia, con gentilezza, con misura, con garbo, in guisa che nessun movimento, nessuna attione sia senza regola, senza modo, senza misura, ò senza disegno: ma come ci sforza questa tacita legge, assettata, composta, regolata, gratiosa, la quale percioche non è scritta altrove ch'in un certo giuditio naturale che di se, ne sa, ne può render ragione, se non che cosi vuol natura, ho voluto tacita nominare, laquale legge nondimeno percioche ne i libri la posson insegnare, ne la consuetudine la sa mostrare, non è osservata comunemente da tutte le belle, anzi se ne veggiono tutto il di molte di loro, tanto sgarbate, tanto attose, che par pure un fastidio à vederle. Et quella gentil Lucretia, che sta la verso San Domenico, percioche è fedele osservatrice di questa legge, e ha tutte quelle parti che si ricercano alla leggiadria, percio piace tanto à ciascuno, e anchor che le sue

fattezze manchin forse in qualche cosellina, secondo le misure di questi scrupolosi disegnatori, nondimeno s'ella ride, ella piace s'ella parla la diletta, se la tace, ell'empie altrui di ammirazione: S'ella va, ha gratia: S'ella siede, ha vaghezza: Se ella canta, ha dolcezza: Se ella balla ha Venere in compagnia. Se ella ragiona, le Muse le insegnano. Hor finalmente e se le avviene ogni cosa maravigliosamente.

M. LAM. Voi non vedeste mai quanto cotesta Fanciulla mi piace, non solo perche ha cosi buono spirito, come voi vi sapete, ma perche la mi pare anche bella: Si che io ho caro che noi concorriamo in una medesima openione.

CEL. Certo che ella è da piacere, ma sapete voi chi mi parve anche sempre una gentil Fanciulla, e dipinta di tanta leggiadria, e di tanta vaghezza che io non so se io havessi a dipinger una Venere se io volessi ritrarre altra donna che lei: e non crediate che io dica questo per quello ingegno maraviglioso, per quella maniera grande, che ella ha: perche hoggi non è mio intento parlare della bellezza del animo: io lo dico pur per la bellezza del corpo?

SEL. Chi è questa, se Dio vi guardi da tutte le cose che vi posson nuocere.

CEL. Se Dio mi guardi adunque da i tuoi pungentissimi sguardi, che la Quadrabianca Buonvisa, mi pare una leggiadra e una gentile Fanciulla: e parmi ch'ella habbia un grande attrattivo.

SEL. Gratia, che à pochi il Ciel largo destina, e veramente che voi dite il vero.

CEL. Si, ma tu se tra quelle poche: ma la gratia è un'altra cosa, della quale io vi voleva parlare.

#### DELLA GRATIA.

Hor di quella gratia cioè la quale è parte della bellezza non di quelle che sono ancille di Venere: le quali misticamente parlando non importano altro che un guiderdone cumulatamente renduto dalle persone grate, in cambio dei benefici ricevuti: e percioche nelle Veneree attioni, e negocij amorosi assai beneficij accaggiono mutuamente tra gli amanti, e se ne guiderdonano molti tutto il di, però le Gratie sono state, consegnate per servirci alla bella Venere. Possiamo anche lasciando l'altre due, pigliare



Aglaia, la quale significa splendore, che farà molto al proposito, nostro. Conciosia che la nostra opinione è che la gratia non sia altro, che uno splendore, il quale si ecciti per occulta via, da una certa particolare unione di alcuni membri, che noi non sappiamo dire son questi e son quelli, insieme con ogni consumata bellezza, ò vero perfettione accozzati e ristretti e accomodati insieme: il qual splendore si getta à gli occhi nostri con tanta lor diligenza, con tanto sodisfacimento del cuore, e contento della mente, che subito è lor forzatamente gratia piu che beltà ci piace assai: forza volgere il nostro desio à quei dolci raggi tacitamente, e percioche come habbiamo tocco] di sopra, noi vediamo assai volte un viso, che non ha le parti secondo le comuni misure, della bellezza, spargere nondimeno quello splendore della gratia, di che noi parliamo: come la Modestina, la quale se non è così grande, e così proportionata, come si è mostro disopra, non dimeno ha in quel suo visetto una gratia grandissima: sì che la piace à tutti, dove per lo contrario si vedrà una con proportionate fattezze, che potrà essere meritamente giudicata bella da ogn'uno, nondimeno non haverà un certo ghiotto, come è la Sorella di Mona Ancilia: però siam forzati à credere, che questo splendor nasca da una occulta proportion, e da una misura, che non è ne nostri libri, la quale noi non conosciamo, anzi non pure imaginiamo, et è come si dice delle cose che noi non sappiamo esprimere un non soche: Il dire che ella è un raggio di amore, et altre quinte essentie, se ben son dotte, sottili ingeniose, nondimeno elle non reggono della verità: e chiamasi gratia, percioche la fa grata, cioè cara colei in cui risplende questo raggio, questa occulta proportion si diffonde, come fanno etiam dio le rendute gratie de i benefici ricevuti, le quali fanno grato, e caro colui che le rende, e questo è quanto sopra dicio io posso, ò voglio per al presente ragionare, che se piu ne volete sapere, risguardate ne gl'occhi di quella chiara luce, che rischiarà co i bellissimi occhi suoi ogni peregrino ingegno, che dello splendor della gratia va cercando.

#### DELLA VAGHEZZA.

A volervi dimostrare che cosa sia Vaghezza, bisogna che voi prosupponiate quello che è nel vero, che questo nome ò vero voce

Vago, significa tre cose: la prima movimento di luogo à luogo, come ben mostra il Petrarca.

Riduci i pensier vaghi à miglior' loco.

La seconda desiderio, come è appresso il medesimo

Io son si vago di mirar costei.

Il Boccaccio nella Fiammetta, di quello che essi erano vaghi divenuti. La terza bello. Il Petrarca pure. Gl'atti vaghi, e gli angelici costumi.

E'l Boccaccio nel medesimo loco. Una turba di Vaghe giovani. Del primo significato, cioè movimento, ne è tratto vagabondo, e da vagabondo, che è quel medesimo che vago, ne è tratto il secondo, cioè desideroso: percioche una cosa che è in moto, e va vagando hor quinci hor quindi, par che accenda di se maggior desiderio in altrui, che una che stia ferma, e la quale noi possiam vedere à posta nostra. E conciosia che paia necessario che tutte quelle cose, che noi desideriamo che noi le amiamo, e non si potendo secondo che si è conchiuso di sopra, amar cosa, che non sia ò non ci paia bella: però ha ottenuto l'uso del comun parlare, che vago significhi bello, e vaghezza, bellezza: Ma in questo modo particolare nondimeno, che vaghezza significhi quella bellezza, che ha inse tutte quelle parti, per le quali chiunque la mira forza gliè che ne divenga vago, cioè desideroso, e divenutone desideroso, per cercarla, e per fruirla, stia sempre in moto col core in viaggio co pensieri, e con la mente divien vagabondo. E adunque vaghezza una beltà attrattiva, inducente di se disiderio di contemplarla, e di fruirla: e però diciamo la tale è vaghetta, quando parliamo d'una, che ha un certo lascivetto, e un certo ghiotto, con la honestà mescolato, e con un certo attrattivo, come ha la Fiamminghetta, e Venere mi disse sta notte in sogno che di qui à due anni verrà anchor de fiori del vostro Prato una Pistolese, che si chiamerà Lena, che porterà seco la vaghezza ne gli occhi: e ce n'è anche qui tra voi una, la quale io non vo nominare, che secondo il mio giuditio ha assai dello attrattivo.

M. AMOR. Voi fate molto bene, accioche tra noi non nascesse qualche emulatione, che fosse cagion di scandolo: ma senza che voi la nominiate io veggio scolpito nel vostro fronte, quello che voi havete disegnato nel core: ma io non vi vo dire piu la: perche chi la spiana la guasta.

CEL. Gli altri indovinano alle tre, e voi al primo: ma lasciamo hor questo, e torniamo alle nostre promesse, secondo le quali ci resta à parlare della Venustà.

#### DELLA VENUSTA.

Hor notate adunque. Dice Cicerone, che sono due sorti di bellezza, delle quali una ne consiste nella Venustà, e l'altra nella dignità, e che la Venusta, è propria delle donne, e la dignità è propria delli huomini, Adunque secondo costui, la cui autorità a voi donne dovrebbe bastare, tanto importa la dignità nell'huomo quanto la Venusta nella donna: percioche la dignità nell'huomo non è altro che uno aspetto pieno di vera nobiltà, pieno di riverentia, e di ammiratione, la Venusta adunque nella donna sarà uno aspetto nobile, casto, virtuoso, riverendo, ammirando, e in ogni suo movimento pieno d'una modesta grandezza, come vi può mostrare la Gualanda Forella, se voi la guarderete lontano da ogni livore. E percioche quegli che havendo poca cognitione sogliono nel biasimare coloro che tutto il di si affaticano per sapere haver molta prosuntione, non dicessero che per venir questo nome Venusta da Venere, che da i poeti è conosciuta per madre di tutte le lascivie amorse, che egli non dovrebbe ragionevolmente significare altro, se non una bellezza lascivamente bella: io giudico esser conveniente con un poco di ragioncella, cavar voi d'error, se ci fuste, che nol credo, e coloro che per questa cagione mi volessero biasmare, i quali sarebbon molti: Hor notate.

Appresso gli antiqui scrittori son celebrate due Veneri, una figliuola della Terra, con operation terrene e lascive: dalla quale e voglion che si crijno le veneree attioni: l'altra la dissero figliuola del Cielo con pensieri, atti, modi, e parole celesti, caste pure, e sante, e da questa seconda volsero che procedessero la Venusta e le cose venuste, e non le Veneree.

#### DELL'ARIA.

Hora haviamo à parlar dell'Aria: e bisogna che qui voi porghiate gli orecchi dello intelletto, con ogni attentione. Donne mie care, egli è un proverbio appresso de Latini e di quanta autorità fussero i proverbi appresso gli antichi, le carte non solo

di essi Latini, ma de gli scrittori Greci, che ne son piene, facilmente lo dimostrano, dice adunque questo proverbio, Conscientia mille testes, ch'importa tanto quanto à dire, la Conscientia pura e monda, vale per mille testimoni. Presupposto adunque questo proverbio come verissimo, diremo che tutte quelle donne che hanno macchiata la conscientia di quella feccia, che deturpa e'mbratta la purità, e nettezza della volontà, causata dal mal uso della ragione per essere tutto il giorno trafitte dalla memoria della lor colpa, e esagitate dalla prova de i mille testimoni della lor lesa conscientia incorrono in una certa malattia di animo, la quale continuamente le inquieta, e le perturba: la qual perturbatione, e inquietudine, genera una cotale disposizione di humori, i quali con i fumi loro guastano, e macchiano la purità della faccia e de gli occhi massimamente i quali come si disse di sopra, sono i ministri, e i messaggieri del core, e crianvi dentro un certo piglio, e come volgarmente si dice, una certa mal'aria, indice, e dimostratrice della infirmità dello animo, non altrimenti, che si faccia il pallore delle guancie, et delle altre membra, le malattie, e le male dispositioni del corpo, e la pturbatione, e esagitatione de gli humori di quello, ne vi paia strano che la malattia dell'animo, perturbi le membra del corpo percioche la esperienza ve'l mostra tutto il di nel dolore di esso animo, che bene spesso procaccia al corpo la febbre, e talhor' la morte. Conosciuto che voi havete, qual sia la malaria, indicatrice, e dimostratrice della infettione dello animo delle ammalate già dette, facilmente conoscerete la buona aria delle sane che come ben dice Aristotile nel quinto dell'Etica, conosciuto, che noi habbiamo uno habito contrario, forza ci è conoscere l'altro contrario habito: nel medesimo loco, poco piu basso, molto piu chiaramente lo dimostra dicendo, se la buona habitudine del corpo si dimostra ne la sodezza, e densità della carne, forza è che la mala habitudine si dimostri con la fiachezza e rarità. Per il quale discorso, voi potrete conoscere apertamente, che quello che si dice in una donna, ella ha Aria, non è altro che lo avere un certo buon segno manifestante la sanità dell'animo, della chiarezza della lor conscientia: concio sia che dicendo aria semplicemente per figura di Antonomasia che noi per eccellenza forse propriamente diremo e si intende della buona, e la mal aria: è non

havere aria, importa un segno, un piglio, dimonstrante la malattia del cuore, e le macerie della contaminata coscienza.

M. AMOR. Bella è stata veramente la dichiarazione di questo passo, e degna di gran consideratione, così per esser cosa vera, come nuova, e certamente degna dell'ingegno vostro, assai più che dello intelletto nostro: nondimeno per havercela voi così apertamente dimostrata noi ne siamo assai bene state capaci, ma altrove ci si riserberemo ad allargarci nelle vostre lodi: e però tacendo aspetteremo quello che voi diciate della maestà.

### DELLA MAESTA.

CEL. Della Maestà io non saprei che mi vi dire altro, se non che egliè una comune usanza del parlar quotidiano, che quando una donna è grande, ben formata, porta ben sua persona, siede con una certa grandezza, parla con gravità, ride con modestia, e finalmente getta quasi uno odor di Regina: allhora noi diciamo quella donna pare una maestà, ella ha una maestà, il che è tratto dal trono regale, dove ogni atto, ogni operatione, debbe essere ammiranda, e riverenda. Si che per questo la maestà non viene ad essere altro che il muovere, e portarsi d'una donna, con un certo real fatto, d'una donna dico, che sia di persona un poco alta, e compressa, e se voi volete, vedere un certo essemplio di questo guardate la Illustriss. S. Contessa da Vernia, che con quella regia presenza, atti, modi, parole, mostrerebbe sempre a chi non la conoscesse altrimenti, che ella è sorella del molto Mag. S. mio: Il S. Gualterotto de Bardi, e consorte accettissima del gentilissimo e modestissimo S. Alberto, e finalmente nata chiaramente, e maritata altamente: e questo è quanto per hora mi occorre dirvi della universal bellezza, e di tutte le sue adherentie, senza che io pensi haver satisfatto al desiderio vostro compiutamente.

M. LAM. Percioche io son la più vecchia, io non doverei esser tenuta prosuntuosa se io risponderò per tutte, e però dico che voi ci avete sodisfatto molto meglio che noi non haremmo saputo addomandare: anchor che da voi non si possa aspettare ogni gran cosa, pur nondimeno noi desideriamo confermarci nella nostra cognitione con lo essemplio di quella chimera, che voi ci havete promesso di fare.

CELSO. Voi sete ben vecchia si, e molto bene lo dimostrate non col viso che è fresco, e pulito quanto di altra, e sia detto con pace di tutte quelle che sono in questo luogo, se ben non sete piu insu quel fiore della giovanezza, ma si ben con l'intelletto, con lo ingegno, e con tante vostre virtù, che meglio sarà tacerne che dirne poco: che meglio non potevate dire che dir chimera, percioche cosi come la chimera si imagina, e non si trova, cosi quella bella che noi intendiamo fingere, si imaginerà, e non si troverà: e piu tosto vedremo quello che si vorrebbe havere per esser bella, che quello si habbia, non dispregiando per questo la bellezza di voi che sete qui presenti, ò delle altre che ci sono: le quali se bene non hanno raccolto in loro lo intero, nondimeno ne hanno tal parte, che basta loro per esser accarezzate, e anche per esser tenute belle, hor vegniamo alla nostra chimera.

Ne prima haveva cominciato Celso ad aprir' la bocca per darle principio, che in sul colle comparse la bella Gemmula dal pozzo nuovo, tutta modesta, tutta gentile, e veramente una pretiosa margherita, la quale, havendo havuto sentore di questa compagnia, come donna di buono ingegno, era tratta all'odor di questi ragionamenti, e haveva seco quel chiaro diamante, che con la foglia di molte virtù, nobilita la piazza di S. Francesco, e appena erano à mezzo il monte, che quasi tutte le altre giovani, che erano per l'orto cantando, e ridendo, e come in simil lati si costuma motteggiando gli vennero a chiamare, in modo che Celso fu forzato abandonar l'impresa, e andarsene con loro ad una merenda, che haveva ordinata Mona Simona de Benintendi savia, e veneranda matrona Fiorentina, e moglie del padron dell'orto, la quale è tanto da bene, che per dir parte di sue lode bisognarebbe allungar troppo le parole, e fornita che fu la merenda, e si ballò, e si cantò, e fecesi tutte quelle cose, che in una honesta brigata di nobili, e virtuose donne, e di gentili, e cari giovani, si conviene, e cosi durarono insino che fu hora che ogn'uno se ne tornasse à casa sua.

Fine del primo Discorso del Dialogo di Mess.  
Agnolo Firenzuola, della perfetta  
bellezza d'una donna.



S E C O N D O  
DISCORSO  
DI M.  
AGNOLO FIRENZUOLA

*Della perfetta bellezza d'una Donna.*

PERCIOCHE nelle giovani, che in sul monte si erano ritrovate al passato ragionamento, era rimasto uno intenso desiderio di vedere la composition di quella bella, che Celso aveva promesso loro di dipignere in sul monte. Però pregarono Mona Lampiada, che ordinasse per un'altro giorno un luogo dove si potesse dar fine al desiderio loro, la onde ella, che non men volentieri di loro ascoltava le parole di Celso, ò simulava al meno, fattolo dal suo marito, che anchora egli era huomo d'ingegno, invitar per la prima festa che venne à casa sua, con le dette giovani, e altre, e altri parenti loro, fecero una honesta Veglia, dove che poi che Celso fu tanto pregato quanto si conveniva, che e seguitasse dopo una modesta scusa cosi incomincio.

Egliè chiara cosa, che la natura è stata sempre larga, e liberale donatrice delle sue gratie, allo universale, e comun gregge de gli huomini, nondimeno in particolare, e non pare gia che sia intervenuto il medesimo, anzi possiamo affermare per isperienza cotidiana che ella sia stata molto avara, e molto scarsa: percioche come etiam dio dicemmo alla giornata passata, ella ha ben dato ogni cosa si, ma non à ogn'uno, anzi à fatica uno per uno: laqual cosa volendo gli antichi Poeti dimostrare, la finsero una donna piena di mammelle, delle quali non ne potendo lo huom pigliare piu ch'un capezol per volta, non può tirare à se se non una picciola parte del suo nutrimento, e in oltre se voi considererete bene la natura della poppa voi troverete che anchor ch'ella sia di quella uberta, e abbondanza che sa ogn'uno, non però ne getta il latte in bocca da per se, ma bisogna, suggerlo: che non significa altro, se

non che in di molte cose bisogna, che noi, ò per acquistarle ò per abbellirle, ò per mantenerle, ci affatichiamo, con arte, industria, e ingegno, e percioche il canale donde esce il latte è stretto, e affatica ne viene una gocciola per volta, possiamo considerare, che volser dire, che la natura non da le gratie, ne particolari doppiamente, ma à fatica una per uno, à una per volta, e di qui avviene che delle belle perfettamente se ne trovan poche, che chi ha bella persona non ha il viso dilicato, come Mona Altea dalle tre gore, e chi il volto dilicato, ha la persona corta, come Mona Fiore dal Campanile, e chi è di bellissimi occhi adornata, come mona Lucida della via de Sarti, non ha belle carni, in modo che à volerne disegnare una che sia se non in tutto, almeno nella maggior parte perfetta, egliè necessario come vi si disse all'altro ragionamento, pigliar' leccellenza delle bellezze delle particolari parti di tutta quattro voi, e fingerne una bella come noi desideriamo: ma inanzi che noi vegnamo alla figura, io voglio che noi maciniamo prima i colori, e non solamente il bianco e'l nero, i quali secondo gli scrittori, tengono il primo luogo, ma tutti quegli che ci fanno di bisogno: accioche poi noi non ci habbiamo à scioperare quando saremo insul lavoro, sono adunque i colori, che ci fanno di mestiero il biondo, il lionato, il negro, il rosso il candido, il bianco, il vermiglio, e lo incarnato. Dovete adunque sapere, che il color biondo è un giallo non molto acceso, ne molto chiaro, ma declinante al tané, con alquanto di splendore, è se non in tutto simile all'oro, nondimeno da Poeti spesse volte aguagliato à lui, che sapete che e dicon spesso, come il Petrarca in piu luoghi, che i capegli sono di fine oro, tessendo un cerchio all'oro terso, e crespo: Erano i capei d'oro all'aura sparsi, e voi sapete che de capegli il proprio e vero colore è esser biondi. Il lionato è di due ragioni delle quali una ne pende nel giallo, e questo non è per noi, l'altra allo oscuro, e chiamasi tané, e di questo che ce basterà due pennellate.

Il negro non ha bisogno di molta dichiarazione, percioche ogn'uno il conosce: e quella Fiorentina, che da voi è stata ben ricevuta, se ne vale assai, il qual colore quanto piu è chiuso, piu ascende all'oscuro, tanto piu è fine, tanto piu è bello. Il rosso è quel colore acceso, che dipinge la grana i coralli i rubini le foglie de i fiori di melagrana, e altri simili: e trovasene del piu acceso, e meno acceso, e del piu aperto, e meno aperto: come si vede nelle



cose allegate. Il vermiglio è quasi una spetie di rosso, ma meno aperto, et è quello finalmente, che somiglia le guancie della bella Francolina di Palazuolo quando l'ha stizza, la qual fanciulla à me par che porti il vanto delle vive incarnationi in questa terra ma lasciamo ir questo, e torniamo al colore vermiglio, il quale ci mostra à punto à punto il vino, che noi Toscani chiamiam vermiglio. L'incarnato altrimenti imbalconato è un color bianco, ombreggiato di rosso, ò un rosso ombreggiato di bianco, simile alle rose, che incarnate, o'mbalconate si chiamano, le quali rose percioche quando vennero in questi paesi, che non ha gran tempo, erano tenute in tanto pregio, che chi ne haveva pur una, in bel vasello d'aqua ripieno, perche verde, e fresca si mantenesse, mettendola per mostrarla à i vicini, la poneva in su'l balcone, come cosa nuova, e rara: dalla qual cosa ella si acquistò il nome di imbalconata, che differenza fusse tra'l bianco, e'l candido, percioche all'altro ragionamento io ve lo divisai pienamente, non accade al presente di riplicarlovi.

Havendo macinato i colori che ci facevano di mestieri per la nostra figura, potremo con maggior facilità cominciarla, e la prima parte che noi haviamo à disegnare, voglio che siano i Capegli, a cagione che noi non ce li scordassimo come l'altra volta.

## DE I CAPEGLI.

I Capegli adunque secondo che mostrano coloro, che ne hanno alcuna volta su per le carte ragionato, vogliono essere sottili, et biondi, eh or simili all'oro, hora al mele, hora come i raggi del chiaro Sole risplendenti, crespi spessi copiosi, e lunghi, come ben mostra il soprannominato Apuleio nel già detto luogo: il qual della importanza loro della essenza, e d'ogni loro qualità, e accidente parlando, dice queste quasi formal parole, se io le saperò, ridire in nostra lingua come le suonano nella latina che è impossibile: pur provianci. Dice adunque cosi.

Se voi rimoverete dal lucido capo di qual si sia bellissima giovane lo splendore del chiaro lume de i biondi capegli voi lo vedrete rimaner privo d'ogni bellezza spogliar' d'ogni gratia, mancar' d'ogni leggiadria, s'ella fusse ben quella che nel ciel concetta nata nel Mare, dalle onde nutrita la stessa Venere, nel

mezzo delle gratie, accompagnata da i suoi amorini, cinta col balteo della lascivia, fregiata dalle blanditie, dipinta dalle soie, ornata con mille dolci, e lusinghevoli inganni, Venere dico la bella Venere che tra le tre bellissime Dee bellissima giudicata ne riportò il pomo della bellezza. Questa adunque senza la luce, senza lo splendore, senza l'ornamento de gli aurati capegli, ad alcuno non piacerebbe, se ben fusse il suo Vulcano, il suo consorte, il suo dolcissimo amante, che bella cosa è vedere, una leggiadra donna, quando con frequente sobole, gli spessi capegli cumulano il bel capo, ò vero sparsi con prolisso ordine se ne spandono in sulle spalle. I capegli adunque, secondo che ne mostra questo valente huomo, sono alla perfettion della bella donna, di tanta importanza, e meritan tanta cura, e tanto honor si deve loro, che oltre à quel che si è detto, Dione scrittor Greco nobilissimo facendo quella bella Oratione in lode loro, pose tra gli huomini ignavi, e da poco coloro, che con i calamistri ferri atti ad intrecciarli, non attendevano alla lor cura: mostrando, che gli antichi dormivano in terra, e per non li guastare li tenevano sospesi sopra certi legni per il che si vede che e ne facevan tanto conto, che per quelli egli tenevano in poco l'agio, e la quiete del dolce sonno, unico, e vero riposo di tutte le fatiche humane: che piu i Lacedemoni nutriti sotto le severe leggi di Licurgo, tanta cura ne tenevano che noi leggiamo, che quegli trecento, che combatteron con Dario Re di Persi si animosamente, che altro non gridan le antiche storie, mentre attendevano la sanguinosa giornata, non intramiserò la cura de i capegli: e il grande Homero da per precipuo ornamento della bellezza del suo Achille, lo splendor de copiosi capegli: e quando il gia piu volte allegato Apuleio ha mostro dove consista la lor bellezza, soggiunge queste parole: tanta è la dignità della chioma, che anchor che una bellissima donna, molto sontuosamente si abbigli d'oro, e di perle, e di vecchissime vesti si ricuopra, e con quelle foggie, e quelle gale che si possano imaginare vada adobbata, se ella con vago ordine non si havrà disposti i capegli e con dolce maestria assettati, mai non si dirà ch'ella sia, ne bella ne atillata. Poi che noi habbiamo conosciuto di quanta importanza siano i capegli, e come hanno da essere fatti, possiamo considerare, che quegli di Verdespina hanno tutte quelle parti, che noi haviamo ragionato: e però gli piglieremo per la nostra figura.

SEL. Lena porta qua le forbice che la se gli tagli, ma come volete voi ch'ella se gli taglia rasente.

CEL. Io non voglio che la si tagli rasente ne con le forbici ma col coltello della imaginatione, ma vedi se questa Selvaggia vuol la baia, affatto affatto de casi miei, e pure ha'l torto, che io non la voglio gia de suoi, ma pazienza, forse che il tempo le farà un di conoscere lo error suo: poi che altro non ci giova: ma per tornare à casa, poi che noi habbiamo i capegli biondi, sottili, assettati, crespi copiosi, lunghi, risplendenti, e bene abbigliati, e bisogna trovar la persona dove porgli, accioche non ci intervenisse, come à colui al quale furono donate certe piante, che mentre che e cercava d'un horto dove porle, le si seccarono: e cosi per inhabilità del ricevente, fu il presente gittato via.

SEL. Dunque Verdespina, tu hai fatto bene à non te gli tagliare anchora, che come troppo squisito che egli è, e sarebbe forse stato tanto à trovar' la persona dove porli, che non è huom che si contenti cosi al primo: e forse in quel mezzo e si sarebbon guasti.

#### DELLA PERSONA

CEL. Se io sono troppo squisito, ò s'io son di gran contentura, niuna è qui che meglio di te saper lo possa: nondimeno io ti ho pure in questo fatta bugiarda, percioche la persona io la ho gia bella e trovata: et è quella di Mona Amorisca percioche ella è di quella stessa grandezza che noi ricerchiamo ò poco piu, ò poco meno, anzi à bastanza. Se gli occhi fidi misuratori della bellezza non mi ingannano: Piace la persona che è complessa, quando ch'ella getti fuori i membri svelti e destri, che li mostri ben collocati, e con debiti spatij, e rettamente misurati. Ma non la vorrei ne soverchio grossa, ne molto grassa.

SEL. Et pur la Hiblea Soporella, è molto ben grassa, nondimeno è anchora una bellissima giovane, e porta cosi ben quella sua persona cosi intera, cosi svelta, cosi agile, cosi destra: Oh Dio egliè pure un piacere à vederla camminare.

CEL. Le son di quelle che noi haviam detto mille volte: coteste son gratie che toccano á pochi, et non intraviene cosi universalmente à ogn'uno, cotestei ha una Maestà in quella persona, una venustà in quegli occhi, una gratia in quel viso, una grandezza in quella andatura, che e par che la grassezza vi habbia

portata la bellezza, e la destrezza, le quali ella suol tor tutte le altre volte, e lasciando stare il garbo, la maniera, la gentilezza e il bell'ingegno, e tutte le altre doti dello animo, io la giudico per una delle belle donne di queste contrade, e sammi male che ella non sia hoggi qui con esso noi.

M. LAM. Io havevo mandato per lei, ma percioche per la morte del padre e per la malattia del marito, ella è ne travagli che voi vi sapete, non le è parso convenevole l'andare à veglia, che me ne sa un gran male: che la rifioriva ogni cosa.

CEL. Hor per tornare alla persona diciamo che voi Mona Amorisca la havete tra'l magro, e tra'l grasso, carnosa e succosa, in una proportione accommodata, dove si posa lo agile e destro, insieme con un certo che, che da odor di Regina, il suo colore non è quel bianco che declina al pallore, ma colorito di sangue, il quale molto fu in pregio apo gli antichi: Deve essere mossa la persona della gentil donna con una gravità, e con un certo gentil modo, che la porti intera, ma non intirizata, si che ella mostri quella maestà, che noi dichiarammo di sopra, delle quali tutte cose per haverne voi la maggior parte, siam forzati à porvi su i capelli di Vedespina, e cosi andremo cercando della fronte.

### LA FRONTE.

La fronte ha da essere spatiosa, cioè larga, alta, candida, e serena: l'altezza, che si intende dal principio della discriminatura: insino ai confini delle ciglia, e del naso, e voglion molti che questa sia la terza parte del viso, facendo l'altra sino al labbro di sopra della bocca, e la terza il restante insino a tutto il mento: l'altezza adunque ha da essere tanta quanta è la metà della sua larghezza: e però deve essere due volte tanta larga, quanta è alta una si che dalla larghezza si ha à pigliare la lunghezza, e dalla lunghezza la larghezza, habbiam detto candida, percioche la non vuole essere d'una bianchezza dilavata, senza alcuno splendore, ma rilucente, quasi in guisa di specchio, non per acque, ò per lisci, ò per imbratti, come quella della Bovinetta del maleficio che s'ella fusse pesce da friggere, si potrebbe comprare piu un quattrino la libbra, percioche e non accadrebbe infarinarlo: ma la non è ne da vendere ne da friggere. Deve essere il tratto della fronte non piano piano, ma declinante in guisa, che fa l'arco verso la cocca, e tanto

dolcemente, che affatica si paia, e dalla volta delle tempie vuol poi scender con maggior tratto: chiamanla i nostri poeti serena, e meritamente, percioche come il Cielo sereno quando e non vi si vede nebula, ò macchia veruna, cosi la fronte quando è chiara, aperta senza crespe, senza panni, senza liscio, e quieta è tranquilla, si può meritamente addomandare serena, e percioche come il Cielo se avien che sia sereno, genera una certa contentezza nello animo di chi lo mira: cosi la fronte che noi chiamiam serena, per via dell'occhio contenta l'animo di coloro che la riguardano: come interviene à me guardando quella di Mona Lampiada, la quale havendo tutte le proprieta, che io vi ho racconte, sarà buona a mettere sotto ai capelli di Verdespina. Arroge assai alla serenità gia detta, lo splendor de gl'occhi, i quali anchor che sien fuor de confini della fronte, non dimen paion come nel Cielo, i duo maggior luminari, de quali cominciandoci alle ciglia.

#### DELLE CIGLIA.

Haviamo à parlare al presente, togliendone lo essemplio da Verdespina, la quale le ha simili al color dell'Ebano, sottili, e con li peli corti, e molli, come se fussero di fine seta: e dalla parte del mezzo verso le loro estremità, vanno diminuendo, con una certa dolcezza, dall'una parte insino alla concavità, ò vero fossa dell'occhio, verso il naso, e dall'altra insino à quella che è verso l'orecchio, e quivi finiscono.

#### DELL'OCCHIO

Viene poi l'Occhio, il quale in quella parte di rotondità, ò vero globo visivo, eccettuato la pupilla, deve essere di color bianco, pendente un poco nel fior del lino ma tanto poco, che à pena si paia: la pupilla poi, salvo quel circuletto che l'ha nel mezzo, non vuole essere perfettamente nera, anchor che tutti e poeti Greci, e Latini, e i nostri anchora, con una voce medesima, gridino occhi neri, e tali haverli havuti la Dea della bellezza s'accordassero tutti: nondimeno non mancò chi i Ceci lodasse, che sono pendenti nel color del Celo, e cosi fatti haverli havuti la bella Venere si trova scritto da fedelissimi Autori: e tra voi è donna e da me, e da

molti altri per belliss. reputata, che havendoli tali, par che ne acquisti gratia. Non dimeno l'uso commune par' che habbia ottenuto, che il tané oscuro, tra gli altri colori ottenga nell'occhio il primo grado: il nero morato non è da lodar molto, percioche e genera scurezza, e guardatura un po crudetta, e il tané, ma scuro, cria una vista dolce, allegra, chiara, e mansueta: e volger gli occhi da loro un non so che di gratia, attrattiva, honesta, pungente, laquale io non voglio dichiarare hora altrimenti se non col mostrarvi quelli di Mona Lampiada, a i quali non manca alcuna delle dette parti. Vuol l'occhio oltre alle gia dette cose, e come è il suo anchora, esser grande, rilevato, non concavo, non in dentro che la concavità fa fiera guardatura, e il rilevato bella, e modesta, e Homero volendo lodare quelli di Giunone disse che egli erano simili à quelli del Bue: volendo inferire che egli eran tondi, rilevati, e grandi: molti han detto che vorrebbero essere lunghetti, altri ovati: che a me non dispiace: le palpebre quando son bianche, e vergheggiate con certe venuzze vermigliette, che à fatica si veggano, fanno grande aiuto alla universal bellezza dell'occhio: i peli delle quali vogliono essere raretti non molto lunghi, non bianchi, che oltre al far deformità, raccortano il vedere, ne mi piaccion molto neri, che farebbon la vista spaventata, quella fossa, che circonda l'occhio, non vuole essere molto affonda, ne troppo larga, ne di colore diverso dalle guancie, e però avvertiscano le donne quando si lisciano, quelle dico che son brunette percioche bene spesso quella parte male atta à ricevere il color del liscio, ò l'impiastro per meglio dire, per quella concavità, à a ritenerlo per la mobilità delle palpebre, fa una divisa, che mostra male: e la vicina di Mona Theofila incorre spesso in questo errore.

## DELLI ORECCHI

Li Orecchi che col color si dipingon piu simili a i balasci che à rubini anzi si coloriscon con le rose imbalconate, e non con le rosse, voglio io da te Selvaggia: alla cui bellezza come ben mostrano i tuoi, è necessario una forma mediocre, con quelle lor rivolture ordinate con garbo, e con conveniente rilievo ma di piu vivo colore, che le parti piane, e quello orlo che li circonda intorno intorno, debbe trasparere, e risplendere di rosso simile alle granella delle melegrane: e sopra tutto tò lor la gratia l'esser

fiacche, e languide: cosi come gliela porge l'esser salde, e bene attaccate: delle tempie non ci è molto che dire se non fa mestier che le sien bianche, e piane, non incavate, ne soverchio rilevate non humide, non si strette che paia che ci serrino il cervello che significherebbon debolezza di cervello, le quali tanto son belle quanto somiglian quelle di M. Amorriscia: e quanto l'arte del portarvi su e capegli, ò piu alti, ò piu bassi ò piu crespi ò piu distesi, ò piu folti ò manco spessi, le accresce, le diminuisce, le allarga le strigne, le allunga, le scorta, secondo che fa loro di bisogno, ò quanto un picciol fiorellino le racconta.

M. LAM. Quando io era fanciulla, noi non ci amaiavamo come fanno al di d'hoggi queste nostre che si metton tanti fiori, e tante foglie, che paion bene spesso un vaso di gherofani, ò di persa: et evene di quelle che paiono un quarto di capretto nello stidione, che vi si pongono insino al ramerino: che à me par pur la piu sgarbata cosa del mondo, e a voi che pare M. Celso di questo?

CEL. Non troppo bene: se io ve ne ho à dire il vero e questo errore avviene, percioche le non sanno, perche cagione anticamente fusse trovato il portar de fiori nell'orecchio: delle gentil' donne parlando: percioche le villanelle non havendo ne altro oro, ne altre perle, se ne empiono, come sapete, senza ordine senza modo, e senza numero: quella straccuratagine fa in loro bellezza.

M. LAMP. Io penso che anchor delle gentil' donne fusse trovato il portar de fiori come per un certo domestico ornamento, in vece delle perle, e dell'oro: percioche non tutte le nostre pari, hanno il modo di abbigliarsi con i sassi d'oriente, ò con le harene del Tago, e però fu neessario pigliar delle ricchezze de gli orti de nostri paesi: ma ogn'uno ha atteso à por su: si che par tal volta che ell'habbiano un festone intorno al viso ò una chintana: ma anche l'acque e lisci furon trovate p levar i panni, le lentiggini, e cotali altre macchie, e hoggi di servono per intonacare e per imbiancare il viso: non altrimenti che la calcina, o'l gesso si faccia la superficie delle mura, e credon forse queste semplicelle, che gli huomini, a i quali le cercan piacere, non conoscano quegli imbratti, i quali lasciamo star che le logorino e che le facciano diventar vechi inanzi al tempo, guastan lor i denti, e fannole parer maschere tutto l'anno. Considerate un po M. Betola Gagliana, chi la pare: quanto piu si ritira, quanto piu si azima, tanto par piu

vecchia anzi non pare altro se non un ducato d'oro, stato nell'acqua forte: che non le averrebbe così, se quando ell'era fanciulla la non si fusse tanto strebbiata, io per me se mi son punto mantenuta, che non lo so, ma basta che altri il dice, non è stato per altro, se non che l'acqua del pozzo, fu sempre il mio liscio, e sarà quel della mia figliuola, insinche la starà dove me. Poi habbisele cura il marito: ma diteci la cagione del portar de fiori, che nel vero io mi son dilungata un poco troppo da casa: ma scusimi il giusto odio, che io porto a questi intonacati.

CEL. Voi doverete sapere che ordinariamente si dorme piu in su la tempia destra che in su la sinistra: la onde avviene che quella parte per essere piu depressa e piu ammaccata, viene avallare alquanto piu che l'altra: come etiandio si vede nelle barbe degli huomini, le quali per la medesima cagione sempre son men folte nella destra che nella sinistra parte, hora percioche e faceva mestiero alzare la parte avallata, con un poco d'arte, costumaron le gentil donne, porvi alquanti fiori, ma piccioli e gentili, che la sollevassero, e alzassero un poco: ma in modo che e non facessero sparir l'altra, et furon di due sorti, ma d'un color medesimo, et il quale piu tosto aiutasse, che togliesse la frescheza alle vermiglie guancie, e al candor di tutto il viso com'è l'azzurro: e tolsero i fior cappucci e i fioralisi, i quali per questa cagione si acquistaron que' nomi. Percioche come voi dovete haver sentito dire, le donne anticamente portavano in capo certe acconciature, che si chiamavan cappucci: e percioche quei fiori si mettean sotto à quei cappucci, però furon chiamati fior capucci, quasi fior da capucci: i quali venivano à punto à ricoprir quella tempia avallata della quale habbiam parlato di sopra: i fioralisi, percioche havevano il gambo un po piu lungo, e piu si potevano estendere verso il viso, furon chiamati fioralisi, quasi fior da visi, ò fiori atti allo adornamento del viso: usaronsi anchor le viole mammole, p quel poco del tempo che le duravano, e per colore, e per grandezza, quasi simili a i gia detti fiori: e furon chiamate viole mammole, quasi volessero dire fiori da mammole: e però le chiamò il Politiano mammolette verginelle quasi volesse inferire che glieran fiori ò vero viole da fiorir verginelle. Le viole che molti dall'odore chiaman gherofani, le rose e altri simili fior piu grandi, e odoriferi si portavano in mano à quei tempi, e accioche con quel color troppo acceso, e non imbiancassero il natural color del



rosseggiante volto, e non se gli mettevano insulle guancie, che ben sapete quanto il color rosso è ordinariamente nimico della incarnatione delle belle guancie, e di tutta la carne di voi altre donne, e maraviglieremi come se ne trovasse alcuna, che se ne vestisse, se non ch'io veggio ch'ogni cosa si fa à caso, e che questa arte dello abbigliare, e vestire, e acconciare le donne, è perduta che gofferia è egli a vedere un paio di manichini foderati di pelle a un luchesino co i brodoni scempi? non s'accorgon'elleno che quel fodero fa gonfiar quei manichini, e che e brodoni spariscono, che'l braccio parche rimanga storpiato? Oh che bel vedere è l'imbusto senza un profilo, intorno al collo, ò senzo una mostra, ma semplice semplice: adunque solo alle braccia dal gomito in giu fa freddo, e però si foderano, e non al resto della persona: oh gran sciocchezza, oh gran gofferia, oh cosa sgarbata, e pur s'usa, e pur la vediam fare a coloro à cui puzzano i fior di melarancie: ma torniamo à nostri fior di gratia dico adunque che e vennero poi certe mone ciolle, le quali, senza considerar la cosa troppo per il minuto: veggendo che un di quegli fioretti porgeva tanta gratia à uso di sofiste, fecer questo argomento fra loro: se un picciolo fiorellino fa tanta vaghezza che farà un grande? e se uno ò due che faranno dieci, ò dodici, e un mazzo? e cominciarono a por su, come voi vedete, senza considerar se la testa è larga se'l viso è lungo, se le tempie son fonde, s'elle son rilevate. Se la moglie di Panfilo facesse à mio modo la se ne metterebbe forse manco: la quale havendo un po le tempie in dentro, con que gherofani, ch'ella si pone alle gote, e forse ch'ella non se gli mette giu basso, non solamente si fa sparire il color delle guancie, che non ha da vendere, ma che sollevarle piu che non e bisognerebbe, mostra ce le tempie sien piu avallate che e non sono: e ponetevi cura come voi la vedete, che voi vi accorgete s'io vi dico il vero, ò s'io me ne intendo.

## DELLE GUANCIE

Le Guancie non accadrebbe descriverle altrimenti: percioche noi haviamo lo esempio perfetto avanti con le tue Selvaggia: le quali benche con queste mie parole habbiano ripreso colore, onde se nulla lor mancava, hor gnene avanza, io torrò per questa mia figura. Nondimeno per servar l'ordine incominciato, e per

maggior dichiarazione, dico che le guancie bramano una bianchezza piu rimessa che quella della fronte cioè un poco men lustrante, la quale partendosi dalla loro estremità pura neve, vadian' insieme col gonfiamento della carne, crescendo sempre incarnato si che in guisa d'un monticello ch'insu la cima finisca con la sembianza di quel rosseggiare, che si lascia il sol dietro, quando con buon tempo lascia questo nostro emisfero: che ben sapete che non è altro ch'un candore ombreggiato di vermiglio.

## DEL NASO

Restaci à pigliare il Naso il quale è della maggior importanza che cosa che sia sul volto ò volete dell'huom ò della donna, che come vi si disse l'altro giorno, chi non ha il naso nella total perfettione e impossibile che apparisca bella in profilo, che la moglie del Sarto de Cavagli, che pare in faccia qualche cosa, in profilo pare una befana, e considerandola io una mattina, che ella udiva messa alla capella, avanti alla Selvaggia, mi acorsi di quel suo mancamento, ma torniamo al naso, la misura del quale, havendovi mostro all'altra giornata non accade replicare: ma chi se la fusse scordata, ò non vi fusse stato guardi quello di Verdespina, che se ne ricorderà: percioche ella come se fusse una nuova Giunone, l'ha in tutta perfettione: il quale oltra alla misura, per seguir l'ordine cominciato, vuol piu tosto pendere nel picciolo, e nello affilato e dal suo principio ne base, che è sopra la bocca, e sulla sua punta, e desidera con un segno di rivoltura mostrar la distinta con un poco quasi di soprasalto, colorito, ma non rosso, con una quasi invisibil linea, che pur mostri partire ambedue le nari, le quali debbono rilevare un poco in sul principio, di poi abbassandosi dolcemente, salire alla fine: si che con ugual tratto sempre diminuiscano: ma quando al fine della cartilagine, el principio del solido del naso s'alzasse un poco poco di rilevato, non aquilino, chin una donna comunemente non piace: ma quasi un nodo in un dito darebbe gratia, anzi sarebbe la vera perfettion del naso: la parte da basso, cioè tutta la cartillagine, e massime l'orlo di quella, desidera il color simile all'orecchio, ma forse anche meno acceso, purché non sia bianco bianco, come se li facesse freddo. Et vogliono le nari essere asciutte, e nette, che molte, e massime al confine delle guancie, avendole alquanto

humidette, alle volte hanno un certo non so che, senza che à voler significare che uno sia huom di buon giuditio, il proverbio latino dice, est homo emunctis naribus, che significa, egliè huom che ha le nari asciutte: non è bello il naso arricciato: impercioche oltre à che significa la persona soverchio sottoposta alla stizza, e guasta il profilo: come si può vedere nella moglie di quel nostro Prete, che governa il pupillo à Pistoia: la quale fuor di questo è una bellissima giovane: et è brutto quello che sta tutta via per caderne in bocca: ma piace quello che è pari in tutta la sua posatura, come è finalmente il tuo Verdespina, pieno d'ogni gratia e d'ogni bellezza.

#### DELLA BOCCA.

Eccoci alla Bocca, fontana di tutte le amoroze dolcezze, la quale desidera piu tosto pendere nel picciolo, che nel grande: ne deve esser aguzza, ne piatta, è nello aprirla, massime quando si apre senza riso, ò senza parola, non haveria à mostrar piu che cinque denti insino in sei, di quei di sopra, non sien le labbra molto sottili, ne anche soverchio grosse, ma inguisa che il vermiglio loro apparisca sopra lo incarnato che le circonda: e voglion nel serrar della bocca congiungersi pari, che quel di sopra non avanzi quel di sotto, ne quel di sotto quel di sopra, e voglion fare verso il lor fine, una certa diminutione diminuita in angulo ottuso, come è questo: ma non come lo acuto, ò come il mento.



Egliè ben vero, che quando il labbro di sotto, e massime quando la bocca è aperta, gonfia un poco nel mezzo piu che quel di sopra, con un certo segno, che mostri quasi di dividerlo in due parti, che quel poco gonfiamento, dà gran gratia à tutta la bocca, tra il labbro di sopra, e quel che voi chiamate il mocol' del naso, vuole apparire etiandio una certa dimensione che paia un picciol solco, e poco adentro, seminato di rose incarnate. Il serrar la bocca

qualche volta, con un dolce atto, e con una certa gratia, dalla banda diritta, e aprirla dalla manca, quasi ascostamente soghignando, ò mordersi tal' hora il labbro di sotto non affettatamente, ma quasi per inavvertenza, che non paressero attucci, o lezzi, rare volte, rimessamente, dolcemente, con un poco di modesta lascivia, con un certo muover d'occhi, che hor riguardino fissamente e all' hora allhora rimirino in terra, è una cosa gratiosa, un atto che apre, anzi spalanca il paradiso delle delitie, e allaga d'una incomprendibile dolcezza, il core di chi lo mira disiosamente.

### DE I DENTI

Ma tutto questo sarebbe poco se la bellezza de i denti, non concorresse col essere piccioli, ma non minuti, quadri, uguali, con bello ordine separati, candidi e allo avorio simili sopra tutto, e dalle gengive che piu tosto paiano orli di raso chermisino, che di velluto rosso, orlati, legati, e rincalzati, e per sorte accadesse.

### DELLA LINGUA

Che la punta della lingua si havesse à vedere che sarà di rado, porgerà vaghezza, struggimento, e consolatione, s'ella sarà rossa come'l verzino, picciola, ma non appuntata, ne quadra. E M. Lampiada ha la gratia universal di tutta la bocca, com'io la desidero: la Selvaggia delle labbra, che le ha maravigliose. Madonna Amorriscia de i denti, e Verdespina delle gengive e della lingua: si che con tutte a quattro voi noi faremo una bocca delle, piu belle, che mai fossero, non pur dipinte, ma immaginate, però ciascuna di voi mi darà la parte sua, per il ritratto della mia.

### DEL MENTO

Et da te Verdespina voglio il mento, che tra li vostri che son bellissimo tutti, egli mi pare il piu bello, percioche non è arricciato, ne aguzo, ma tondo, e colorito nel suo rialto, d'un color vermiglietto, un poco acceso, e ha, dalle labra di sotto dove e termina, alla parte del ceppo, dove e comincia, ma con una certa dolcezza, che piu tosto si può con la mente considerare che esprimere con le parole, e dalla parte da basso ascendendo verso

il labbro sino à mezza via à perdere piu tosto di colore che nò, che lo racquista: seguitando poi il piacevole viaggio verso il labbro, un poco di fossicella nel canto, che si disse all'altro ragionamento, è sua propria, e particolare bellezza: la qual cosa molto ben mostrò di conoscere il Vallera cantando le bellezze della sua Druda, quando e disse, la Nencia mia ha un buco nel mento, che rabbellisce tutta sua figura: ecco che anche i contadini che son ripieni d'un buon giuditio naturale conoscono anche eglino la perfettion della bellezza: se il mento gia detto vien poi declinando verso la gola, e percuote in una picciola soggiogata, acquista alla universal bellezza pure assai, e nelle grasse e precipuo ornamento e un dolce compagno delle belleze della gola.

### DELLA GOLA

La Gola vuol essere tonda, svelta, candida, e senza una macchia, e far nel volgersi, hor qua, hor la certe piegature che mostrino hor l'una, hor l'altra delle due corde che mettono in mezzo le canni vitali con una vaghezza dolce à contemplare, difficile à raccontare, nell'abbassarsi vorrebbe far certe rughe circolari, in forma di monili, ò vero collane, che la circondino, nello alzarsi vuol distendersi tutta, e quasi imitare la lascivetta palomba, che habbia il collo d'oro, e d'ostro dipinto. Piace la gola con la sua pelle delicatissima svelta, che penda piu nel lungo che nel corto, mostri al confino del petto un poco di fontanella, tutta piena di neve, ma sopra e quasi à pien del soggolo del mento, un poco poco di rilievo, ma non tale, che come negli huomini paia il ritenuto pomo del mal consigliato Adamo: e percioche io ve la ho descritta di mano in mano con lo esempio della bella Selvaggia, non vi doverete maravigliare se per un pezzo io la ho riguardata si interamente, dunque torremo la sua come bellissima, tra quante io ne vedessi forse già mai: e porrenla al nostro disegno, la quale supplirà molto piu con lo effetto, che io non ho saputo dipingervela col rozzo pennello delle mie parole.

### DELLE SPALLE.

Et dalla Gola scendendo alle spalle, diciamo che quando ell'hanno una certa quadratura come le vostre M. Amorriscas,

dolce dolce, e son larghe percioche il gretto le offende sono nella vera perfettione.

### DEL COLLO

Sia il Collo bianco, ma un poco rosseggiante se non in tutto uguale al meno che gli humeri non gonfino si che pendano punto punto al gobbo, et quella quasi valle, che dalla colottola, alle reni si abbassa, vuole essere poco affonda, percioche alla propria deformità, farebbe parere le spalle grosse, e l'ombusto della veste rilverebbe troppo: che quando cosi accade fa brutto vedere, e perche queste parti e in Selvaggia, e in Madonna Amorriscia sono bellissime, da Selvaggia prenderemo il collo, e da voi torremo le spalle: al modo delle quali ritornando diremo, che dal posamento della gola partendosi per gettar fuori le braccia, come lor principio, e come fa un vaso antico ma di mano di buon maestro i suoi manichi debbono alzarsi un poco, di poi con una declinatione non repentina, fermare le braccia, e fare un mezzo ritegno allo imbusto delle vesti, e non caschino, che anche in questa parte è mona Amorriscia assai riguardevole.

### DELLE BRACCIA

SEL. Deh caro il mio M. Celso, mostrateci come à similitudine d'un vaso antico, voi formate le spalle, e poi le braccia: che i Predicatori à noi altre donnicciuole dicono de gli esempi per farci piu capaci delle loro dimostrationi, che cosi è necessario far con le persone grossolane.

CEL. Grossolano sarei io, se tenessi grossolane voi, e credessi assottigliar voi, che ne ingrossate à noi l'intelletto piu di quel che noi non vorremmo: mai se pur pure volete uno esempio, qual piu bello, e piu vero cercate voi, che quello di Madonna Lampiada, la quale non solo è un vaso, ma un sicuro armario di tutte le virtù, che adornano l'animo d'una gentil' donna, ma percioche voi mi potreste dire, che volete un vaso antico e non un moderno, come è il suo perciò vi voglio contentare.



Vedete che'l principio di quei manichi s'alzano un poco, e poi discendono a basso dolcemente e, come debbon fare le braccia: ma del vaso antico, poi che havemo cominciato à disegnare vi voglio mostrare come nasce la gola in su confini del petto del collo e delle spalle, e come gl'imbusti si rilevino d'in su fianchi: che penso non vi dispiacerà, anzi vi parrà che la natura ò habbia imitato l'arte, ò che l'arte della bellezza di voi altre donne, habbia ritratto quei bei vasi, ma prima mi voglio spedire della bellezza del petto.

### DEL PETTO

Il Petto vuol essere bianco sopra tutto: ma che bisogna perder piu tempo, il petto vuol esser come quello della Selvaggia, guardate il suo, et vedrete ogni perfettione, ogni proportione, ogni gratia, ogni vaghezza ogni leggiadria, ogni bellezza finalmente, quivi son le viole d'ogni tempo, quivi le rose di Gennaio, quivi le neve d'Agosto, quivi le carità, quivi gli amori, quivi le lusinghe, quivi le blanditie, quivi le soie, quivi Venere con tutta la sua famiglia, con tutte le celesti dote, col balteo, col velo, con le trecchie, co' nastri, con ogni sua pompa alla fine, e non tanto non vi manca cosa alcuna, ma egli vi è piu di quello che'l desiderio possa sperare, che l'intelletto possa intendere, la memoria ricordarsi, la lingua esprimere, penetrar la imaginatione, si che e non accade logorarci piu parole, che io per me non credo, ne che

Helena, ne che Venere, ne che la Dea della bellezza, lo avesse piu bello, ne piu mirabile.

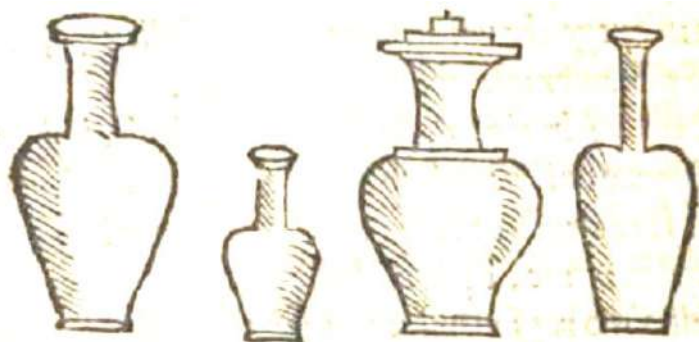
SEL. Eh andate andate, diteci come egli debbe esser fatto, e come havete costumato di fare dell'altre cose: che io non voglio che col fingere di havermi voluto far questo favore, ò per voler la baia del fatto mio, che voi lasciate indietro la dichiarazione ' una delle piu importanti parti, che secondo il mio poco giuditio, si ritrovano in una bella donna.

CEL. In fine voi mi perdonerete, e non mi basta l'animo di dirne cosa, che non sia molto minore assai, che non è il bellissimo, e felicissimo essemplio vostro.

SEL. Consentianvi che voi diciate il vero: non dimeno io vi prego che voi dichiariate la sua bellezza, almeno per amor mio, che non mel veggio.

CEL. Almeno lo lasciassi tu vedere á gli altri. Orsu adunque poi che io sono vostro prigionie, egli mi è forza fare a vostro modo: nondimeno io me la passerò leggiermente, e per quel che s'è detto hora e perche all'altro ragionamento sene parlò quasi à bastanza. Diremo adunque, che quel petto è bello, il quale oltre alla sua latitudine la quale è suo precipuo ornamento, e si carnoso, che sospetto d'osso non apparisce, e dolcemente rilevandosi dalle estreme parti viene in modo crescendo, che l'occhio à fatica se ne accorge, con un color candidissimo macchiato di rose, dove le fresche, e saltanti mammelle, movendosi all'insu, come mal vaghe di star sempre oppresse, e ristrette tra le vestimenta, mostrando di voler uscire di prigionie, s'alzino con una acerbezza, e con una rigorosità, che sforza gl'occhi altrui à porvisi su, perche le non fuggano. Voi altre donne dite, che le vogliono essere bene attaccate, et piaccionvi quelle che son picciolette, ma non tanto che come disse gia uno amico vostro M. Selvaggia, le paian le rose della Cetera che Davitte portava alla festa di San Felice in piazza, hora poi cosi passando io ho compiacciuto alla Selvaggia, ancor che ella à me non compiacesse mai d'un solo sguardo, io come vi promisi, voglio mostrare in che modo, con un vaso antico, nasca la persona, ò vero il busto d'in su i fianchi, e la gola d'in su'l petto, e d'in sulle spalle: hor notate adunque.





Vedete come quel collo del vaso primo si rileva in su le spalle, e quanta gratia da al corpo del vaso la sottigliezza del collo in ricompensa di quella che da lui riceve, e quanto quella circonfflessione lo fa bello, rilevato, e garbato: considerate hora quel vaso secondo, e vedete quello alzar del collo d'in sul corpo del vaso: quello è il busto d'una donna, che s'alza in su fianchi: e quanto piu quei fianchi sportano in fuori, tanto fanno il busto piu svelto, e piu gentile, e manco cintura bisogna a stringerlo, come nel primo fanno le spalle alla gola: la qual cosa non accade nella forma dell'altro terzo nel quale come ben potete considerare, non appar gratia ne bellezza simili al primo son quelle donne che hanno la gola lunga, e svelta, le spalle larghe, e gratiate: simili al secondo son quelle che son ben fiancute, precipua bellezza delle donne ignude formose, e del busto gentile, svelto, e ben proportionato: simili al terzo son certe spigolistre smilze, senza rilievo e senza garbo: simili al quarto son quelle che furon fatte senza risparmiar di materia e non furon finite, ma abbozzate, e lavorate, con l'ascia, senza lima, e senza scarpello, e con questa dimostrazione, e con questo esempio, vi potrete accorgere che i fianchi voglion rilevare assai, e gittar su il busto schietto, e gentile, e le spalle hanno della gola à fare il simigliante, e avenga che queste parti si possano aiutare con le bambagie e co' suoppani, e per dirlo ad un tratto con la industria del sarto: non dimeno quando l'arte non ha l'aiuto dalla natura, la fa poco: e quel poco riesce male, e pochi son che non se ne accorgano: e non è altro che voler diventar grande con le pianelle, ch'ogn'un lo conosce, salvo chel marito la sera quando se ne va al letto, e però concludendo diremo, che la natura è la maestra delle bellezze, e

l'arte è una sua ancilla, e per lo esempio nostro, e per la nostra figura piglieremo il rilievo de fianchi di Madonna Amorriscata, e d'indi scenderemo alla gamba.

#### DELLA GAMBA.

La Gamba ci darà Selvaggia, lunga, scarsetta, e schietta nelle parti da basso, ma con le polpe grosse, quanto bisogna, bianche quanto la neve, e ovate quanto richiede, con gli stinchi non al tutto ignudi di carne, onde si veggiano i trafusoli ma commodamente ripieni: in guisa che la gamba non ingrossi soverchio, non saranno i talloni molto rilevati, ne anco si piani, che e non si scorgano.

#### DEL PIEDE:

Il Piede ci piace picciolo, snello, ma non magro, ne senza l'atto del salir del collo: d'argento disse Homero quando parlò di quel di Theti bianco dico io come lo alabastro, perchi lo avesse a vedere ignudo, à me basterebbe vederlo coperto, con una scarpa sottile, stretta, attillata, e tagliata secondo la vera arte, che vuole al piede pendente in lungo, i tagli al traverso, al largo per il diritto, ma piccioli, a misura con disegno, con inventione, e sempre con nuove foggie fate che la pianella sia corta, bassa, pulita: ma che fo io che tolgo l'uffitio à quella buona intronata di M. Rafaella, e tu Selvaggia ne darai il destrissimo piede, per la nostra chimera poscia che con le belleze di tutte a quattro voi, come per esempio, noi vi haviamo dimostro la perfettione d'una bellissima donna, io voglio che per suo maggior finimento, noi le diamo la gratia, la leggiadria, et tutte quelle altre parti, che si convengono alla integra perfettione d'una consumata bellezza secondo che noi ve le dichiarammo all'altra giornata: poi farem fine c'hormai ne sarà tempo: ma ditemi il vero, non vi par'egli che questa nostra dipintura sia riuscita nella mente vostra, piu bella con quattro di voi, che la famigerata Helena di Zeusi con cinque Crotoniate: e questo è un fortissimo argomento, che à Prato sono hoggi molto piu belle le donne, ch'elle non erano in Grecia anticamente.

VER: Et mai come, ò la non ha ne braccia ne mani: si che pensa come la può essere, ò quella statua che è al principio delle scale del nostro podestà, è piu bella della vostra, che al meno se la non

ha braccia, ella ha in quello scambio una bandella, e può pur tenere una mazza ferrata in mano.

CEL. Tu hai una gran ragione fanciulla mia, oh poveretto à me, e che ho io fatto: deh vedi quello ch'io mi era dimenticato, ma e ne fu cagione la Selvaggia, che non mi fa mai se non male, che s'ella si contentava chel suo petto servisse alla nostra figura senza altra dichiarazione, io non faceva questo errore: imperciocchè à punto allora voleva venir la dove mi chiama Verdespina.

SEL: A mano amano secondo il dir di costui io sarò la pietra dello scandolo: horamai io comincierò à credere che voi mi vogliate male. Allhora una certa vecchia, che era venuta per accompagnare a casa non so chi di quelle donne di secco in secco disse. Uh che di tu fanciulla mia? hor non ti accorgi tu che si ciancia teco, semplicella, tanto ben volese il mio padrone à me, ch'io non harei à piatir tutto uno inverno un paio di zoccoli, e perche la brigata cominciò a levar le risa, la si levò loro in un tratto dinanzi, e andossene in cucina: onde Celso poi che ogn'uno hebbe dato luogo alle risa seguitando disse, Selvaggia io non posso negare che quello che disse quella buona vecchia non sia il vero: ma

SEL. Ecco quel ma che guasta ogni cosa: ma al nome sia d'Iddio, se io non son sì bella, che e non mi si possa appor qualche cosa, al meno io non sono come cotesta vostra, che havete durato due di a farla, e non ha ne braccia ne mani, ò ell'è riuscita la vaga cosa, al manco io l'ho, e sien poi col ma, e come le si vogliono.

## DELLE BRACCIA

CEL. Tu starai poco à haverle, poi che tu fai la adirato, che per quello amore io te le voglio torre, e porle à questa mia figura, e quando la non havesse altro, che il tuo petto, e tant'altre cose che ella ha havute da te, ella sarà bella, o che tu voglia, o che tu non voglia piglieremo adunque le tue braccia: perciochè le sono di quella proportionata lunghezza che noi vi mostrammo all'altra giornata, nel quadramento della statura humana: e oltre accio son bianchissime con un poco d'ombra d'incarnato, su luoghi piu rilevati, carnose, e muscolose, ma con una certa dolcezza che non paian quelle d'Hercole, quando strigne Cacco, ma quelle di Pallade quando era inanzi al pastore: hanno ad essere piene d'un

natural succo il quale dia loro una certa vivezza, e una freschezza che generino una sodezza: che se vi aggravi su un dito, che la carne si avalli, e si imbianchi nella parte oppressa tutta ad un tratto, ma in guisa che subito levato il dito, la carne torni al luogo suo, e la bianchezza sparisca, e dia luogo all'incarnato che torni.

## DELLE MANI

La Mano che ogn'uno afferma che tu l'hai bellissima, io dico bene a te Selvaggia, e non ti varrà coprirla, si desidera pur bianca, e nella parte di sopra massimamente, ma grande e un poco pienotta, con la palma un poco incavata, e ombreggiata di rose, le linee chiare, rare, ben distinte, ben segnate, non intrigate, non attraversate: i monticelli, e di Giove, e di Venere, e di Mercurio, ben distinti, ma non troppo alti, la linea particolar dimostratrice dell'ingegno, fonda e chiara, e da nessuna altra ricisa, quello scavo, che è tra l'indice e'l dito grosso sia ben assettato, senza cresse e di vivo colore: le dita son belle quando son lunghe, schiette, delicate e che un pochetto si vadano assottigliando verso la cima: ma si poco, che appena si veggia sensibilmente, l'unghie hanno da essere chiare, e come balasci legati in rose incarnate, con la foglia del fior di melagrana, non lunghe, non tonde, ne in tutto quadre, ma con un bell'atto, et con un poco poco di curvatura scalze, nette, ben tenute, si che da basso appaia sempre quello archetto bianco, e di sopra avanzi della polpa del dito quanto la costola d'un picciol coltello, senza che pur' un minimo sospetto appaia d'orlo nero in sulla fine loro: et tutta la mano insieme ricerca una soave morbidezza, come se toccassimo fine seta, ò sottilissima bambagia, e questo è quanto ne accadeva dirvi delle braccia, ò delle mani. Hor non sarà piu questa mia figura come quella di piazza: ma vedi a chi la mela haveva aguagliata, che tu se ben una di quelle spine appuntate, che entran tra la carne, e l'unghia, e se verde da cor piu materia, e buon per me, che ho havuto buon ago da cavarmela.

SEL. Horsi che mi pare che questa vostra dipintura stia come come quelle che son di mano di buon maestro: e per dirne il vero ella è riuscita una cosa bellissima, e tale che se io fussi huom come io son donna e sarebbe forza che come un nuovo Pigmalione, io me ne innamorassi, e non crediate che io dica che

ella sia bella, per inferir che quelle parti che le habbian date noi, ne sien cagione, conciosia cosa che gli ornamenti che le havete fatti voi, e le vesti che voi le havete date con le vostre dimostrationi haverebon forza di far parer bella la moglie di Iacopo Cavallaccio che se io per dir di me sola havessi il petto di quella beltà, che voi havete predicato, con quelle vostre artificiose parole e io non cederei ne à Helena ne à Venere ne alla bellezza.

CEL. Tu lo hai, e partelo avere: non bisogna e non accade hora far queste none, e buon pro ti faccia, e à chi e degno alcuna volta di rimirarlo, e veramente che quando quello amico mio compose in lode di quello, quella bella elegia, havendo havuto tanta bella accia, non è gran fatto che egli riempiesse sì bella tela: ma per dar l'ultima perfettione, horamai à questa nostra chimera, e accioche non le manchi cosa che in bella donna si disideri, voi M. Lampiada le darete quella venusta che risplende ne gl'occhi vostri: quella bell'aria che sparge la proportionata unione delle vostre membra, voi mona Amorriscia le darete quella maesta regia della vostra persona, quella allegrezza dell'honesto e venerando aspetto vostro, quello andar grave e quel porger quei occhi con tanta dignità, con quel gentil modo, che diletta a qualunque lo mira. Una composta leggiadria, una vaghezza ghiotta, uno attrattivo honesto, lascivo, severo, dolce, le darà Selvaggia, con quella pietosa crudeltà che per forza si loda, se ben non si disidera. Tu Verdespina le darai quella gratia, che ti fa sì cara, e quella prontezza e dolcezza del parlare allegro, arguto, honesto, et elegante: lo'ngegno, e le altre doti, e virtù dell'animo, non ci fanno mestieri, percioche haviamo tentato di dipignere la bellezza del corpo, e non quella dell'animo, alla fintion della quale bisogna miglior dipintor di me, miglior colori, e miglior penello che non è quello del mio debole ingegno, se ben l'esempio di voi altre, non è manco sufficiente in questa bellezza, che si sia nell'altra, e senza altro dire, fecer fine ai lor ragionamenti, e ciascun se ne tornò a casa sua.

IL FINE.

# DIÁLOGO DE LA BELLEZA DE LAS MUJERES

Agnolo FIRENZUOLA



# DIÁLOGO DE AGNOLO *FIRENZUOLA* Florentino

*De la Belleza de las Mujeres*

A las nobles y bellas mujeres de Prato  
felicidad

HABIENDO sido buscado muchas veces por aquellas personas que me han encomendado la tarea de publicar un pequeño diálogo —que ya había compuesto en el pasado por encargo de una persona muy querida por mí, en el que manifestaba la perfección de la belleza de una mujer—, en el caso de que me haya mostrado renuente o lento a la hora de complacerles, creo que se me podría fácilmente disculpar. Dado que buena parte de aquellos que me han buscado bien saben cuán censurable, es más, cuán pernicioso puede ser no custodiar, al menos durante un tiempo, las nuevas y apenas recientes criaturas<sup>65</sup> en los penetrales del hogar antes de dejarlas salir y de que puedan, como auténticas crías de águila, disfrutar de la claridad del sol y carezcan de ese afecto natural que todo hombre siente por lo suyo y lo identifiquen como algo extraño, vean y juzguen los defectos no como un padre piadoso, sino como un severo censor. A tal propósito, me alivió también escuchar decir que algunos de esos cerebros tan alambicados, que no son más que humo, la mayoría de las veces pretendían interpretar los nombres, que yo había ocultado escrupulosamente, de esta y de aquella, y cuando encontraban una mujer le decían: “¿Sabes? Hay alguien que ha dicho que te acicalas y te ha llamado señora Ciona y señora Bettola”. Y he aquí quienes no se avergonzaban de

---

<sup>65</sup> Metáfora con la que Firenzuola identifica sus producciones literarias.



pretender que una de las bellas jóvenes de Prato, modesta y gentil, es más una delicada florecilla, fuera la del raso negro, alejándose de la verdad tanto como se acercaban al precipitado juicio de su iniquidad. Mi intención, mis queridas mujeres de Prato, no fue señalar ni a esta ni a aquella, sino que, considerando que las características del diálogo y sus virtudes buscaran tales florecillas, sirvieran de ejemplo ante los lectores y que tal y como se acostumbra en el razonar cotidiano, imaginaba ora el nombre de una, ora el nombre de otra, según lo que requiriera el argumento en cuestión, sin pensar más en la señora Pasquina que en la señora Salvestra. Así que, queridas mías, cuando estos malpensados, tan enemigos vuestros como míos, dicen que hablo mal de vosotras, respondedles con osadía lo que yo suelo decir siempre: que quien con actos, palabras o pensamientos hace una mínima ofensa a cualquier mujer no es hombre, es más bien un animal irracional, es decir, una bestia, y cuando uno de estos os critica ora esto, ora lo otro respondedle –si no con palabras, al menos con la mente– que no es propio de hombres valientes; porque quien habla mal de otro en su ausencia mientras demuestra buena cara en su presencia se engaña a sí mismo; y no penséis que esta respuesta por auténtica le afligirá. Pues cuando estos dicen “esta es tal y la otra es cual” os repito que se alejan de la realidad ya que estos son nombres y apellidos casuales, sobre todo, los que se dicen para referirse a las feas. Bien es cierto que algunos de los que aparecen como ejemplo de las bellas, junto con las cuatro mujeres que razonan con Celso, están en mi imaginación y las conozco solo de pensamiento; y en esos ficticios nombres suyos, quienes tratasen de hurgar más allá, hallarían los reales bajo un delicado velo. Por lo cual esta era una de las principales razones por las que yo quería dejarlos cubrirse de polvo, y si esto no bastase, además había quien decía que a algunas mujeres les indignaba que yo hablase de ellas ya fuera bien o mal; a otras les molestaba que no las hubiera tenido en cuenta lo suficiente, que no las hubiera considerado entre las cuatro, sintiendo ellas que así lo merecían –que en verdad así era– si algún mérito pudieran tener mis pedestres y mediocres escritos, más aptos para restar que para sumar elogios a su ilustre fama. A las cuales, dado que me siento en la obligación de publicar este texto, diciendo cuatro palabras en mi defensa, afirmo que las primeras se equivocan, por lo que,

si bien mi estilo es simple, la elocuencia poca, el ingenio débil y la elegancia nula, tendrán que aceptar también mi buena voluntad, y que mis palabras no son lo que ellas creen como para que importantes y excelentes Señoras e ingeniosas damas de esta Italia nuestra no las hayan querido leer, no las hayan apreciado, ni hayan considerado al autor. Y quiero –y puedo– jactarme de ello, ya que el sensato oído de Clemente VII<sup>66</sup>, cuyas alabanzas no podrían superar ninguna otra aguda pluma en presencia de las más ilustres almas de Italia, permaneció atento durante horas para recibir el sonido que le devolvía su propia voz mientras leía el *Discacciamento* y la primera jornada de aquellos *Ragionamenti*<sup>67</sup> que dediqué en su momento a la ilustrísima señora Caterina Cybo, dignísima duquesa de Camerino<sup>68</sup>, sin escatimar en deleites y alabanzas. Y si esto no fuera verdad –que lo es, y para ello tomo como testigo al prelado Paulo Jovio<sup>69</sup>– tampoco lo sería que Marco Tulio Cicerón, insigne escritor latino, dedicó a Lucio Luceyo<sup>70</sup> estas formales palabras: “Ardo en un deseo increíble de ser elogiado en tus escritos”. Por lo que, si el príncipe de los escritores latinos se muestra tan entusiasmado –es más, arde en deseos de ser alabado por un autor considerado tan inferior a él que le ruega con vehemencia que lo mencione– ¿por qué a vosotras os indigna que yo os nombre o que escriba sobre vosotras en mis diálogos? Puede que yo no sea Luceyo, o puede que sí, y vosotras no seáis ni Helenas ni Venus, y no me refiero a todas, sino solo a aquellas que, si no se han quedado sordas de unos días a ahora, estoy seguro de que me oyen. Pero también pudiera ser que estas tales lo recusaran por honestidad –por humildad diría yo–, esto es, por no reconocer nada en ellas mismas que las hiciera

---

<sup>66</sup> Clemente VII, de seglar Julio de Médici, fue un papa florentino cuyo pontificado duró desde 1523 hasta su fallecimiento en 1534.

<sup>67</sup> Se refiere a obras del propio autor escritas anteriormente, el *Discacciamento de le nuove lettere inutilmente aggiunte ne la lingua toscana* (1524) y los *Ragionamenti* (1525).

<sup>68</sup> Duquesa consorte de la villa *marchigiana* de Camerino, descendiente de Lorenzo de Médici y emparentada con el papa Inocencio VII y con el papa León X, fue una figura destacada en la reforma religiosa del siglo XVI.

<sup>69</sup> Humanista, médico e historiador que desarrolló su labor en las cortes de los papas León X y Clemente VII.

<sup>70</sup> Orador e historiador romano contemporáneo y amigo de Cicerón.

dignas de este honor, a las cuales, si esto fuera así, yo perdono de buen grado, es más, ya están excusadas; dirigiéndome a las otras –aquellas que tienen tan presente este desdichado libro mío que las asalta un odio manifiesto porque no aparecen en él– les digo, como justa y verdadera excusa, que el miedo que me daban las primeras me impidió incluir a las segundas, ante el temor de que no lo vieran bien al igual que las otras; sin embargo, a estas que valoran mis cosas yo les doy las gracias y, me odien o no, de cualquier modo me siento en la obligación y quizás se lo demostraré algún día personalmente. Además, me han llegado rumores de algo más, que no es poco importante, acerca de quien es dueña y señora de mi alma, nacida para ser báculo de mi vejez y descanso de mis fatigas, quien se lamenta de no aparecer. Lo primero, que no es pecado menor, es que no tengo conocimiento de que ninguna sepa que es el objeto de mis desvelos, visto que no he encontrado el momento de decírselo, ni he podido hacer nada como para que ella lo advirtiera, pero en el caso de que alguien, sin mi consentimiento, se lo hubiera dicho, le permito que le haga llegar también este recado: que observe bien, que allí entre aquellas cuatro<sup>71</sup> ella está; que busque con detenimiento, que allí se encontrará. Y aunque no se sienta identificada y no se reconozca en los rasgos, que he disimulado cuanto he podido para no dar que hablar, díganle que busque mi corazón en cualquier lugar y, si no se encuentra, que hable mal de mí y que esto sea suficiente y no se lamente, pero por amor de Dios, que no se lo diga a nadie, que me destrozaría. También hay ciertas mujeres engreídas, una de estas es la hija de doña Biurra, que dicen que, siendo yo feo, la mujer que esté conmigo tiene que ser fea y desagradable como yo. A estas hay que disculparlas en parte para que no me desprecien completamente. Queridas mías, cuando nací no era tan viejo como ahora, ni tan barbudo, ni tan feo, pero las hadas me marchitaron por el camino y, como he caminado mucho y me ha dado mucho el sol, este me he enrudecido y mi piel ha oscurecido, pero debajo del farseto no soy negro como por fuera y menos aún el domingo por la mañana cuando me cambio de camisa; y por lo que me decía mi madre la nodriza me tiró un

---

<sup>71</sup> Como se verá más adelante se está refiriendo a Selvaggia, una de las mujeres protagonistas de estos diálogos.

poco demasiado de la nariz. Mas cuando mi amada y yo nos conocimos éramos igual de hermosos, aunque yo me he estropeado un poco por los disgustos, mientras ella se ha conservado mejor gracias a las comodidades. También hay quien dice que, habiendo escrito esta obra, serán más las pérdidas que las ganancias, por lo que, las cuatro, mejor dicho, las tres –ya que hay una que, aunque le ha tocado estar allí, me ha dicho que no encuentra en ello ni pena ni gloria– me han hecho la cruz. Pero ¿qué prevalecerá? Si yo muriera a manos de ellas, no moriría a manos de turcos ni moros, así que moriría contento con tal de no haberles dado motivo como tampoco lo he hecho ahora; ya que siempre que estas valerosas mujeres hablen de mí, bien o mal, o me recuerden, lo valoraré. Por otra parte, he oído decir a una que se tiene por lista, y no es para menos, que Celso soy yo y que, a falta de que lo hagan los demás, me alabo yo mismo. Pero si esta, o la que se lo haya dicho a ella, que se ríen de mi obra, hubieran leído más y supieran el trabajo que conlleva la composición de un diálogo no habrían dicho tal simpleza; pero, aunque esto no fuera así y yo hubiera querido fingirme Celso ¿qué elogio me habría atribuido? Lo he representado como un hombre leído y de trato afable, si yo no hubiera estudiado y, en consecuencia, no fuera un hombre leído, difícilmente habría podido componer este diálogo con tal nivel de perfección; y sea yo leído o no, de ahora en adelante no dejo otro testimonio que esta obra mía. Si yo no fuera de trato afable y dedicado a los deseos de mis amigos, no me habría metido en este embrollo. Si yo he representado a este personaje de modo tan excelso, puro y santo sobre las bases de la virtud, confieso que efectivamente he querido describirme a mí mismo y he descrito la verdad y no quiero dejar otro testimonio que no sea la inocencia y la pureza de mi conciencia permitiendo ingenuamente a quien conoce mis más mínimos defectos que, al revelarlo, me tomen por mentiroso. Hay quien ha dicho que ni con mi edad ni con esta profesión se esperaría de mí tales obras, sino otras más graves y serias, a estas personas no les voy a responder, porque a los tristes hipócritas, a los malos y a los ignorantes nunca los he tomado en consideración –y los que así han hablado son de esta condición– y aún menos ahora. No me agrada que ese buen

hombre de Boccaccio<sup>72</sup> se dignara a responder a estas personas, porque de este modo demuestra que le importan demasiado. He aquí otro aspecto que no se debe subestimar: en otras de mis composiciones no he puesto mucha atención, como tampoco ahora, en observar minuciosamente las normas gramaticales de la lengua vulgar, sino que he buscado imitar el uso cotidiano y no el de Petrarca o Boccaccio. Recordemos las palabras de Favorino<sup>73</sup>, de las que siempre me he valido y las cuales he usado, y ese modo de hablar con el que nos comunicamos a diario y que circula – como dice Horacio– como las monedas en curso y no las que están en desuso<sup>74</sup>. De lo que estoy absolutamente seguro es de que una buena parte de aquellos que ejercen la escritura como profesión se alarmarán ante muchas cosas que encontrarán fuera de la norma, pero allá ellos, lo que he hecho lo he hecho porque así me ha parecido y si merezco que me reprendan por ello, que lo hagan, que yo estaré tranquilo. Si quieren que me avergüence pues me pongo rojo, y, para no parecer un autor poco serio, en cuanto publique la traducción de la *Póetica* de Horacio a modo de paráfrasis el próximo verano les diré cuatro cosas para corregirlos. Por este medio, recomiendo este Diálogo y ese librito donde hablan los zorros y los cuervos<sup>75</sup>, que yo, como sabes, envié hace unos días para someterlos al juicio de algunos amigos. Ahora veis en qué embrollo me hallo, ante qué dilema me encuentro por haber escuchado opiniones ajenas, pero, no obstante, tengo tanto ánimo y tanta fuerza que superaré todas estas dificultades, es más, todos estos monstruos, como un nuevo Hércules. Tendrán más peso en mí las peticiones honestas de las personas que aprecio que los impedimentos sin sentido que traten de ponerme las malas lenguas.

---

<sup>72</sup> Véase el epílogo del autor con el que Boccaccio (1966: 549-552) concluye la obra titulado “Conclusionone del autore”.

<sup>73</sup> Favorino de Arlés, filósofo griego sofista.

<sup>74</sup> El autor se refiere a una moneda florentina de treinta denarios que había estado en circulación hasta 1531 y que representaba en su cara una figura de San Juan Bautista sentado.

<sup>75</sup> Se refiere a su obra *La prima veste dei discorsi degli animali*, publicada por primera vez en 1548, que se presenta como una nueva versión de una de las fábulas del Panchatantra (véase epígrafe 3 de la introducción a este estudio).

Por lo tanto, he reescrito de mi puño y letra los textos y he decidido hacerlos públicos, de lo cual he hecho partícipes a amigos y enemigos, a quienes recuerdo ese proverbio que dice “cuando el león envejece hasta las moscas lo atacan”. Datado en Prato el 18 de enero de 1541, reinando el Ilustrísimo y Excelentísimo Señor Cosme Gran Duque de Florencia.



# DEL DIÁLOGO

DE FIRENZUOLA

FLORENTINO

*De la belleza de las Mujeres*

Titulado CELSO

DISCURSO I

CELSE Selvaggio es muy amigo mío y tan cercano a mí que me atrevo a decir que sin duda es como otro yo. Si yo publico ahora estos discursos suyos, lo cual en su día me prohibió, él tendrá piedad, ya que el amor que me profesa lo empuja a hacer míos sus deseos y además me siento obligado por los mismos que a él lo obligan. Este, aparte de ser un hombre muy leído, es una persona muy sensata, muy cercana y predispuesta a complacer a los amigos; por todas estas razones, como veis, he publicado los textos estando seguro de que no dirá nada.

Entonces, el verano pasado Celso se encontraba en el jardín de la Abadía de Grignano<sup>76</sup>, habitada en ese momento por Vannoza de Rochi<sup>77</sup>, donde a menudo paseaban jóvenes –tanto por belleza y nobleza como por otras muchas virtudes propias de esa edad– entre las que se encontraban Lampiada, Amorisca, Selvaggia y

---

<sup>76</sup> Antigua abadía de Prato que fue sede de los monjes vallombrosanos –orden a la que perteneció Firenzuola– y que en 1659 fue heredada por los Jesuitas donde se construyó el internado Cicognini.

<sup>77</sup> Delmo Maestri reconoce este nombre en el índice onomástico incluido en la edición que realizó en 2013 de la obra de Agnolo Firenzuola como el padre de Selvaggia y Lampiada, según Maestri el nombre real de Lampiada sería Clemenzia Roca, mujer de Pietro Buonamici.

Verdespina<sup>78</sup>. Estas se habían apartado y se encontraban en la cima de un pequeño monte en el centro del jardín cubierto de cipreses y laureles, allí hablaban de Amelia dalla Torre Nuova, que también se hallaba en el jardín, de la que algunas decían que era muy bella y otras que no lo era en absoluto. Cuando Celso, acompañado de otros jóvenes de Prato, parientes de estas mujeres, subió a dicho monte, las jóvenes, viéndose sorprendidas, aplacaron el tono repentinamente a la vez que Celso se excusaba por llegar sin avisar; estas le respondieron amablemente que eran bienvenidos y los invitaron a sentarse en un banco a su lado y mantuvieron silencio. Por ello, Celso les dijo: “Hermosas doncellas, continuad con vuestra conversación o nos tendremos que ir; como en el fútbol no estamos aquí para poner impedimentos, sino para darle al balón si este viene a nosotros”. Entonces, Lampiada respondió: “Celso, la nuestra era una conversación de mujeres así que no nos parecía conveniente seguirla en vuestra presencia. Esta decía que Amelia no es bella, yo decía que sí, y de este modo intercambiábamos opiniones entre mujeres”. A lo que Celso dijo: “Selvaggia estaba equivocada, pero es que le tiene manía por otra cosa, en realidad a esta joven todos la consideran bella, es más, bellísima, y si esta no es bella yo no sé qué otra en Prato pueda ser considerada bella”. Entonces, Selvaggia, más airosa que otra cosa, respondió: “No hay mucho que razonar sobre esto, porque cada uno tiene su propia opinión al respecto y hay a quien le gusta la rubia y a quien le gusta la morena, es cosa de mujeres y sucede como en los almacenes de telas y tejidos que hay quien compra hasta el paño más burdo o incluso la seda azache<sup>79</sup>”. “Bueno, Selvaggia” –añadió Celso– “cuando se habla de una mujer bella se habla de alguien que le gusta a todo el mundo y no particularmente a este o al otro; aunque Nora le guste a su Tommaso irracionalmente, no puede ser más fea, mientras que a mi comadre, que era muy hermosa, su marido no la podía soportar. Quizás sea la sangre que se altera o no o cualquier otra razón oculta, pero una mujer bella para todo el mundo, como lo eres tú, tiene que gustar necesariamente a

---

<sup>78</sup> Probablemente detrás de estos nombres se esconden mujeres conocidas de la sociedad de Prato del momento, para más información véase Guasti (1844)

<sup>79</sup> Seda de poca calidad.



todos, como es tu caso, aunque a ti te gusten pocos, ya lo sé. Bien es cierto que para ser perfectamente bella se necesitan muchas cosas, de modo que hay pocas que tengan siquiera la mitad de esta”. Y entonces Selvaggia respondió: “Hay algunas de esas que seguro que no os gustarían a todos vosotros. Una vez oí contar que un tal Momo, no encontrando más motivos para criticar a la hermosa Venus, arremetió contra sus sandalias<sup>80</sup>”. A lo que Verdespina dijo: “¿Lo ves?”. Celso añadió riéndose: “Como Estesícoro<sup>81</sup>, noble poeta siciliano, que habló mal de Helena quien había conseguido mover mil barcos griegos contra el poderoso reino de Troya solo con su enorme belleza”. A lo que inmediatamente Lampiada replicó: “Sí, pero ya veis que se quedó ciego y no recuperó la vista hasta que no se retractó”. “Y con razón” –continuó Celso– “porque la belleza y las mujeres bellas, y las mujeres bellas y la belleza, merecen ser alabadas y apreciadas por todos, ya que una mujer hermosa es el objeto más bello que pueda ser admirado y la belleza es el mayor don que regaló Dios a la humanidad. Por eso es que a través de su virtud dirigimos nuestras almas a la contemplación y a través de la contemplación al deseo de las cosas celestiales; desde donde ha sido enviada por su sabiduría y como muestra para vivir entre nosotros, tiene tanta fuerza y tanto valor que ha sido colocada por los sabios como la principal y más excelente entre todos los objetos amables, de hecho, la han bautizado como el propio seno, el hogar y refugio del amor, digo del amor que es origen y fuente de todos los gozos humanos. Por ella se olvida el hombre de sí mismo porque cuando ve un rostro adornado de esa gracia celestial se le paraliza el cuerpo, se le erizan los cabellos, siente calor y frío al mismo tiempo, no como quien, inesperadamente al ver algo divino, se altera ante el furor celeste y cuando finalmente vuelve en sí con el pensamiento lo adora y con la mente lo venera; y como si fuera un dios se entrega en sacrificio sobre el altar del corazón de la hermosa mujer”. A lo cual Lampiada respondió:

---

<sup>80</sup> Momo, dios griego asociado a la burla, la mofa y el sarcasmo, por lo que fue expulsado del Olimpo, según fuentes griegas (*Epístolas* de Filóstrato) se burló de Afrodita porque hablaba demasiado y por el sonido que hacían sus sandalias (Maestre Maestre *et al.*, 2008: 725).

<sup>81</sup> Poeta griego nacido en Sicilia que forma parte del canon de poetas y compositores griegos antiguos conocido como los nueve poetas líricos.

“¡Oh! mi señor Celso, si no os importa, hacednos un favor, contadnos qué es esa belleza y cómo tiene que ser una mujer bella, que estas muchachas llevan un rato chinchándome, de ahí que os lo pregunte, pero mi timidez no me lo permitía. Ya que habéis empezado a hablar de ello, me habéis despertado la curiosidad y el ánimo para preguntar, tanto más cuando durante la velada que organizó mi hermana el pasado carnaval creí oír que hablabais profusamente con aquellas mujeres que mi señora Agnoletta no habló de otra cosa durante varios días. Así que, por favor, complacednos, ya que, de cualquier modo, no tenemos otra cosa que hacer y estaremos aquí al fresco tan agradablemente, no como esas otras que pasan el tiempo jugando o paseando por el jardín”. Y Celso: “Sí, porque Selvaggia, cuando oye algo que no le parece bien o con lo que no está completamente de acuerdo, dice que yo critico a las mujeres, de quienes en realidad solo hablo para elogiarlas, y ella lo sabe por propia experiencia, aunque nunca me lo ha agradecido. Pero sabe Dios que el paso del tiempo oscurecerá su tersa piel”. Lampiada respondió entonces: “No dudéis, que ella no dirá nada. Os lo rogamos, hacednos este favor”.

Así que viéndolas tan interesadas, para ser fiel a su forma de ser, les habló de esa guisa que vosotros entenderéis al leer. Por eso, algunos días después, le pedí que me repitiera todo lo que allí se había dicho y lo plasmé en estas hojas lo mejor que supe y pude, aunque podáis pensar que faltan muchas de las cosas dichas tanto por las mujeres como por el propio Celso, quien tras intentar poner alguna excusa comenzó de la siguiente manera: “Jamás pude negarme a la petición honrada de una mujer y no voy a empezar ahora a hacerlo. Hablemos pues de la belleza con estas cuatro hermosas mujeres abiertamente. Lo primero que tenemos que ver es qué es la belleza en general, lo segundo la perfección, la utilidad –o mejor dicho el uso– de cada una de las partes del cuerpo en particular, de aquellas que normalmente se muestran. Ya que, como afirma Marco Tulio, la naturaleza dispuso con ocultas mañas que esas partes, mediante las cuales la belleza resulta más manifiesta, estuvieran situadas en lugares visibles de modo que cualquiera las pudiera contemplar; además, con implícita persuasión indujo a hombres y mujeres a llevar al descubierto las partes superiores del cuerpo mientras se cubrían las inferiores, por lo que esas, esencia de la belleza, tenían que

mostrarse y las otras no era tan necesario, porque son como el soporte de las superiores, es decir como la base”.

AMORORISCA: Entonces, ¿los predicadores tendrían razones para reprender a quienes con máscaras se cubren la cara donde, según vos, se encuentra la base misma de la belleza?

CELSO: Sí, y si solo reprendieran a los bellos, los cuales en verdad cometen un gran pecado al ocultar tanta hermosura... pero como también reprenden a los feos, quienes deberían llevar siempre una máscara, a mí no me parece que tengan razón; porque así podéis ser conscientes de cuánto desagrado comporta la fealdad, que el señor Alberto de Bardi, conde de Vernia, del que todos sabemos cómo piensa, dice que cuando ve a la señora Ciona en una fiesta con ese raso negro con el que va siempre el placer que le provocan todas las demás mujeres bellas no compensa el desagrado que le produce una sola fea.

AMORORISCA: Por lo tanto, ni en los pies ni en los brazos, ni en las partes del cuerpo que se cubren con la ropa, según vuestro discurso, se encuentra la belleza y, sin embargo, decimos que Bartolomea tiene bonitas piernas, Appollonia bonitos pies y la Gemmetta bonitas caderas.

CELSO: Aunque después de Platón se niega que la belleza resida en un solo miembro y se dice que esta se compone de la suma de los elementos<sup>82</sup>, como veremos más adelante, no obstante, cuando decimos que un solo miembro es bonito, nos referimos a este según su medida y lo es según lo que le corresponde y de lo que es capaz, por ejemplo, de un dedo se espera que sea fino y blanco, de ese dedo diremos que es hermoso, no de una belleza general como dicen estos filósofos, sino de una belleza única y particular. Sin embargo, en cuanto a la disposición de esta hermosura, con apariencia de divinidad, arrebatada la virtud visual ante su contemplación y a través de los ojos vincula la mente al deseo de esta, la cual comienza por el pecho y termina con toda la perfección del rostro; estas partes inferiores no aportan nada por sí mismas, aportan a la hermosura —o más bien belleza— de todo el cuerpo así cubiertas, ya sea con ropa o desnudas, aunque de hecho al cubrirlas primorosamente se las colma de

---

<sup>82</sup> El autor hace referencia al *Banquete*, obra en la que Platón se centra en la idea del amor y la búsqueda de la belleza.

gracia. Por lo tanto, hablaremos principalmente de la belleza de las partes al descubierto e incidentalmente de aquellas cubiertas; después veremos qué es beldad, qué quiere decir hermosura, qué es lo que entendemos por atractivo y qué por venustez y la importancia de tener aire o no tenerlo, a qué se refiere el vulgo cuando alude a la majestuosidad de las mujeres, aunque en cierta manera sea impropio. Luego, por qué la mente capta mejor mediante ejemplos la esencia de aquello que se discute, y por eso es que raramente, o más bien nunca, una sola mujer reúne todas las partes necesarias para una perfecta y consumada belleza. Y como dijo primero Homero y después aquel cartaginés<sup>83</sup> a Aníbal: “Los dioses no han concedido al mismo hombre todos sus dones, sino que a unos les han dado ingenio, a otros belleza, a muchos la fuerza, a unos pocos la gracia y a muy pocos todas las virtudes”. Así que os tomaremos a vosotras cuatro como ejemplo, como hizo Zeuxis<sup>84</sup> que cuando tuvo que retratar a la bella Helena a los crotoniatas eligió a las cinco jóvenes más elegantes y tomó la parte más bella de cada una para crear a su Helena que resultó tan bella que no se hablaba de otra cosa en toda Grecia. Por otra parte, el magnífico Gian Giorgio Trissino<sup>85</sup>, o quizás Luciano<sup>86</sup>, compuso su belleza a partir de las imágenes representadas en admirables estatuas por los más celebres escultores conocidos hasta ese momento que lo ayudaron a definir su estilo y modo de hacer. Del mismo modo, nosotros veremos si de cuatro mujeres podemos crear una bellísima. Así que procedamos a la definición de la belleza y a su verdadero y principal conocimiento.

Dice Cicerón en sus *Tusculanas*<sup>87</sup> que la belleza es una composición idónea de los miembros con una cierta delicadeza de

---

<sup>83</sup> Se trata de Maharbal, comandante al servicio de Aníbal, quien según Tito Livio (XXII, 51.4) las palabras que pronunció fueron las siguientes: “Los dioses no han concedido al mismo hombre todos sus dones. Sabes vencer, Aníbal, pero no sabes aprovecharte de la victoria”.

<sup>84</sup> Famoso pintor griego del siglo V a. C.

<sup>85</sup> Poeta humanista contemporáneo de Firenzuola quien también se dedicó al análisis de la belleza en su producción.

<sup>86</sup> Luciano de Samósata, escritor sirio para cuya producción hace uso de la lengua griega perteneciente a la corriente Segunda sofística.

<sup>87</sup> Las *Disputas tusculanas* es un tratado filosófico compuesto por cinco libros cuyo tema central es la búsqueda de la felicidad y la serenidad, fue publicado en el año 45 a. C.

color. Otros han dicho, entre ellos Aristóteles, que esta es una equilibrada proporción que resulta de la combinación de todos y cada uno de los miembros. El platónico Ficino<sup>88</sup> en su obra *Sobre el amor. Comentarios al banquete de Platón* en el segundo discurso dice que la belleza es un cierto don que nace de la concinidad de varios miembros; y usa el término concinidad porque dicho vocablo comporta un cierto orden y disposición del discurso en virtud del equilibrio y la elegancia de las palabras. Dante en su refección<sup>89</sup>, la cual comparada con *El Banquete* de Platón se queda en aperitivo, dice que la belleza es armonía. Nosotros, no por creernos mejor que ellos, sino porque, al estar hablando con mujeres, consideramos necesario explicar esto un poco mejor, no propiamente definiendo, sino más bien afirmando, digamos que la belleza no es otra cosa que una concordia ordenada, casi una armonía imperceptible resultante de la composición, unión y conjunción de varios miembros distintos entre sí y, en función de su propia naturaleza y necesidad, bien proporcionados y en cierto modo hermosos; los cuales, antes de unirse para conformar un cuerpo son diferentes y dispares. Uso concordia y casi armonía como sinónimos ya que del mismo modo que la concordia resultante del arte de la música, del agudo y del grave y del resto de tonos genera la belleza de la armonía vocal, un miembro grueso, uno fino, uno blanco, uno negro, uno recto, uno circunflejo, uno pequeño, uno grande, compuestos y unidos por la naturaleza, con una incomprensible proporción, dan lugar a esa grata unión, a ese decoro, a esa compostura que llamamos belleza. Uso imperceptible porque no podemos comprender la razón por la que esa barbilla blanca, esos labios rojos, esos ojos negros, esa cadera ancha, ese pie pequeño creen o, mejor dicho, provoquen o den lugar a esta belleza y, sin embargo, así es. Si una mujer fuera velluda, sería fea; si un caballo no tuviera pelo, sería deforme; al camello la joroba le da gracia, a la mujer desgracia. Esto no puede proceder de otra cosa

---

<sup>88</sup> Marsilio Ficino fue un filósofo humanista del siglo XV que promovió los estudios platónicos y formó parte desde sus inicios de la Academia Platónica florentina fundada en 1459 por Cosme de Médici.

<sup>89</sup> El autor se refiere irónicamente al *Convivio* de Dante comparándolo con el *Banquete* de Platón.

que no sea de un orden imperceptible de la naturaleza, donde, a mi juicio, no llega un ápice de ingenio humano. Pero el ojo a quien la naturaleza ha dado el papel de juez de esta causa, admitiendo que así sea, nos obliga irremediabilmente a aceptar su sentencia. Uso dispares porque (como se ha argumentado) la belleza es concordia y unión de cosas distintas, ya que, al igual que la mano del músico y el motivo que mueve la mano, el arco, la lira y las cuerdas son cosas distintas y dispares entre ellas y, sin embargo, producen la dulzura de la armonía, el rostro, que es distinto del pecho, y el pecho del cuello, y los brazos de las piernas, todos – dispuestos y unidos en una criatura nacida de la imperceptible intención de la naturaleza– producen forzosamente la belleza. Lo que dice Cicerón sobre la delicadeza del color me parece superfluo, dado que toda vez que los miembros por separado –los cuales darán lugar a la citada belleza– serán en sí mismos hermosos, estarán bien organizados y ordenados, compuestos y proporcionados en toda su perfección, estos inevitablemente esbatimentarán al cuerpo y lo impregnarán de esa delicadeza de color que es necesario para alcanzar la perfección de su verdadera belleza; porque así como en un cuerpo de humores equilibrados y compuesto de los elementos necesarios se encuentra lo saludable, y lo saludable produce un color vivo y encendido y muestra lo más intrínseco de su esencia de modo extrínseco, los perfectos miembros por separado –unidos en la creación del todo– transmitirán el color necesario para la perfecta unión y la armoniosa belleza de todo el cuerpo.

Plutarco<sup>90</sup> escribe que Alejandro Magno desprendía de su cuerpo una delicada fragancia que no atribuye a otra cosa que al buen equilibrio, es más perfecto, de los humores y de toda su complexión. Sea, pues, volviendo a nuestro propósito, que las mejillas han de ser cándidas; cándido es aquello que, junto con la blancura, tiene un cierto esplendor, como el marfil; y blanco es aquello que no resplandece, como la nieve. Si entonces las mejillas, para decir que son hermosas, han de ser cándidas y el pecho ha de ser solamente blanco, y siendo necesario para la

---

<sup>90</sup> Plutarco fue un historiador, biógrafo y filósofo moralista griego que vivió bajo el Imperio romano en el que ocupó diversos cargos administrativos. Entre su obra se encuentra *Vida de Alejandro*.

formación de la belleza universal que todos los miembros por separado sean perfectos, será indispensable que estos tengan el color oportuno, es decir el adecuado para su propia y particular belleza, o esencia; y, si lo tienen por separado, será necesario que lo conserven en la unión; y, si lo tienen, transmitirán inevitablemente esa delicadeza de color que tienen por necesidad, el cual no ha de ser exagerado ni en colores compuestos ni en uno solo, sino que ha de ser diverso en la diversidad según la variedad y la necesidad de los distintos miembros del cuerpo: el blanco de la mano, el cándido y bermejo de las mejillas, el negro de las pestañas, el rojo de los labios y el rubio del cabello. Esta es, pues, señoras mías, no la definición sino la declaración de las definiciones de la belleza.

LAMPIADA: Disculpadme si os disturbo con más preguntas, pero yo soy de esas que, admitiendo nuestra ignorancia, desearía saber más siempre y cuando nos brindarais la oportunidad. Cuando habláis de belleza en general ¿os referís a la del hombre, a la de la mujer o a ambas indistintamente?

CELSO: Un buen comienzo para empezar a aprender es admitir que no se sabe y desear saber. Sócrates, que fue considerado sabio por el oráculo de Delfos, no demostró, con tanto esfuerzo y tantos estudios, haber aprendido otra cosa que saber que no sabía nada; pero vos no lo hacéis por no saber, sino por natural modestia y preguntáis no por lo que yo os pueda enseñar –ya que sabéis más que yo– sino por estas otras, que al ser algo más jóvenes vienen a ser menos prácticas que vos. Por lo tanto, os digo, en respuesta a vuestra pregunta, que, si hubierais leído el discurso de Aristófanes, incluido en *El Banquete* de Platón<sup>91</sup>, no sería necesario que ahora os recordase este pasaje; y si además hubierais leído algunas de las magníficas estancias de monseñor Bembo compuestas en su juventud... que ya me gustaría hablaros de esto si no fuera porque es demasiado largo, pero ya lo haremos en otra ocasión.

LAMPIADA: Os lo ruego, contádnoslo ahora que el tiempo pasa y a saber si tendremos otra oportunidad.

---

<sup>91</sup> Aristófanes, comediógrafo griego y principal exponente del género griego, aparece como interlocutor en *El Banquete* de Platón junto con Sócrates y Agatón, con los que conversa de modo amistoso.

CELSE: Ya que así lo deseáis, os lo contaré lo más sucintamente que pueda, porque si os lo contara tal y como es nos llevaría toda la tarde. Cuando Júpiter creó a los primeros hombres y a las primeras mujeres los creó con el doble de miembros, es decir, con cuatro brazos, cuatro piernas y dos cabezas; por el hecho de tener el doble de miembros tenían el doble de fuerza y además podían ser de tres tipos: algunos eran hombres en ambas partes, algunas mujeres –que no fueron muchas– y el resto –que era la mayoría– eran una parte hombres y la otra mujeres. Lo que sucedió es que estos seres que eran hombres en ambas partes, fueron desagradecidos con los beneficios recibidos de Júpiter y llegaron a pensar incluso en arrebatarle el paraíso. Este, cuando se enteró, habiendo descartado cualquier admonición, pero sin querer destruir por completo al género humano temiendo que no hubiera después quien lo adorara o para asegurarse su estatus, decidió dividirlos a todos ellos justo por el medio y hacer dos de uno considerando que así dividiría también su fuerza y osadía. Y así sin más lo llevó a cabo y arregló la situación de tal manera que el resultado fue ser como somos en la actualidad. Mercurio fue el artífice y Esculapio el encargado de componer y reparar el pecho que sufrió más que las otras partes –que contigo, Selvaggia, hizo un buen trabajo– y de ajustar todas las demás partes que la división había deteriorado. Y así, como veis, cada uno resultó hombre o mujer, excepto unos pocos que huyeron y se dispersaron, de tal modo que ya no servían para nada y pasaron a ser llamados hermafroditas –que viene de Hermes, es decir Mercurio–; también huyeron aquellos que eran o descendían de los que eran hombres en ambas partes, quienes deseosos de regresar al estado inicial aún buscan su mitad, que era otro hombre y por eso aman y contemplan la belleza de uno y de otro: unos virtuosamente como Sócrates y Alcibíades, Aquiles y Patroclo o Niso y Euríalo<sup>92</sup>; otros impúdicamente, como algunos depravados, indignos de todo nombre o fama, mucho más que aquel que para obtener fama prendió fuego al templo efesio de la

---

<sup>92</sup> Se trata de ejemplos de relaciones entre personas del mismo sexo célebres en la Antigüedad clásica.



diosa<sup>93</sup>. Y todos estos, sean buenos o depravados, huyen mayormente de la compañía de mujeres, que sé bien que también vosotras conocéis a alguno de ellos. Las que eran mujeres, o descendían de aquellas que eran mujeres en ambas partes, aman la belleza de una y de otra: unas, de manera pura y santa, como la elegante Laudomia Forteguerri<sup>94</sup> o la ilustrísima Margarita de Parma<sup>95</sup>; otras, lascivamente, como Safo de Lesbos<sup>96</sup> en tiempos más antiguos o la gran meretriz Cecilia Veneziana<sup>97</sup> en la actualidad en Roma, quienes a causa de su naturaleza se niegan a tener marido y rehúyen cualquier conversación íntima con hombres. Estas son las que podemos pensar que se hacen monjas voluntariamente, que son las menos, porque en los monasterios la mayoría de ellas entran contra su voluntad y viven desesperadas. El tercer grupo, que eran hombres y mujeres y constituían la mayoría, es de quienes descendéis vosotras, que tenéis marido y los queréis, como Alceste, esposa del rey Admeto<sup>98</sup>, y otras que no dudarían en dar su vida por sus maridos y, finalmente, están aquellas que contemplan el rostro del hombre con deseo, aunque recatadamente y conforme a las santas leyes. Somos los hombres quienes o tenemos mujer o la buscamos; y, finalmente, están aquellos a quienes nada les gusta más que el hermoso rostro de cualquiera de vosotras, bellísimas mujeres, quienes para reunirse con su mitad o disfrutar de su belleza estarían dispuestos a correr

---

<sup>93</sup> Firenzuola se refiere a Eróstrato, un pastor de Éfeso que, según fuentes clásicas, incendió el templo de la diosa Artemisa, considerado una de las siete maravillas del mundo antiguo.

<sup>94</sup> Laudomia Forteguerri fue una poeta contemporánea de Firenzuola miembro de una poderosa familia de la República de Siena, a quien el escritor Alessandro Piccolomini dedicó algunas de sus obras como *Dialogo de la bella creanza de le donne*, más conocido como *Raffaella* (1539). Para más información sobre esta obra véase la edición crítica realizada por Moreno Lago (2024).

<sup>95</sup> Margarita de Parma fue una hija ilegítima del monarca Carlos I de España a quien Laudomia Forteguerri dedicó algunos sonetos (Moreno Lago, 2021: 306).

<sup>96</sup> Safo de Lesbos, poeta griega considerada en la actualidad un icono del amor libre, dedicó su producción al deseo que sentía tanto hacia mujeres como hacia hombres.

<sup>97</sup> El autor se refiere a Cicilia Venetiana, joven cortesana citada en el *Ragionamento dello Zoppino* atribuido a Pietro Aretino.

<sup>98</sup> Alceste, personaje de la mitología griega, sacrificó su vida para salvar a su marido, Admeto, rey de Feras

cualquier peligro, como Orfeo por su querida Eurídice<sup>99</sup>, o el noble romano Cayo Graco por su amada Cornelia<sup>100</sup>, o como haría yo mismo por aquella indómita<sup>101</sup>, quien no queriendo darse cuenta de que ella es mi mitad y yo la suya, me rehúye como si yo fuera algo extraño.

VERDESPINA: Tal y como yo lo veo, sois tan poco claro con este vuestro amor, que no sería extraño que esa a la que vos amáis y de la que decís que es vuestra mitad –ya que de mitades habláis– no lo supiera y por ello no os hiciera esos favores honrados que una dama debería hacerle a un caballero como vos, y además no hay persona en Prato que dude de vuestro amor; de hecho, hace unos días oí a alguien preguntarlo con insistencia y todos respondían que sí pero no sabían de quién. Y si pienso en las palabras que soléis usar –es decir “quien me tiene no lo sabe y quien lo sabe no me tiene”–, me reafirmo en lo que os decía: que aquella a la que amáis no lo sabe y a la que no amáis cree que sí, ya que vos lo hacéis de modo tan secreto que no está claro con quién fingís y a quién amáis sinceramente.

CELSO: Querida Verdespina, ¿tú te crees que yo soy tan pusilánime y dejado como para haber cerrado mi corazón a las flechas del amor? Sigo siendo hombre, sigo buscando a mi mitad, sigo intentando disfrutar de la belleza de esta, quien se ha puesto ante mí como el objeto más claro de mis ojos dichosos y el consuelo de mi intelecto, pero guardo silencio y calladamente lo disfruto. Ya que el objetivo de mi amor, casto y puro, ha echado raíces en un terreno cultivado por la virtud, se conforma con la

---

<sup>99</sup> La ninfa Eurídice, mujer de Orfeo, murió a causa de la mordedura de una serpiente y su marido descendió al inframundo donde se le exige superar una serie de pruebas para conseguir traerla de nuevo a la vida, Orfeo movido por su impaciencia fracasa en su empresa, aunque finalmente, cuando muere, se reúne de nuevo con su amada.

<sup>100</sup> Firenzuola confunde el nombre del marido de Cornelia (Tiberio Sempronio Graco) con el del hijo de ambos (Cayo Sempronio Graco). Cuenta la historia que Tiberio Sempronio tuvo que afrontar la difícil decisión de matar a una serpiente a sabiendas de que así moriría él mismo, pero de este modo salvaría a su amada (cf. Marchetti, 2008).

<sup>101</sup> En el original el autor utiliza el vocablo italiano *crudo* que en lenguaje poético es sinónimo de *selvaggio*, de este modo juega con los términos para referirse a su amada Selvaggia. En la traducción al español hemos optado por mantener el juego de palabras usando el adjetivo *indómito* en femenino.

mera contemplación de su amada, contemplación que no le puede ser arrebatada de modo alguno, porque lo que no es visible para el ojo humano lo es para el intelecto; de modo que, por más que mi amada esté oculta a mis sentidos, yo siempre la veo, siempre la contemplo, con ello disfruto y en ello me deleito. Y cuando me lamento por ella, hablo por hablar, porque en realidad no tengo ninguna razón para quejarme, porque no deseo nada de ella que no pueda tener, aunque ella no quiera, y quizás llegará un momento en el que la que me tenga –o no me tenga– lo sabrá. Volvamos ahora a los hombres demediados y a las mujeres divididas, de lo cual nos hemos desviado un poco. Digamos que de los primeros no hace falta hablar ni tampoco de las segundas ya que, o contemplan la belleza de su propia especie de modo divino o virtuoso, o de modo depravado o por vicio; y de los primeros no podemos hablar porque nuestro limitado intelecto terrenal no nos capacita para hablar de cosas divinas y, del mismo modo, líbrenos Dios de hablar de los viciosos y depravados ante castas y virtuosas mujeres como sois vosotras. Por lo tanto, no nos queda otra cosa de la que hablar que de vosotras y de nosotros, es decir, de los hombres que desean a las mujeres y de las mujeres que desean a los hombres, pero de modo amable, puro, iluminados e incitados por la virtud, como ya hemos dicho. Aunque parece que a Selvaggia le provoca risa.

SELVAGGIA: Yo no me río, de hecho, espero a ver dónde queréis llegar.

CELSO: A lo que quiero llegar con esto es a que cada uno de nosotros desee por instinto y apetito innato conectar y reencontrarse con su mitad para volver a formar un solo ser completo, donde es inevitable que ella parezca bella, y pareciendo bella, es indispensable que la amemos –porque el verdadero amor, según afirma la escuela platónica, no es otra cosa que el deseo de belleza–, y amándola es necesario que la busquemos y buscándola que la encontremos. ¿Quién podrá esconder nada a los ojos de un verdadero enamorado? Encontrándola, es necesario que la contemplemos, contemplándola lo es que la disfrutemos y disfrutándola que sintamos un incomprensible deleite, ya que el deleite es el fin último de toda acción humana, de hecho, es el bien supremo que tanto han buscado los filósofos, el cual, a mi juicio, si hablamos de cosas terrenales, no se encuentra en otro

sitio que no sea aquí. De ahí que no parezca un gran acontecimiento que una dama y un valeroso caballero enardecido por amor –que es la luz de nuestros ojos y nuestro intelecto y nos muestra nuestra mitad– se esfuerce y se exponga a cualquier peligro para encontrarse a sí mismo en los otros y a los otros en sí mismo. Por tanto, en conclusión, para no teneros más en ascuas, hay que decir que a la mujer le conviene contemplar la belleza del hombre y al hombre la de la mujer y, por ello, cuando hablamos de la belleza en general, nos referimos a la vuestra y a la nuestra; sin embargo, visto que en vosotras reside una belleza más delicada y particular, se manifiesta y valora más, de modo que la vuestra es una complexión más elegante y fina que la nuestra y, como opinan muchos sabios con razón, hecha por la naturaleza de manera tan hermosa, tan suave, tan dulce, tan amable, tan deseable, tan admirable y tan placentera que es reposo y reparo, es más, un puerto, una meta y un refugio para toda fatiga humana. Por ello, dejando de lado cualquier discusión sobre la belleza masculina, toda mi argumentación, discurso y pensamiento estarán centrados en la belleza femenina y quien quiera criticarme que lo haga, que yo afirmo, no por mi propia mente, sino por la opinión no solo de los sabios naturales, sino también de algunos teólogos, que vuestra belleza es una muestra de las cosas celestiales, una imagen y un simulacro de las bondades del paraíso. ¿Cómo podría un hombre terrenal albergar la idea de que nuestra dicha resida en la contemplación única de la omnipotente esencia de Dios y en el goce de su visión divina –que podría ser una dicha perpetua, sin caer en el hastío–, si no advirtiera que la contemplación de la belleza de una mujer hermosa, el disfrute de su gracia, beberse con los ojos su graciosa beldad es un deleite incomprensible, una dicha inenarrable, una dulzura que, cuando termina, quisiera volver a comenzar, una satisfacción que le hace a uno olvidar todo y dejarse llevar? Y, sin embargo, mis queridos vecinos de Prato, si yo en ocasiones miro a vuestras mujeres con demasiada atención, no os lo toméis mal. ¿Sabéis lo que le decía Petrarca a su Laura?: “Si no fueras tan bella, yo no sería tan atrevido”<sup>102</sup>. ¿Creéis que por mirarlas os las voy a arrebatar? No

---

<sup>102</sup> Este verso, según Delmo Maestri (2013) no pertenece a Petrarca y podría ser una invención de Firenzuola.

temáis, que no les causaré daño alguno, que lo hago solo para conocer las bondades del paraíso, mi conducta no es tal como para no desear ir algún día al paraíso y para no llegar allí arriba y parecer un labriego que va por primera vez a la ciudad y no tener que aprender a contemplar las bellezas, voy practicando desde ya con estos hermosos rostros de la mejor manera posible. Y si alguien me quiere criticar por esto, que lo haga, que yo se lo perdono, que bastante venganza considero el hecho de ser criticado sin razón; que bien sé que a quien algo le reconcome por dentro, no puede ocultarlo. Ahora ved dónde he ido a parar fruto de esta justa indignación.

AMORORISCA: Tranquilo, Celso, mi señor. Puede darse que en un corazón gentil quepa la justa indignación, pero dejarse llevar por ello exageradamente tampoco es correcto.

CELSE: Ciertamente la indignación es grande, sobre todo pensando en el autor, que sin razón aparente se ha afligido, aunque la causa sois vosotras, las mujeres, ya que, por hablar de vosotras de buen grado, alabaros, defenderos de las habladurías de estos necios –quienes desean ser vuestros amantes hablando mal de vosotras–, escribir sobre vosotras distinguidamente y erigirme como vuestro defensor, cargan contra mí y me critican. Mas que digan de mí lo que quieran, señoras mías, pues yo quiero miraros, amaros, hablar de vosotras, escribir sobre vosotras, servirlos y adorarlos y demostrarlos, queridas mías, que lo que os he prometido con palabras lo cumpliré con hechos. Digo que, del razonamiento anterior, que concluye que somos cada uno la mitad de otro, se desprende un sólido argumento: que vosotras, las mujeres, sois tan nobles como nosotros, los hombres, tan sabias, tan aptas para prácticas intelectuales, morales y reflexivas, tan aptas para acciones y conocimientos mecánicos como los hombres y, del mismo modo, gozamos de igual capacidad y dotes. Por eso, cuando el todo se divide en dos partes iguales ambas son igualmente necesarias, igualmente buenas, igualmente hermosas. Así, con este argumento y con esta conclusión, afirmaré sin temor ante estos enemigos vuestros y míos –quienes en vuestra presencia callan y a vuestras espaldas os critican– que sois en todo y para todo igual que nosotros, aunque a veces en la práctica no sea tan evidente en lo que se refiere a las tareas domésticas y a los cuidados familiares, de los cuales –por modestia– os encargáis. Y

por lo mismo, observamos que entre el filósofo y el artesano o entre el doctor y el comerciante hay una gran diferencia en cuanto a las tareas intelectuales, pero no es momento de reflexionar sobre esto que ya nos hemos extendido demasiado en el tema. Pero permitidme que os advierta de algo, si alguien os dijera que eso de dividir es un cuento para dormir, deberíais responder que lo dijo Platón y que es una fábula que contó un sabio filósofo<sup>103</sup> en una de las veladas de Platón. Si son hombres inteligentes, se convencerán; si son ignorantes, por fuerza serán malos y no debéis tomarlos en cuenta porque en el alma malvada no hay espacio para la sabiduría. Decir que es una fábula de Platón indica que está llena de misterios sublimes y divinos y que significa lo que ya os he dicho, esto es, que somos una misma cosa de igual perfección y que vosotras debéis buscarnos y amarnos y nosotros debemos buscaros y amaros; que vosotras no sois nada sin nosotros al igual que nosotros no lo somos sin vosotras; en vosotras reside nuestra perfección, en nosotros la vuestra; prescindiendo de muchos otros valiosos misterios de los que no corresponde hablar ahora. Que no se os olvide decirles que son palabras de Platón, grabáoslo bien en vuestra mente.

Puesto que os he demostrado todo lo que he podido qué es la belleza en general, solo queda, según lo prometido, que os muestre la de los miembros por separado y su perfección, los cuales, como ya dijimos anteriormente, Dios dispuso en maravilloso orden preservando el conjunto, de modo que se complementen unos a otros y aprovechen las virtudes de cada uno. Pero antes creo conveniente hablar de la estatura, es decir, de la forma de toda la persona en su conjunto, que Dios creó de la mejor forma posible; puesto que lo hizo como su fin y para albergar supremas armonías la orientó y alzó hacia el cielo, existiendo ya la de los otros animales –que habían sido formados para comodidad del hombre o para la belleza y ornamentación del universo– inclinada hacia la tierra de modo que sus ojos miraran hacia esta como su fin y con las extremidades delanteras siempre sobre el suelo caminaran a cuatro patas. A la estatura del hombre le dio, sin embargo, la capacidad de estar erguido, dirigir los ojos al cielo y tenerlos

---

<sup>103</sup> Se refiere a la intervención de Aristófanes en *El Banquete* de Platón (véase nota 91).

siempre fijos hacia el encanto de las bellezas supremas, las cuales al salir de esa prisión han de ser por gracia de Dios recompensa, reparo y descanso de toda fatiga humana. El hombre, como ya hemos dicho, mientras realiza este viaje terrenal, en ocasiones se recrea y descansa, se reconforta y consuela, queridas mías, en vuestra dulce belleza, como lo hace un peregrino en el albergue hasta que llega a la meta deseada.

La estatura, es decir, la forma del hombre se reduce a un cuadrado, ya que este es tan largo extendiendo los brazos en cruz desde el extremo del dedo corazón de una mano al dedo corazón de la otra como desde las plantas de los pies a la parte superior de la cabeza, que vulgarmente se llama coronilla. Dicha figura debería tener una altura equivalente a nueve cabezas, es decir nueve veces desde la parte inferior de la barbilla hasta la parte superior de la cabeza. Algunos la han reducido a un círculo perfecto, trazando desde los genitales –entendiendo que el ombligo es el centro de nuestra figura– las líneas de la circunferencia

LAMPIADA: Movámonos un poco hacia aquí, que lo podréis dibujar mejor ya que está más liso y limpio. Ya que lo vais a hacer, dibujadnos también la cuadratura de la figura, es decir de la anchura y de la longitud.

CELSO: Aquí la tenéis.



SELVAGGIA: Enseñadnos también el dibujo de la forma de la persona en el círculo, ya que lo habéis hecho tan bien.

*Celso*: Aquí lo tenéis, porque a ti no se te puede negar nada. Mirad las líneas que partiendo también desde el ombligo forman el círculo del que hemos hablado.



Vayamos ahora a la cabeza, que os dibujaré lo mejor que pueda teniendo en cuenta que esta no es mi profesión, aunque esta no disgustaría a las mentes más entendidas, de hecho, lo verían como un gran ornamento, ya que la pintura fue incluida por los griegos entre las artes liberales.



Ved, por tanto, que para medir perfectamente la altura de la cabeza (y notad que yo llamo cabeza a todo aquello que se encuentra desde el final del cuello hasta arriba), se debe trazar una línea recta que llega hasta otra línea recta, que sale de la parte inferior de la barbilla y que llega hasta otra línea, que viene de la parte superior de la cabeza; la longitud de esta línea multiplicada por nueve constituirá la estatura del hombre convenientemente formado y bien proporcionado tanto en altura como en anchura. Y esto que decimos del hombre se aplica también a la mujer, en esta y en cualquier otra medida. No obstante, ha habido muchos hombres doctos y valientes que han dejado escrito que las



mujeres, normalmente, no superan las siete cabezas, otros que para que tengan una medida proporcionada, estas no deben superar las siete cabezas y media, en lo cual influye el uso común de la naturaleza, y así veis que desde la cabeza se toma la medida de toda persona y de la medida de la persona se toma la de la cabeza. Por esto, un cuerpo de estatura adecuada, especialmente el de la mujer, no debería superar siete palmos y medio, de nueve dedos cada palmo, pero que sean el palmo y los dedos de una mano bien proporcionada. De cualquier modo, la cabeza adecuada y bien proporcionada tendrá que ser de siete dedos y medio. Y visto que hemos empezado a dibujar, os quiero enseñar cómo resuelven los pintores la perfección del perfil de un triángulo, pero tened en cuenta que a poquísimas mujeres les favorece el perfil y uno de los más perfectos que hasta ahora creo haber visto en Prato es el de la joven doncella que vive en el Canto alle Tre Gore y la de Mercatale<sup>104</sup> que tiene un hermoso rostro y un cierto aire agradable que gustaba tanto en la comedia de los Villani que todo Prato con razón la consideró hermosísima, sin embargo tiene un perfil imperfecto ya que la medida del rostro no es proporcionada, algo de lo que muy pocos se darán cuenta porque, como dice el proverbio “cada uno en su arte”, y en definitiva ella goza de un gracioso aire juvenil. Aquí podéis ver el dibujo del triángulo



Estos pintores desde el ángulo trazan una línea recta de la misma longitud que las líneas que forman el triángulo y, desde el

---

<sup>104</sup> Se refiere respectivamente a una calle y a una plaza de Prato que siguen existiendo en la actualidad.

extremo de dicha línea, hacia arriba se diseña la nariz y de aquí a un dedo y medio desde el ángulo, o un poco más, sobre esa línea se coloca la oreja, dejando por debajo de esa línea un extremo que, a modo de rubí, cierra decididamente la parte inferior de la oreja. Trazan desde el ángulo superior otra línea recta de la misma medida que la del medio, desde la cual descienden hacia la línea triangular y dibujan una línea en forma de arco, la cual suavemente se inclina hacia el puente de la nariz, que tiene que estar entre los extremos interiores de los ojos. Esta línea curva desciende desde arriba hacia la frente y desde la frente hacia el extremo de la nariz en esa especie de valle que se encuentra entre los límites de una ceja y otra. Desde el ángulo inferior se traza una línea recta que termina en línea recta bajo la oreja, y desde lo que constituye la cuarta parte de la imagen, donde verás el carácter V, sale una línea casi semicircular –que termina un poco por encima del ángulo que tiene esta forma 7– de la que uno de sus extremos llega a la barbilla y el otro toca el comienzo del cuello. Y así se ve que la barbilla puede tener un poco de papada –como tiene la prima de Amelia, lo cual le añade cierta gracia a su hermoso rostro– y tiene que haber la misma distancia desde la barbilla hasta el labio superior que desde el puente de la nariz hasta el nacimiento del pelo, es decir la parte superior de la frente; de igual modo, tiene que haber la misma distancia desde el labio superior al puente de la nariz que desde el extremo exterior de cada uno de los ojos hasta la nariz; y la nariz tiene que ser tan ancha en su base como larga y tan ancha tiene que ser la cavidad del ojo desde la parte situada debajo de la ceja hasta la parte inferior de la mejilla como la que une la nariz con la parte delantera de la oreja.

Hay muchas otras medidas que ahora no son tan importantes, de las que la naturaleza se preocupa poco, que dejaremos a los pintores, quienes con una pincelada aquí o allí pueden alargar o acortar como les parezca.

AMORORISCA: ¡Ay de mí! Me habéis abrumado con tantas medidas. Así que, cuando nosotras hacemos niños o niñas, necesitaríamos una cuerda o un compás. Os diré la verdad, si hasta ahora me creía bella, que muchas veces así me lo han confirmado, y mirándome en el espejo alguna vez (lo confieso) me lo he creído, es más, me ha parecido que ciertamente era

verdad, de ahora en adelante pensaré que soy algo deforme. Ay, señor, no creo que tenga ninguna de estas medidas, así que será mejor que me esconda.

CELSO: Bueno, tampoco es menester que te ocultes, ya que, si bien no contáis con todas las medidas y proporciones descritas para la auténtica y verdadera belleza –que en realidad son muchas–, tenéis las suficientes para ser considerada más que hermosa. Y aunque del conjunto de vuestros miembros no nace esa perfecta armonía, basta que la tengáis, con tanta gracia y hermosura, para no tener que esconderos, sino mostraros más de lo que hacéis; y esos hermosos niños y esas elegantes niñas –en los que dejaréis toda vuestra semblanza– darán fe de ello a todos aquellos que no habrán llegado a tiempo de admiraros.

AMORORISCA: O sea, en aquellas partes en las que la naturaleza haya fallado, vos lo suplís con abundantes palabras, así que yo puedo volver a mi primer pensamiento. Pero no perdamos el tiempo con estas charlas, seguid con vuestro razonamiento, por favor.

## DE LOS OJOS

CELSO: Ya que así lo queréis, así se hará. Volvamos por lo tanto a los rasgos particulares del rostro y después pasaremos a las otras partes poco a poco, comenzando por los ojos, en los que reside el más noble y perfecto de todos los sentidos y a través de los cuales nuestro intelecto capta, a modo de ventanas de cristal transparente, todas las cosas visibles; además por estos se manifiestan más los espíritus que por otros sentidos, por lo que debemos pensar que la naturaleza los hizo con gran maestría y, como exploradores del universo, los colocó en la parte más alta del cuerpo para que desde esta posición pudieran llevar a cabo adecuadamente su función. Los hizo redondos para que, con esa forma, la más idónea, la vista pudiera abarcar más ampliamente los objetos que se le presentaban, y en esta forma la naturaleza vio también otra ventaja, ya que, gracias a esta forma esférica, que no está limitada por ningún tipo de ángulo, los ojos pueden mirar en todas las direcciones y volverse más fácilmente que cualquier otra forma hacia donde les plazca. A esta versatilidad contribuyó también esa pura sustancia acuosa que hace que los ojos estén siempre humedecidos y ya sabéis que en lo húmedo

nace lo lúbrico y que sobre lo lúbrico todas las cosas se deslizan y se mueven mucho más fácilmente. En medio de estos dispuso, como dos chispas de fuego, las pupilas, por medio de las cuales la virtud visiva que aquí mismo se sitúa, atrapa los objetos que aparecen ante ellas. No se discute si es el ojo el que busca el objeto o el objeto el que busca el ojo, ya que no es relevante en este momento. Por esta redondez, entonces, volviéndose hacia la propia mente, a veces surge la necesidad de mostrar los secretos pensamientos del corazón en los que a menudo se lee lo que en el corazón está escrito. Ambos ojos conforman la vista de modo que, sin estorbarse el uno al otro, pueden mirar un mismo objeto al mismo tiempo y cuando el ojo derecho ve una cosa el izquierdo no ve otra. Y para que estos estuvieran protegidos y defendidos de todo peligro o de lo que podía caer por la frente, como el sudor y otras cosas, se les guarneció con los pelos de las

### DE LAS PESTAÑAS

pestañas, como dos trincheras capaces de detener cualquier ataque; se les cubrió con dos párpados móviles, que se pudieran abrir y cerrar fácilmente, y fueron protegidos por estos mismos pelos que impidieran que entrara cualquier cosa de forma involuntaria. El continuo movimiento de los párpados, que bajan y suben con increíble celeridad, no solo no entorpece la virtud visiva, sino que la facilita y le confiere descanso, y en su fatiga, cerrándolos en plácido sueño, nos los ocultan, con gran quietud y maravillosa dulzura, de todos los demás miembros. La agudeza de la vista, como dispuesta en un pergamino transparente, reposa y conserva su claridad, gracias al humor antes mencionado, como demuestra la experiencia, ya sabéis que en cuanto un ojo, por cualquier razón, se seca, inmediatamente pierde la virtud visiva.

### DE LA NARIZ

Entre los extremos internos de las pestañas se eleva la nariz, la cual termina sobre la boca, en ese espacio que hemos dibujado antes, y en esa elevación parece que establezca un límite entre un ojo y otro a modo de bastión.

## DE LAS MEJILLAS

Y las mejillas, una a cada lado, con esa sutil prominencia, parecen erigirse asimismo en defensa de los propios ojos. Pero volviendo a la nariz, digamos que la parte de arriba está compuesta de materia sólida y la inferior de una especie de cartílago tan blando y flexible que parece que pueda ser fácilmente moldeada y conservada limpia y, en caso de ser golpeada (lo cual no es difícil ya que sobresale sobre el resto de la cara) no sufra tanto asimilando el golpe. La nariz, aunque parezca de poca importancia, tiene a su cargo tres tareas necesarias: respirar, oler y purgar el cerebro a través de las fosas. Tales tareas, tan útiles e importantes, se las encomendó el Supremo Hacedor a esta parte de manera que pareciese creada más para embellecer y adornar el rostro que para las funciones apenas mencionadas.

## DE LA BOCA

Bajo la nariz se sitúa la boca, con dos funciones: la de hablar y la de mandar los alimentos al lugar adecuado; a la cual, con una abertura horizontal, la naturaleza la adornó con esos dos labios como finos corales, a semejanza de los bordes de una hermosa fuente, que los antiguos consagraron a la bella Venus ya que estos son el punto de encuentro de los tiernos besos a través de los que las almas se intercambian de un cuerpo al otro. Por eso, cuando, llenos de extrema dulzura, los contemplamos atentamente, nos parece que nuestra alma estuviera a punto de abandonarnos, deseosa de ir a descansar sobre ellos.

## DE LOS DIENTES

Del paladar y de la lengua no es necesario hablar, porque no podemos verlos. Sin embargo, hablaremos de los dientes, que, además de la función de triturar la comida, hacen en la boca la primera digestión y ayudan a que el alimento pase al estómago con mayor facilidad, otorgan tanta belleza, tanto encanto y tanta gracia a un hermoso rostro que sin ellos no parece que la boca pudiera gozar de tanto atractivo.

## DE LA SONRISA

Pero, es más, si los dientes no son hermosos, tampoco puede serlo la sonrisa, la cual, bien empleada, a tiempo y con modestia, hace de la boca un paraíso, además de ser una dulce mensajera de la tranquilidad y del reposo del corazón; por ello los sabios afirman que la sonrisa no es más que el reflejo de la serenidad del alma. De este modo conviene a la noble y gentil mujer (si creemos lo que dice Platón en su *República*, que yo efectivamente me lo creo), para muestra de su alegría, reír con modestia, rigor, honestidad, discreción y más rara que frecuentemente, tal y como hace la cuñada de Selvaggia<sup>105</sup>, con la que hace un momento dialogaba.

VERDESPINA: Y, sin embargo, vuestra comadre, que reía a menudo, era alabada por esa risa tanto como por cualquier otro de sus encantos –y tenía muchos– que la situaron como la más bella entre las más bellas de Prato.

CELSO: Mi comadre tenía tanto encanto que, si siempre hubiera estado sonriendo, hubiera gustado siempre a todo el mundo (algo que nunca sucede). Tu Amaretta<sup>106</sup>, que cuando sonrío está más bella, aunque sonriera más a menudo no gustaría tanto, y eso que tiene unos dientes muy bonitos. Pero estos son ciertos encantos que rara vez el Cielo manda aquí abajo y les tocan a pocas personas. De modo que la sonrisa no debe ser continua ya que en exceso es señal de demasiada alegría y este exceso no es propio de una persona prudente. Ahora bien, siendo consciente la naturaleza del encanto y la gracia que les daría a los dientes enmarcar sus raíces en un friso, los dividió manteniendo una mínima y proporcionada separación entre ellos y con las encías, como si fueran un lazo, los unió. Así que, manteniendo esa separación proporcionada los separó de modo que, además de su función, proporcionaran ese deleite del que, tanto vosotras como yo, hemos disfrutado muchas veces, y lo seguiremos haciendo, siempre que Amorriscas tenga a bien mostrarnos los suyos.

SELVAGGIA: Venga, mujer, no los escondáis, que en días festivos se muestra y no se oculta lo que es sagrado.

---

<sup>105</sup> Se refiere a Amorriscas.

<sup>106</sup> Véase nota 57.

AMORORISCA: Os mofáis de mí. Ya sabes cómo es Selvaggia, siempre tiene algo que decir, pero continuad, Celso, por favor.

### DE LA BARBILLA

CELSE: Desde las mejillas, con un delicado trazo, comienza la barbilla, la cual termina en dos montículos que se unen en el medio creando un pequeño hoyuelo, como el de Appollonia, de la que hablabas el otro día, cuando se presentó especialmente hermosa la mañana del Corpus en la iglesia de San Domenico. Si queréis saber mi opinión, Appollonia me parece una hermosa y encantadora muchacha como pocas hay en el mundo entero, una joya de mujer atrapada en un matrimonio desdichado, que Dios la proteja.

### DE LAS OREJAS

En la parte más eminente del cuerpo se sitúan las orejas para que puedan captar más fácilmente los sonidos que llegan por el aire y se muestran al descubierto para poder recibirlos mejor. Tienen esos recovecos para retener los sonidos de modo que, por la tortuosidad que las caracteriza, estos no puedan retroceder. Además, están hechas a semejanza de ese pequeño objeto que llamáis embudo, el cual, recoge y dirige los líquidos a través de un pequeño canal que los trasvasa a otro recipiente para evitar que se derramen. Así pues, los oídos captan los sonidos dispersos, a través de un pequeño canal los trasvasa al gran recipiente que es el intelecto, que custodia la memoria, situada en el occipucio, comúnmente conocido como nuca. Las orejas no están hechas de una piel blanda, ni son lánguidas o caídas como las de otros muchos animales, que ya supondréis que de ser así serían completamente deformes. No fueron creadas con huesos sólidos y resistentes, porque de ese modo habría dificultado la función del oído, además esa dureza y rigidez de los huesos habría impedido el reposo de todo el cuerpo al no poder apoyar la cabeza durante la quietud del sueño o durante el descanso tan necesario para reponer fuerzas. Por lo tanto, fueron ideadas con una materia lo suficientemente blanda pero que no fuera lánguida, que no impidiera el reposo y que fuera apta para captar los sonidos. Dejando a un lado su función, hablemos ahora de la belleza de

esta parte del cuerpo: fijaos en ese semicírculo o borde rojizo que termina en una especie de punta con forma de rubí, como ya hemos dicho. ¡Qué bonito! ¡Qué hermoso! ¡Qué bello! Y si, como es costumbre en muchas partes de Italia, se le añade una joya preciosa, no solo la oreja no pierde encanto, sino que lo gana. El orificio a través del cual pasa el sonido goza de una cierta torsión y sinuosidad en forma de tornillo, como ya hemos dicho, lo cual representa una dificultad para la entrada del sonido que lo ralentiza, este hecho concede al sentido del oído el tiempo necesario para que este pueda transferirlo al sentido común. Además, esta forma impide la entrada de insectos, pero en el caso de que alguno consiguiera introducirse encontraría una sustancia viscosa que lo detendría para que no pudiera llegar al fondo e impediría al oído realizar su función. Esas vías sinuosas como cavidades cavernosas permiten también que el sonido crezca en el interior del oído, como lo hace en la curvatura de un cuerno, de una caracola o de una trompa y como se hace en las cavernas, en las cuevas y en los profundos valles del campo donde los sonidos retumban y resuenan.

### DE LA GARGANTA

Luego sigue la garganta, creada con gran encanto para inclinarse y girar a cada lado, así como para cubrir y proteger los canales vitales que sirven para respirar y mandar el alimento triturado al estómago, y de la cual nacen los hombros.

### DE LOS BRAZOS Y MANOS

Desde los hombros se extienden los brazos con la articulación de los codos y con la admirable y necesaria función de las manos que albergan el sentido del tacto; estas, con la concavidad de la palma y la flexibilidad de los dedos son aptas para coger y agarrar todo lo que les plazca, por ello es difícil determinar si es más importante su utilidad o su belleza.



## DEL PECHO

La amplitud del pecho confiere gran majestuosidad a toda la persona, ahí se encuentran los senos como dos colinas llenas de nieve y rosas con esas dos coronas de fino rubí en la cima, como la boca de un hermoso y útil jarrón, que, además de proporcionar el alimento a los pequeños recién nacidos, da un cierto esplendor de tanta belleza que nos obliga a detener los ojos sobre estos aún sin querer, de hecho con gran deleite; tal y como lo hago yo que, admirando el blanquísimo pecho de una de vosotras... ¡anda, no lo ocultéis! volved a ponerlos la prenda como estaba o no seguiré hablando.

LAMPIADA: Venga, Selvaggia, quítatelo, que estamos cansados. ¡Oh! Muy bien, has hecho bien en quitarlo del cuello. ¿Ves? Así se hace. Ahora sí, Celso, continuad, que las reliquias están al descubierto.

## DE LA PIERNA

CELSE: Del resto de las partes del cuerpo hasta la pierna, ya que van siempre cubiertas –y como ya hemos dicho que no aportan nada a nuestra belleza sino en su conjunto– me parece justo no hablar. Hablaremos entonces solo de la pierna, cuyo movimiento nos permite ir de un lugar a otro con la flexión de las rodillas, con los tendones que van desde las caderas hasta los talones unidos a la base de toda la persona

## DEL PIE

que es el pie, al cual, por ser el principio y la base del resto de partes del cuerpo, hay que tenerlo en consideración y tiene una gran importancia en la belleza general. Porque cada vez que la vista está cansada o se torna en asombro y sorpresa por la excelsa e incomprensible dulzura que ha percibido al contemplar los ojos, las mejillas, la boca y las otras partes del cuerpo, se reduce su capacidad visual y parece que los ojos miren hacia abajo como con miedo y se detengan sobre el pie, como lo hace la cabeza sobre la almohada cuando uno está cansado. Así que, queridas mías, no tengáis reparo a la hora de mostrarlo de vez en cuando,

aprended de las romanas que le dan los mismos cuidados que al rostro. Pero basta de hablar de la belleza, función, utilidad, causa, habilidad y proporción de todos las partes del cuerpo en general, que cuando lleguemos la composición de la figura de una mujer bella, poniéndoos a vosotras como ejemplo, hablaremos más claramente.

VERDESPINA: Si Diambra, que cuando no se considera bella por una cosa se considera bellísima por otra y sobre todo se cree una nueva Helena por la claridad de sus cabellos, escuchara vuestros razonamientos, estoy segura de que se molestaría, porque ella suele decir que por muy bella que sea una mujer, si no tiene un cabello bonito, su belleza queda despojada de todo encanto y esplendor, y vos no habéis hecho mención alguna a esta parte del cuerpo.

## DEL CABELLO

CELSE: Tiene toda la razón y has hecho bien en recordármelo pues yo me había olvidado del cabello, si bien es cierto que tampoco es que vosotras lo tengáis demasiado en cuenta, de hecho, se lo cubrís a las novias el día de la boda y tampoco es que se os oiga mucho hablar sobre este, lo cual no es bueno porque el cabello es un magnífico adorno de la belleza y ha sido creado por la naturaleza para la evaporación de las cosas superfluas del cerebro y de las otras partes de la cabeza; pues aunque sea muy fino es poroso para poder desprender esa superfluidad. De su particular belleza y de lo que dijo Apuleyo en la descripción de Fotis<sup>107</sup> hablaré cuando me refiera a la figura de la mujer que vamos a representar.

Ahora, una vez que hemos razonado suficientemente sobre la belleza, nos queda, como os había prometido, hablar de qué es la hermosura.

---

<sup>107</sup> Apuleyo describe la belleza de la sirvienta Fotis en el segundo capítulo del libro II de *El asno de oro*.

## DE LA HERMOSURA

La hermosura no es otra cosa que, como algunos señalan y se desprende de la fuerza del término, la observancia de una ley tácita, dada y promulgada por la naturaleza en favor de las mujeres, para mover y utilizar tanto el cuerpo en su conjunto como cada una de sus partes, con gracia, modestia, amabilidad, equilibrio o garbo, de modo que ningún movimiento o acción se lleve a cabo sin reglas, sin motivo, sin medida o sin intención. Esta tácita ley establecida, articulada, regulada, conveniente no está escrita más que en el juicio innato que ni sabe ni puede dar cuenta de ello, no es más que así lo quiere la naturaleza y lo ha querido tácitamente. Dicha ley, dado que ni los libros la enseñan ni la costumbre la muestra, no es observada habitualmente por las mujeres bellas, es más se ve cada día a tantas, desgarradas o melindrosas, que resulta hasta molesto. Luego está Lucrecia, que está allí por San Domenico y es una fiel observadora de esta ley y tiene todo lo que se necesita para la hermosura, por ello gusta a todos y aunque a sus rasgos les falte algo, de acuerdo con las indicaciones de estos rigurosos creadores cuando ella ríe, gusta; cuando habla, deleita; si calla, colma a los demás de admiración; si camina, tiene encanto; si se sienta, tiene gracia; si canta, demuestra dulzura; si baila, Venus la acompaña; si razona, la acompañan las musas. En definitiva, todo en ella y de ella es maravilloso.

LAMPIADA: No os hacéis una idea de cuánto me gusta esta joven, no solo por su buen carácter, como ya sabéis, sino porque también me parece hermosa, así que, querido mío, compartimos la misma opinión.

CELSE: Claro que gusta. ¿Pero sabéis quién me ha parecido siempre una joven hermosa llena de tanto encanto y belleza que si tuviera que pintar a una Venus la retrataría a ella? Y no penséis que digo esto por su inteligencia o su buen hacer, porque hoy no voy a hablar de la belleza del alma, sino que lo digo por la belleza del cuerpo.

SELVAGGIA: ¿De quién habláis? Que Dios te libre de todo mal...

CELSE: Que Dios me libre entonces de tus miradas inquisitorias, que Quadrabianca Buonvisa me parece una joven hermosa y atractiva y creo que tiene un gran encanto.

SELVAGGIA: Gracias que a pocos brinda el largo cielo<sup>108</sup> y realmente vos decís la verdad.

CELSE: Sí, pero tú estás entre esos pocos, aunque la gracia es otra cosa de la que os quería hablar.

## DE LA GRACIA

Ahora bien, hablo de esa gracia, de la que es parte de la belleza, no de las que son siervas de Venus quienes, místicamente hablando, no son más que una recompensa que dan las personas agradecidas a cambio de los beneficios recibidos. Y es que, en las acciones venéreas y en los tratos amorosos, son muchos los beneficios que los amantes mutuamente se intercambian y se dan durante todo el día; las Gracias fueron enviadas para servir a la bella Venus. Dejando a un lado a las otras dos, vamos a hablar de Aglaya, que significa esplendor y que aportará mucho a nuestro propósito, ya que nuestra opinión es que la gracia no es otra cosa que un esplendor –cuyo origen se desconoce y que surge de una cierta unión particular de algunas partes del cuerpo, las cuales no podemos determinar si son estas o aquellas– junto con la belleza consumada, es decir la perfección, unidos y estrechamente ligados. Dicho esplendor se muestra ante nuestros ojos con tanta diligencia y gozo del corazón y plenitud de la mente que al instante su gracia nos es más grata que la belleza e impulsa tácitamente nuestro deseo hacia esos delicados rayos. Y como ya hemos mencionado antes, a veces vemos un rostro que, aunque no reúne las proporciones de la belleza, irradia ese esplendor de la gracia: como Modestina, quien a pesar de no estar tan proporcionada como hemos descrito antes, su rostro goza de una gracia considerable y por ello gusta a todos; por otra parte, puede haber quien teniendo unos rasgos completamente proporcionados

---

<sup>108</sup> Selvaggia responde a Celso usando un verso de Petrarca, para su traducción se ha recurrido a la realizada por Jacobo Cortines en Petrarca (1989b: 667, CCXIII, v. 1). En el soneto original “Gratie ch’a pochi il ciel largo destina” (Petrarca, 1989b: 666, CCXIII, v. 1).

pueda ser considerada bella por cualquiera y, sin embargo, no tener ningún atractivo particular, como es el caso de la hermana de Ancilia. No obstante, nos vemos obligados a creer que este esplendor nace de unas medidas y proporciones desconocidas que no aparecen en nuestros libros y que ni siquiera podemos imaginar y es, como se dice de las cosas que no sabemos expresar, un *nosequé*. Decir que la gracia es un rayo de amor y otras quintaesencias, ya sean doctas, sutiles e ingeniosas, no hace honor a la verdad. Y lo llamamos gracia porque hace agradable y atractiva a la persona que desprende este rayo; esta extraña relación funciona de igual manera que lo hacen los agradecimientos por los beneficios recibidos, los cuales hacen a las personas que saben agradecer agradables y atractivas. Y hasta aquí quiero o puedo decir y si queréis saber más, dirigid vuestros ojos hacia esa luz que ilumina al genio errante que va en busca de la gracia.

#### DE LA VAGHEZZA<sup>109</sup>

Para hablar de este término italiano debéis saber que viene de la voz ‘vago’ que tiene tres significados diferentes. El primero alude al movimiento de un lugar a otro, como muestra Petrarca en este verso: “Riduci i pensier *vaghi* a miglior loco”<sup>110</sup>; el segundo al deseo, como refleja el mismo autor: “Siento tanto deseo de mirarla”<sup>111</sup> o Boccaccio en su *Fiammetta*: “Di quello che essi erano *vaghi* divenuti”<sup>112</sup>; y el tercero, como se ve en el siguiente verso de Petrarca, se refiere a lo bello, “Gl’atti *vaghi* e gli angelici costumi”<sup>113</sup>. También Boccaccio en la citada obra dice “Una turba

---

<sup>109</sup> No se ha realizado la traducción de este término porque no existe un equivalente en español con el que, etimológicamente, se pueda hacer la argumentación que lleva a cabo Celso en este fragmento.

<sup>110</sup> “conduce el pensamiento a mejor sitio” (Petrarca, 1989a: 291, LXII, v. 13).

<sup>111</sup> En el texto original Firenzuola usa el verso “Io son sì vago di mirar costei” que atribuye a Petrarca, sin embargo, no hay constancia de que este verso pertenezca al poeta. Se ha producido a realizar una traducción literal en la que el término *vago* se usa con el significado de deseo. Sí consta este uso del término por parte de Petrarca en otras rimas suyas o atribuidas a él, por ejemplo, “io son sì vago de la bella aurora” (Petrarca, 1874: 57).

<sup>112</sup> “me hallé, de diversos desseos encendida” (Boccaccio, 1983: 91, cap. 1, párr. 10).

<sup>113</sup> “sus palabras angélicas, sus modos” (Petrarca, 1989b: 593, CLXXXI, v. 13).

di *vaghe giovani*”<sup>114</sup>. Del primer significado, esto es, el que hace referencia al movimiento, deriva el término ‘vagabundo’ y de vagabundo, que tiene el mismo origen que vago, llegamos a deseoso, porque algo que está en movimiento y vaga de un sitio a otro parece que despierte un mayor deseo en los demás que algo que permanece quieto y no requiere ningún esfuerzo por nuestra parte para verlo. Por ello parece evidente que todo lo que deseamos lo amamos y, según lo anteriormente mencionado, no es posible amar aquello que no es o no nos parece bello. Pero, debido al uso que se le ha dado comúnmente al término, *vago* significa bello y *vaghezza* belleza. Por lo que, *vaghezza* se refiere a esa belleza que alberga en sí misma todas aquellas características que hacen que, quien la mire, se vuelva *vago*, es decir, deseoso y, en ese volverse deseoso de buscarla y disfrutarla, su corazón está siempre en movimiento y sus pensamientos viajan, de modo que la mente se hace vagabunda. Se trata, pues, de una belleza atractiva, que induce al deseo de contemplarla y disfrutarla. Pero decimos de una mujer que es *vaghetta* cuando desprende sensualidad y deseo, al mismo tiempo que honestidad y atractivo, como es el caso de Fiamminghetta. Y Venus me dijo anoche en sueños que en dos años aparecerá entre las flores de este prado<sup>115</sup> una mujer de Pistoia, que se llamará Lena y traerá consigo la belleza en sus ojos; se encuentra entre vosotras también una, a la que no voy a nombrar, que, a mi juicio, tiene un gran atractivo.

AMORORISCA: Hacéis muy bien, para que no surja entre nosotras rivalidad alguna que fuera motivo de escándalo, pero, aunque no la nombréis, veo escrito en vuestra frente lo que tenéis grabado en el corazón. Pero no os lo voy a decir, que quien se va de la lengua al final sale escaldado.

CELSE: Hay quien adivina a la tercera y vos a la primera. Pero dejemos de hablar de esto y volvamos al tema que nos ocupa, que todavía tenemos que hablar de la venustez.

---

<sup>114</sup> “compaña de enamoradas y vanas mugeres, de ardiente desseo encendidas” (Boccaccio, 1983: 97, cap. 1, párr. 15).

<sup>115</sup> El autor hace un juego de palabras con el nombre de la localidad, Prato, y prado (en italiano *prato*).

## DE LA VENUSTEZ

Veamos, pues. Como dice Cicerón, hay dos tipos de belleza: una consiste en la venustez y la otra en la dignidad; siendo la venustez propia de las mujeres, así como la dignidad de los hombres. Por lo que, según este autor, cuya autoridad debería bastaros, es tan importante la dignidad en el hombre como la venustez en la mujer; ya que la dignidad en el hombre no es otra cosa que un rasgo que se caracteriza por la auténtica nobleza, reverencia y admiración y, del mismo modo, la venustez será en la mujer un rasgo noble, casto, virtuoso, venerable, digno de admiración y, en cada movimiento, denotará una modesta grandeza, como puede verse en Gualanda Forella si la miráis sin ningún tipo de animadversión. Y es que aquellos que tienen poco conocimiento y demasiada presunción y critican a los que se afanan por saber nunca dirían que, viniendo venustez de Venus –conocida por los poetas como la madre de todas las lascivias amorosas–, no podría significar otra cosa que una belleza lascivamente bella. Por lo que yo considero conveniente, con un simple razonamiento, sacaros de vuestro error, si así fuera –que no lo creo– así como a todos aquellos que por este motivo me quisieran criticar, que no serían pocos. Ahora bien, los antiguos celebraban dos Venus: una, hija de la Tierra, con actitudes terrenales y lascivas de la que decían que nacían las acciones venéreas; la otra la consideraban hija del Cielo, con pensamientos, actos, modos y palabras celestiales, castas, puras y santas, de la que decían que procedía la venustez y lo venusto y no lo venéreo.

## DEL AIRE

Ahora debemos hablar del aire y para ello es necesario que pongáis toda vuestra atención. Queridas mías, he aquí un proverbio latino –y la autoridad de la que gozan los proverbios pronunciados por los antiguos lo demuestran los escritos, no solo de los propios latinos, sino también de los escritores griegos, donde estos dichos abundan– que dice *Conscientia mille testes*<sup>116</sup>, en otras palabras, la conciencia limpia y pura vale por mil

---

<sup>116</sup> Aforismo atribuido al retórico y pedagogo hispanorromano del s. I d. C. Marco Fabio Quintiliano.

testigos. Tomando este proverbio como verdadero, diremos que todas aquellas mujeres –que han empañado la conciencia con esa escoria que desfigura y mancilla la pureza e inocencia de la voluntad a causa del mal uso de la razón– afligidas por el peso de la culpa y turbadas por los mil testigos de su propia conciencia, caen en una suerte de enfermedad del alma que continuamente las inquieta y perturba.

Dicha perturbación e inquietud genera tal disposición de humores que con sus vapores estropean y ensucian la pureza del rostro y especialmente la de los ojos, los cuales, como hemos mencionado antes, son los defensores y mensajeros del corazón. Estos vapores generan una cierta expresión, un cierto aire, señal y muestra de la debilidad del alma, del mismo modo que la palidez de las mejillas y otras partes es reflejo de las enfermedades e indisposiciones del cuerpo y la alteración y agitación de los humores. Tampoco os parezca extraño que la enfermedad del alma perturbe las partes del cuerpo, pues así lo demuestra cada día la experiencia cuando duele el alma, que a menudo provoca fiebre y a veces la muerte. Toda vez que ya sabéis qué es tener mal aire, señal y muestra de la infección del alma de las mujeres antes mencionadas, conoceréis con facilidad el buen aire de las mujeres sanas, que, como dice Aristóteles en el quinto libro de su *Ética*, si somos conscientes de un hábito es necesario conocer el contrario. Y esto mismo lo demuestra más claramente en el mismo libro un poco más adelante donde afirma que si el buen hábito del cuerpo se refleja en la firmeza y densidad de la carne, por fuerza el malo se reflejará en la flacidez y laxitud. Teniendo en cuenta esto podréis entender que cuando se dice de una mujer que tiene *aire* no es otra cosa que una señal manifiesta de un alma sana, de la pureza de su conciencia. Por lo que simplemente diciendo *aire* por antonomasia se entiende que hablamos de algo bueno; mientras que el *mal aire* o la ausencia de *aire* es una señal, una expresión que demuestra la enfermedad del corazón y la escoria de una contaminada conciencia.

AMORORISCA: La declaración de este pasaje ha sido admirable y digna de gran consideración, tanto por ser verdadera como por ser novedosa, y ciertamente digna de vuestro ingenio, mucho más que de nuestro propio intelecto. No obstante, habiéndonosla expuesto tan claramente hemos sido capaces de entenderla, aunque



nos contendremos en los elogios y, en silencio, esperaremos a lo que nos contéis de la majestuosidad.

## DE LA MAJESTUOSIDAD

CELSE: Siendo un uso común de la lengua cotidiana, de la majestuosidad no sabría decir más que cuando una mujer es grande, bien proporcionada, con buen porte, se sienta con prestancia, habla con seriedad, ríe con decoro y, por último, desprende un halo de majestad, entonces afirmamos que esta mujer parece majestuosa, tiene majestuosidad, fruto del trono real donde cada acto, cada obra han de ser admirados y reverenciados. Por lo tanto, la majestuosidad no es otra cosa que el porte de una mujer y el modo en el que esta se desenvuelve con un cierto aire regio y por esto digo que la mujer ha de ser alta y su figura proporcionada. Y si queréis un buen ejemplo de esto, fijaos en la ilustrísima señora Condesa de Vernio, que con su regia presencia, actos, modales y palabras daría la impresión, a quienes no la conociesen, de que es hermana del muy magnífico señor mío, el señor Gualterotto de Bardi, y consorte queridísima del estimadísimo y modestísimo señor Alberto, nacida de cuna noble y casada en noble matrimonio. Y esto es todo lo que por ahora he de decir de la belleza universal y de todo lo relacionado con esta, consciente de que no he satisfecho vuestros deseos completamente.

LAMPIADA: Siendo yo la más vieja, no se me deberá considerar presuntuosa si respondo por todas. He de decir que nos habéis satisfecho mucho más de lo que nosotras hubiéramos podido preguntar, aunque sabemos que de vos no cabría esperar otra cosa. No obstante, deseamos consolidar nuestro conocimiento con el ejemplo de esa quimera<sup>117</sup> que nos prometisteis que haríais.

CELSE: Bien vieja sois, sí, y bien lo parecéis no por el rostro – que se ve fresco y terso como el de las demás, aunque hay que decir para la tranquilidad de todas las aquí presentes que ya no os encontráis en la flor de la juventud–, sino por el intelecto, por el ingenio y por tantas otras virtudes que mejor callar que quedarme

---

<sup>117</sup> Hace referencia a la mujer ideal que crea el autor a través de su personaje Celso seleccionando las partes del cuerpo más hermosas de cada una de sus interlocutoras.

corto. No podríais haber elegido un término mejor que quimera, ya que, así como la quimera se imagina y no se ve, la mujer ideal que nosotros tenemos la intención de representar también se imaginará y no se verá. Más bien lo que haremos será observar aquello que debería tener una mujer para ser hermosa, todo esto sin despreciar la belleza de las aquí presentes o de todas las demás, las cuales, aunque no reúnan toda la belleza íntegramente, algunas de sus partes son dignas de ser acariciadas y consideradas hermosas. Veamos entonces nuestra quimera.

No había empezado Celso a hablar cuando sobre la colina apareció la hermosa Gemmula, la de Pozzo Nuovo, toda modesta, toda amable, cual preciosa margarita, quien habiéndose enterado de esta compañía y siendo una mujer de gran ingenio se había sentido atraída por estos razonamientos, con lo cual llegaba como un claro diamante con todas sus virtudes. Apenas habían llegado hasta la mitad del monte cuando otras jóvenes que estaban por allí cantando y riendo y, como se acostumbra en tales ocasiones, bromeando, fueron a llamarlo, de modo que Celso se vio obligado a abandonar su tarea y a irse con ellas a una buena merienda que había preparado Simona de Benintendi, sabia y venerable matrona florentina mujer del dueño<sup>118</sup> del jardín, la cual tiene tantas virtudes que para decir solo una parte de ellas serían necesarias demasiadas palabras. Terminada la merienda, bailaron y cantaron e hicieron todo aquello que corresponde en una reunión de nobles y virtuosas mujeres y simpáticos y atentos jóvenes hasta que llegó la hora de que cada uno se recogiera en su hogar.

Final del primer Discurso del Diálogo de  
Agnolo Firenzuola, de la perfecta  
belleza de una mujer.



---

<sup>118</sup> Se refiere a Vannozzo de Rochi (véase nota 77).

# S E G U N D O

## DISCURSO

DE AGNOLO FIRENZUOLA

### *De la perfecta belleza de una Mujer*

DADO que las jóvenes, que se encontraban en el monte durante el anterior discurso, se habían quedado con el deseo de conocer la composición de la mujer hermosa que Celso les había prometido que representaría, pidieron a Lampiada que preparase para otro día un lugar donde se pudiera llevar a cabo este deseo. Con lo cual ella, que al igual que las demás deseaba escuchar las palabras de Celso, o al menos así lo parecía, hizo que su marido, también hombre de ingenio, lo invitara en la primera ocasión que tuvieron a venir a su casa. Junto con las mencionadas jóvenes, además de otras y algunos parientes, organizaron una velada en la que pidieron a Celso que siguiera con su discurso, el cual, tras haberse disculpado, comenzó del siguiente modo.

CELSO: Es evidente que la naturaleza se ha prodigado siempre ampliamente en otorgar gracias al universal y común conjunto de los hombres, pero no ha sido así en lo particular, de hecho, podemos afirmar por experiencia cotidiana que esta ha sido muy avara y muy limitada, porque, como ya dijimos el otro día, la naturaleza ha dado de todo, pero no a todos por igual, sino con dificultad uno por uno. Lo cual quisieron escenificar los antiguos poetas representándola como una mujer con muchas mamas, cada una de las cuales solo puede nutrir a un hombre recibiendo este únicamente una pequeña parte de su alimento. Además, si os fijáis bien en la naturaleza del pecho, veréis que, aunque tenga la abundancia y fertilidad que todos conocemos, sin embargo, no vierte la leche en la boca directamente, sino que es necesario succionarlo, lo cual no es más que una metáfora del hecho de que

para otras muchas cosas es necesario –para adquirirlas, para embellecerlas o para mantenerlas– que nos esforcemos con arte, destreza e ingenio. Y dado que el conducto por donde sale la leche es estrecho y apenas sale una gota de cada vez, podemos considerar que esto quiere decir que la naturaleza no otorga las gracias doblemente, sino con esfuerzo una a una y a uno por uno. Y de aquí resulta que mujeres perfectamente bellas se encuentran pocas, ya que quien tiene una figura hermosa no tiene un rostro delicado, como Altea la de la calle Alle tre Gore, mientras que quien tiene el rostro delicado tiene una figura pequeña, como Fiore la del Campanile, y quien goza de unos ojos hermosos, como Lucida la de la calle de I Sarti, es demasiado delgada. De modo que, si queremos representar una mujer que sea perfecta, sino en su totalidad, al menos en gran parte, es necesario, como ya os dije en la anterior conversación, tomar de cada una de vosotras las partes de más excelente belleza y crear una mujer bella como deseamos.

Antes de comenzar con la figura, me gustaría que hablemos de los colores, y no solamente del blanco y el negro, los cuales, según los escritores, ocupan el primer lugar, sino todos aquellos que nos hacen falta para no tener que interrumpir el discurso cuando estemos en plena tarea. Por lo tanto, los colores que necesitamos son el rubio, el leonado, el negro, el rojo, el cándido, el blanco, el bermellón y el encarnado. Tenéis que saber, por lo tanto, que el color rubio es un amarillo ni muy encendido ni muy claro, que se acerca al castaño con cierto brillo y, si no, parece completamente similar al oro, al menos los poetas a menudo lo comparan con este; que ya sabéis que suelen decir, como Petrarca en más de una ocasión, que los cabellos son de oro fino: “[...] tejiendo una guirnalda al *oro* terso!”<sup>119</sup>; “estaba el pelo de *oro* al aura suelto”<sup>120</sup>. Y vosotras sabéis que el verdadero y auténtico color de los cabellos es el rubio<sup>121</sup>. El leonado es de dos tipos: uno se inclina hacia el amarillo –que no es para nosotros–, el otro

---

<sup>119</sup> “tessendo un cerchio a l’oro terso et crespo!” (Petrarca, 1989b: 550, CLX, v. 14). Para la traducción se ha usado la versión bilingüe de Cortines (Petrarca, 1989b: 551, CLX, v. 14).

<sup>120</sup> “Erano i capei d’oro a l’aura sparsi” (Petrarca, 1989a: 366, XC, v. 1). Para la traducción se ha usado la versión bilingüe de Cortines (Petrarca, 1989a: 367, XC, v. 1).

<sup>121</sup> Tal y como lo establecían los cánones de la belleza clásica.

hacia una tonalidad más oscura y se llama castaño, de este basta con dos pinceladas. El negro no necesita mucha explicación, porque todos lo conocemos, y esa florentina, que tan bien fue recibida por vosotras, lo sabe bien. Este color, cuanto más opaco y más se acerca al oscuro, más elegante y más bonito es. El rojo es ese color encendido que pinta el carmín, los corales, los rubíes, las hojas de la flor de la granada y otras similares y lo hay del más al menos encendido y del más al menos traslúcido como se puede ver en las cosas mencionadas. El bermellón es como una especie de rojo menos luminoso y es al que se asemejan las mejillas de la hermosa Francolina de Palazuolo cuando se crispa, quien a mí me parece que ostenta el orgullo de representar las más vivas encarnaciones sobre la tierra, pero dejemos esto de lado y volvamos al color bermellón, que nos muestra exactamente el vino que los toscanos llamamos *vermiglio*<sup>122</sup>. El encarnado es un color blanco sombreado de rojo o un rojo sombreado de blanco, parecido a las rosas que se conocen como rosas encarnadas. Estas rosas, que llegaron a estas tierras no hace mucho tiempo, eran tan apreciadas que quien tenía alguna, aunque fuera solo una, la ponía en un jarroncito lleno de agua para que se mantuviera verde y fresca; y para mostrarla a los vecinos la sacaba al balcón como algo novedoso e insólito, por lo que este tipo de rosa comenzó a llamarse *imbalconata*. La diferencia existente entre el blanco y el cándido, como ya os la expliqué perfectamente en la discusión anterior, no es necesario que os la repita ahora.

Habiendo desgranado los colores que nos hacían falta para hablar de la figura de la mujer, podremos comenzar a hacerlo más fácilmente y de la primera parte de las que nos ocuparemos será del cabello, para que no lo olvidemos como sucedió la otra vez.

## DEL CABELLO

Tal y como muestran aquellos que sobre el papel han meditado alguna vez acerca del cabello, este debe ser fino y rubio –ora parecido al oro, ora a la miel, ora a los rayos resplandecientes del Sol–, ensortijado, denso, abundante y largo, como bien muestra

---

<sup>122</sup> Se refiere a los vinos tintos de Chianti que se producen desde hace siglos en la región de Toscana.

el ya mencionado Apuleyo en *El asno de oro*, quien de su importancia, de su esencia y de cada una de sus cualidades dice estas casi exactas palabras, si es que yo soy capaz de repetirlas en nuestra lengua tal y como suenan en latín, que es imposible, aunque probemos. Por lo tanto, dice así: “Pero si a cualquier mujer, incluso excelsa y hermosísima, le arrebatas el cabello de la cabeza –¡nombrarlo siquiera es un pecado y ojalá no se dé ejemplo alguno de tal terrible circunstancia!– y le desnudas el rostro de su aspecto natural, aunque haya caído del cielo, haya nacido del mar, la hayan criado las corrientes, te aseguro que aunque fuera la misma Venus, aunque viniera rodeada del coro completo de las Gracias y acompañada de toda la multitud de los Amores y ceñida con su cinturón, exhalando olor a cinamomo y destilado bálsamo, si estuviera calva, no podría gustarle ni a su Vulcano. ¿Qué decir del color tan agradable del cabello y de su espléndido brillo cuando luce y en todo su vigor lanza relámpagos contra los rayos del sol o resplandece plácidamente, o bien su aspecto se transforma de un encanto en el contrario y ya, mientras refulge como el oro, se hunde en suaves sombras de miel, ya compite el oscuro azulado en su negrura corvina con los destellos del cuello de las palomas? ¿Y cuando se acumula densamente un abundante brote de cabello en la parte superior de la cabeza o se derrama una melena suelta extendiéndose a lo largo de la espalda?”<sup>123</sup>. El cabello, por lo tanto, según cuanto muestra este reputado hombre, es tan importante para alcanzar la perfección de la mujer hermosa y merece tanta atención y tanto honor que, además de lo que se ha dicho, Dion<sup>124</sup>, noble escritor griego, en aquella oración griega en la que alababa el cabello, sitúa entre los hombres indolentes y de poca importancia aquellos que con los calamistros, hierros usados para rizar el pelo, lo descuidaban, demostrando que los antiguos dormían en el suelo y, para no estropearlo, lo apoyaban sobre maderos, lo que demuestra que le prestaban atención sacrificando su comodidad y la tranquilidad del dulce sueño, único y auténtico descanso de toda fatiga humana. Y aún más, los lacedemonios, educados bajo las estrictas

---

<sup>123</sup> Para este fragmento se ha tomado la traducción realizada en español por Juan Martos en Apuleyo (2003: 29-30).

<sup>124</sup> Orador, filósofo y escritor griego que vivió en el siglo I d. C.

leyes de Licurgo, se preocupaban tanto por el cabello que está escrito que aquellos trescientos hombres que combatieron contra Darío, rey de los persas, –con tanto ímpetu que las antiguas historias no hablan de otra cosa–, mientras esperaban la sangrienta jornada no interrumpieron el cuidado de su cabello. Por otra parte, el gran Homero considera el principal ornamento de la belleza de su Aquiles el esplendor de su abundante cabello. Una vez que el ya varias veces mencionado Apuleyo ha mostrado dónde reside la belleza del cabello, añada estas palabras: “Es tan grande la distinción que otorga el cabello que, aunque una mujer vaya adornada con oro, vestidos, joyas y todas las galas posibles, sin embargo, a no ser que se haya preparado el cabello, no puede considerarse arreglada”<sup>125</sup>. Una vez que conocemos la importancia del cabello y cómo han de ser tratados, podemos considerar que los de Verdespina tienen todas las cualidades de las que hemos hablado y, por lo tanto, será el elegido para nuestra mujer ideal.

SELVAGGIA: Lena, trae las tijeras para que se lo corte. Pero, ¿cómo queréis que se lo corte, al rape?

CELSO: No quiero que se lo corte al rape, ni que se lo corte con tijeras, sino con la imaginación. Pero mira esta Selvaggia que quiere mofarse de mí. Pues se equivoca, que ya no quiero nada de ella, paciencia, tal vez llegará un día en el que el tiempo le hará ver su error, porque nada más servirá. Volviendo a nuestro tema, una vez que tenemos el cabello rubio, fino, peinado, ensortijado, abundante, largo, brillante y acicalado, es necesario encontrar a la persona a la que ponérselo, para que no nos suceda como a aquel hombre al que le regalaron algunas plantas y mientras buscaba dónde plantarlas se le secaron, de modo que por la ineptitud del regalado el obsequio fue desperdiciado.

SELVAGGIA: Así que, Verdespina, has hecho bien al no cortarte el cabello aún porque, como es tan exquisito, a lo mejor habría empleado demasiado tiempo para encontrar la persona a la que ponérselo, ya que no es hombre de contentarse a la primera y en ese intervalo de tiempo el cabello podría haberse estropeado.

---

<sup>125</sup> Para este fragmento se ha tomado la traducción publicada en español en Apuleyo (2022: 30).

## DE LA FIGURA

CELSE: Si soy demasiado exquisito o de fácil complacencia no lo puede saber ninguna de las aquí presentes mejor que vos.

No obstante, en este caso pecas de mentirosa, porque yo ya he encontrado una figura hermosa y no es otra que la de Amororisca ya que esta tiene la complexión que estamos buscando más o menos, de hecho, la justa y necesaria, si es que mis ojos, fieles jueces de la belleza, no me engañan. Gusta la persona que es lozana, cuyos miembros –bien dispuestos y perfectamente proporcionados– se mueven con gracia y agilidad, pero yo no la querría ni demasiado grande ni demasiado gorda.

SELVAGGIA: Pues Hiblea Soporella es bien gorda y sin embargo es una joven hermosísima con un porte firme, apuesto, ágil, ¡madre mía! es un auténtico placer verla caminar.

CELSE: Son de esas gracias de las que hemos hablado mil veces, esas que tocan a pocas personas y de las que no hay ninguna que sea universal para todos: hay quien goza de majestuosidad en su persona, quien goza de venustez en los ojos, o de gracia en el rostro, de un caminar solemne que parece que la corpulencia le confiera belleza y destreza –virtudes que no suelen ser propias de esta complexión–. Dejando de lado el garbo, los modales, la amabilidad, el ingenio y todas las demás cualidades del alma considero que es una de las mujeres más hermosas del lugar y me sabe mal que no esté hoy aquí con nosotros.

LAMPIADA: Yo se lo había dicho, pero a causa de la muerte del padre y de la enfermedad del marido está pasando, como sabéis, momentos muy complicados y no le ha parecido conveniente venir a esta velada, y ya lo siento porque la habría animado.

CELSE: Volviendo a la figura, digamos que la vuestra, Amororisca, se encuentra entre la delgadez y la gordura, carnosa y enjundiosa, de proporción adecuada, donde residen la agilidad y la destreza, con un *nosequé* que le da un cierto aire regio. Su color no es ese blanco que tiende a la palidez, sino que goza de un cierto rubor, el cual era muy apreciado entre los antiguos. La figura femenina ha de moverse con cierta seriedad y gracia, firme sin anquilosarse, de tal modo que muestre esa majestuosidad de la que ya hemos hablado. Por lo tanto, como vos gozáis de una buena



parte de todas estas cualidades, nos vemos obligados a poneros el cabello de Verdespina y ahora vamos a buscar la frente.

## DE LA FRENTE

La frente debe ser amplia, es decir ancha, alta, cándida y serena. La altura se entiende desde el nacimiento del pelo hasta los límites marcados por las cejas y la nariz, es considerada por muchos una tercera parte del rostro, llegando otra hasta el labio superior y la tercera hasta la barbilla. El ancho de la frente debe doblar su altura, es decir, la frente debe ser el doble de ancha que de alta, de modo que el ancho ha de estar proporcionado con la altura y la altura con el ancho. Decíamos cándida porque no es que deba ser de un blanco pálido sin brillo, sino que ha de ser resplandeciente como un espejo y no a causa del uso de ungüentos o cosméticos, como la de Bovinetta del Maleficio, que si fuera un pescado para freír podría comprarse por pocos cuartos, ya que no haría falta enharinarlo; pero esta ni se vende ni se fríe.

El trazo de la frente no debe ser completamente plano, sino en ligera curva formando una especie de arco hacia la coronilla, tan sutil que apenas se perciba mientras que en las sienes el trazo es más marcado. Los poetas se refieren a ella como serena, y con razón, porque, al igual que el cielo es sereno cuando en él no se ven ni nubes ni rastro de niebla, la frente, cuando es clara, abierta, sin arrugas, sin manchas, sin cosméticos y relajada y tranquila puede, merecidamente, considerarse serena. Del mismo modo, al igual que el cielo cuando está sereno genera una cierta alegría del alma en quien lo mira, también la frente, cuando la consideramos serena, a través del ojo alegra el alma de quienes la miran, como me sucede a mí cuando miro la de Lampiada, la cual, gozando de todas las propiedades que os he contado, será propicia para ponerla bajo el cabello de Verdespina. A la serenidad que acabamos de mencionar se atribuye el brillo de los ojos, los cuales aun encontrándose fuera de los límites de la frente parecen los dos mayores luceros del cielo enmarcados por las cejas.

## DE LAS CEJAS

Hablemos por tanto de estas, tomando como ejemplo las de Verdespina, las cuales se asemejan al color del ébano, son finas y con pelos cortos y suaves, como si fueran de fina seda. Desde el centro hasta sus extremos van disminuyendo sutilmente, desde la mitad de la concavidad o cuenca del ojo van, por un lado, hacia la nariz y, por otro, hacia la oreja y allí terminan.

## DEL OJO

Luego viene el ojo, que aquella parte de la redondez –es decir el globo ocular– excepto la pupila, ha de ser de color blanco, con matices propios de la linaza, pero tan sutiles que apenas se perciben. La pupila, a excepción de aquel pequeño círculo en el centro de esta, no ha de ser completamente negra –aunque todos los poetas griegos y latinos e incluso los nuestros, todos del mismo modo, celebren ojos negros tal y como la diosa de la hermosura los tenía según todos ellos–. Sin embargo, no faltó quien alabase los de matices azulados que se perciben en el color del cielo, así, de hecho, los tenía la hermosa Venus según nos relatan los más fieles autores; siendo esta de reputada belleza para vosotras, para mí mismo y para muchos otros, parece que ese color de ojos le confiera gracia. No obstante, parece que lo más común sea tener los ojos de color marrón oscuro. El negro no se suele ensalzar en demasía ya que transmite oscuridad y una mirada dura, sin embargo, el marrón, aunque sea también un color oscuro, crea una mirada dulce, alegre, clara, apacible, que, al mover los ojos, confiere un toque de gracia atractiva, honesta y profunda de la que no quiero deciros otra cosa ahora más que poner como ejemplo la de Lampiada, a cuyos ojos no les falta nada de lo anterior. El ojo, además de todo lo dicho y tal y como es el de la propia Lampiada, ha de ser grande, sobresaliente, ni cóncavo ni hundido –que la concavidad da impresión de severidad mientras que el hecho de sobresalir da idea de belleza y modestia–. Homero, queriendo alabar los de Juno, los comparó con los de un buey, refiriéndose a que eran redondos, sobresalientes y grandes. Muchos han dicho de estos que deben ser alargados, otros que deben ser ovalados, lo cual a mí no me disgusta.

Los párpados, si son blancos y con algunas venitas rojizas que apenas se perciben, confieren belleza universal al ojo; las pestañas han de ser escasas, ni muy largas ni blancas, porque además de deformar el ojo limitarían la vista. Tampoco me gusta que sean muy negras porque dan a la mirada un aspecto asustadizo. La cuenca que rodea el ojo no ha de ser demasiado hundida ni ancha, tampoco debe tener un color diferente al de las mejillas, algo que deben tener en cuenta especialmente las morenas a la hora de maquillarse, ya que a menudo en esta parte el maquillaje o el colorete no se integran bien, por decirlo así, debido a la propia concavidad o a la movilidad del párpado no resulta uniforme, como le sucede a la vecina de Theofila que a menudo incurre en este error.

### DE LAS OREJAS

El color de las orejas se asemeja más al balaje<sup>126</sup> que al rubí, de hecho su tono es similar al de las rosas *imbalconate* y no al de las rosas rojas, como las tuyas, Selvaggia, cuya belleza reside en su forma común, con esas curvaturas ordenadas con gracia y con un adecuado relieve de un color más vivo que el de las partes lisas. Además, ese reborde que las rodea ha de brillar y resplandecer de rojo como el grano de las granadas. El ser enjutas y lánguidas les resta gracia, así como se la confiere el ser firmes y bien puestas.

De las sienas no hay mucho que decir, salvo que han de ser blancas y lisas, ni huecas ni prominentes, ni húmedas ni tan estrechas que parezca que presionan el cerebro –porque de ese modo indicarían debilidad del cerebro–. Estas son bonitas si se parecen a las de Amrorisca y en función del peinado, más alto o más bajo, más rizado o más liso, con cabello más abundante o menos, las hará parecer más anchas, más estrechas, las alargará o las acortará, según la necesidad de cada persona o también se pueden adornar con una florecilla.

LAMPIADA: Cuando yo era niña, no nos acicalábamos tanto como lo hacen las jóvenes de hoy, que usan tantas flores y guirnaldas que parecen un jarrón de claveles o de mejorana, y las hay incluso que parecen un cabrito en el asador con su romero

---

<sup>126</sup> Rubí de color morado.

incluido, lo cual en mi opinión es la cosa más vulgar del mundo. Y vos, Celso, ¿qué opináis de todo esto?

CELSE: Nada bueno, si tengo que decirlo la verdad. Cometen este error porque desconocen la razón por la que antiguamente estaba bien visto ponerse flores en la oreja, nos estamos refiriendo a las damas, y por esto las aldeanas, no disponiendo de oro ni de perlas, se cubren de flores, como sabéis, sin orden ni concierto, creyendo que esa extravagancia las hace hermosas.

LAMPIADA: Creo que en aquella época era común en las damas llevar flores como adorno en lugar de perlas u oro, ya que no todas las mujeres podían arreglarse con piedras de Oriente o con arenas del Tajo<sup>127</sup>; por ello tuvieron que hacer uso de las riquezas de los jardines de nuestras tierras, aunque algunas se excedían de modo que parecía que tuvieran un festón alrededor del rostro o un carrusel. Líquidos y maquillajes también se usaban para eliminar las manchas, pecas o cualquier otra marca al igual que hoy se usan para dar color al rostro o palidecerlo como hacen la cal y el yeso con las paredes. Acaso creerán estas pobrecillas que los hombres, a los que pretenden gustar, no perciben esos potingues, los cuales, estamos de acuerdo, las estropean y las avejentan antes de tiempo, les desgastan los dientes y les hacen parecer una máscara todo el tiempo. Fijaos en Betola Gagliana, que cuanto más se acicala, más vieja parece, es más, parece un ducado de oro bañado en aguafuerte y no lo parecería si, de joven, no se hubiera almohazado tanto. Por mi parte, si me conservo bien –que no lo sé, pero es lo que dicen los demás–, no ha sido más que porque el agua del pozo ha sido mi único maquillaje y así lo será también de mi hija mientras viva bajo mi techo, luego ya se ocupará el marido. Pero decidnos la razón por la que las damas usan flores, que al final el odio que me provoca el uso de estos mejunjes ha hecho que me vaya por las ramas.

CELSE: Debéis saber que, normalmente, es más común dormir sobre la sien derecha que sobre la izquierda, de ahí que, al estar más hundida y abollada, esa parte se aplane más que la otra, como sucede con la barba de los hombres, que por la misma razón

---

<sup>127</sup> Fernández Nieto (1970-1971: 245) afirma que era frecuente en la literatura latina desde el siglo I a. C. referirse al río Tajo como portador de oro y alude a la primera mención en este sentido que se encuentra en Catulo (XXIX, 18-20).

siempre es menos espesa en el lado derecho que en el izquierdo. Ahora bien, como era necesario levantar la parte hundida, las damas, con estilo, solían ponerse unas flores, pequeñas y delicadas, para levantarla y alzarla un poco, pero sin perjuicio de la otra parte. Estas eran de dos tipos, pero siempre del mismo color, el cual no debía restar frescura al rubor de las mejillas ni al candor de todo el rostro, por lo que se inclinaban por el azul, usando flores como el agapanto y el aciano. Así que, como habréis oído, las mujeres antiguamente llevaban tocados que servían para cubrir esa sien aplanada de la que acabamos de hablar. Los acianos, como tenían el tallo un poco más largo, llegaban a cubrir parte del rostro. Usaban también las violetas durante el poco tiempo que duraban, que por color y por tamaño eran muy similares a las ya mencionadas Dichas violetas a las que muchos, por su olor, llaman claveles, al igual que las rosas y otras flores similares más grandes y olorosas, las solían llevar en la mano en aquella época porque tienen un color demasiado encendido y no querían que este hiciera palidecer el color natural de su rostro sonrosado; por ello no se las ponían en las mejillas porque, como bien sabéis, el color rojo es enemigo de la hermosura de las mejillas y de todo vuestro cuerpo. Y me sorprendería encontrar a alguna que se vistiera de ese color si no fuera porque me he dado cuenta de todas las cosas que se hacen sin pensar y de que, con el tiempo, las mujeres han perdido el arte para vestirse, arreglarse y peinarse. ¿Qué necedad es esa de llevar los brazos cubiertos solo del codo a la muñeca dejando casi al descubierto el resto? ¿No se dan cuenta de que esa forma de vestir no favorece la forma del brazo y lo hace parecer deforme? Se cubren solo una parte del brazo como si solo esta sintiera frío, ¡qué tontería, qué torpeza, qué ordinariéz! Y sin embargo se usa y lo vemos en esas mujeres que apestan a azahar. Pero volvamos a nuestras flores: os cuento que luego vinieron otras damas que, sin pensar demasiado en ello, viendo que esas flores les daban cierta gracia, al más puro estilo de los sofistas profirieron este razonamiento entre ellas: “Si una minúscula florecilla embellece tanto, ¿qué no hará una grande? Y si esto lo hace una sola, ¿qué no harán diez, doce o un ramo entero?”. Y las empezaron a usar como adorno, como sabéis, sin tener en cuenta si la cabeza era ancha, si el rostro era largo, si las sienes eran hundidas o

sobresalientes. Si la mujer de Panfilo hiciera como digo, tal vez no sería tan exagerada, ya que teniendo las sienas ligeramente hacia dentro, con esos claveles que pone en las mejillas –y eso que no se los pone demasiado abajo–, no solo hace que desaparezca el color de sus mejillas, que no es que tenga mucho, sino que al destacarlas más de lo que sería menester hace que las sienas parezcan aún más hundidas. Así que estad atentas cuando os encontréis con ella y veréis qué os digo y sé de lo que hablo.

### DE LAS MEJILLAS

Las mejillas no cabe describirlas de ninguna manera ya que tenemos ante nosotros el ejemplo perfecto con las tuyas, Selvaggia. Estas, que se acaban de sonrojar con mis palabras –si antes no les faltaba color, ahora les sobra–, las tomaré como modelo. Para respetar el orden establecido y para que quede claro, digo que las mejillas anhelan una blancura más modesta que la de la frente –es decir, que no brille tanto– y partiendo del extremo –blanco como la nieve–, a medida que se hacen más carnosas, el color se torna más encendido a modo de montecillo sobre cuya cima, con el buen tiempo, se refleja la luz durante la puesta de sol que como sabéis no es otra cosa que una blancura con matices bermellones.

### DE LA NARIZ

Nos falta hablar de la nariz, que es la parte más importante del rostro, sea del hombre o de la mujer, que, como ya dijimos el otro día, quien no tenga una nariz totalmente perfecta, jamás tendrá un buen perfil; como la mujer de Sarto de Cavagli, la cual vista de frente puede parecer bella, pero de perfil parece una bruja. Observándola una mañana mientras ella oía misa en la capilla delante de Selvaggia, me di cuenta de su defecto. Pero volvamos a la nariz, sobre las medidas de las que os hablé ya el otro día no hay nada más que decir, pero por si acaso alguna os hubieseis olvidado o no estabais el otro día, fijaos en la de Verdespina, ya que la suya, como la de Juno, es completamente perfecta: porque además de su tamaño, para seguir un orden, la punta es pequeña y afilada, la base –que está entre la boca y la punta– hace una especie de curvatura hacia arriba con cierto color, aunque no rojo,

con una línea casi invisible que parece dividir ambas fosas, las cuales deben elevarse un poco en su inicio para después bajar suavemente y desde ahí subir de igual modo por ambos lados y en disminución. Desde el cartílago hasta la parte del hueso ha de elevarse, sin que la nariz llegue a resultar aguileña –lo cual no gusta en las mujeres–, y hacerlo muy sutilmente para alcanzar la perfección. La parte de abajo, que es todo cartílago, y especialmente el borde, debe tener un color similar al de las orejas, quizás un poco menos encendido con tal de que no sea completamente blanco, como si tuviera frío. Las fosas han de estar secas y limpias, que muchas, sobretodo en la parte más próxima a las mejillas, estando estas algo húmedas a veces tienen un algo desagradable<sup>128</sup>, y es que, para identificar a un hombre de buen juicio, dice el proverbio latino *Est homo emunctis naribus*, lo cual significa *es hombre que tiene la nariz seca*. Una nariz excesivamente empinada no es bonita, porque, además de dar aspecto de enfadado estropea el perfil, tal y como se puede ver en la mujer de ese sacerdote nuestro que cuida pupilos en Pistoia, la cual, si no fuera por esto, sería una joven bellísima. También es fea la nariz que se inclina hacia abajo. Gusta, sin embargo, la que es simétrica y equilibrada, como la tuya, Verdespina, llena de encanto y belleza.

## DE LA BOCA

Llegamos así a la boca, fuente de toda dulzura amorosa, que ha de tender más a ser pequeña que grande, no debe ser ni exagerada ni plana. Al abrirla, especialmente cuando no es para reír o para hablar, no debería mostrar más de cinco dientes, como mucho seis, de los de arriba. Los labios no han de ser ni muy finos ni demasiado gruesos, pero que el color bermellón resalte sobre el color de la carne que los rodea, deben estar unidos de modo uniforme cuando la boca está cerrada, que el superior no sobresalga sobre el inferior ni al contrario, y deben ir en

---

<sup>128</sup> En el original aparece simplemente la expresión “un certo non so che”, las traductoras han decidido completarlo con el adjetivo ‘desagradable’ para hacerlo comprensible al lector actual.

disminución hasta la comisura formando un ángulo obtuso como este, y no uno agudo ni uno recto como el de la barbilla.



Es muy cierto que, cuando el labio inferior, especialmente cuando la boca está abierta, se hincha un poco en el medio más que el superior, crea una especie de marca que lo divide en dos partes y esa sutil prominencia confiere cierto encanto a toda la boca. Entre el labio superior y la punta de la nariz hay un espacio que parece un pequeño surco del color de las rosas encarnadas. Cerrar la boca de vez en cuando, con un dulce gesto o un cierto encanto, por la parte derecha y abrirla por la izquierda, como con sarcasmo, o morderse el labio inferior con disimulo —que no parezca algo provocador— pocas veces, recatadamente, dulcemente, con un poco de pudorosa lascivia, con un ligero movimiento de ojos que ora miran fijamente, ora miran al suelo, tiene su encanto; algo que abre de par en par las puertas del paraíso de las delicias e inunda de una incomprensible dulzura el corazón de quien lo mira con deseo.

## DE LOS DIENTES

Pero todo esto sería poco, si la belleza de los dientes no fuera acompañada del hecho de ser pequeños, pero no diminutos, rectos, iguales, con una separación simétrica, de un blanco parecido al marfil y por las encías —que parecen más un marco de raso de un rojo encendido que de terciopelo rojo— enmarcados, unidos y sujetos.

## DE LA LENGUA

Y si por casualidad se diera el caso de que se viera la punta de la lengua, que sucede raramente, daría hermosura, deseo y gozo, siempre y cuando esta sea roja como el palo brasil, pequeña, pero ni puntiaguda ni recta. La boca de Lampiada tiene un atractivo universal tal y como yo lo concibo; lo mismo sucede con los



labios de Selvaggia, que son maravillosos; así como con los dientes de Amorriscia y con las encías y la lengua de Verdespina. Así con vosotras cuatro crearemos una de las bocas más bellas que jamás hayan existido, no solo en las pinturas sino incluso en la imaginación, por ello cada una de vosotras me dará su parte para realizar el retrato de mi quimera.

### DE LA BARBILLA

Y de vos, Verdespina, quiero la barbilla, que, entre las vuestras, que son todas muy hermosas, me parece la más bella, porque no es ni curva ni puntiaguda, sino que es redonda y de color rosado, un poco encendido, en su parte más prominente. Desde el labio inferior, bajo el que termina, hasta la mandíbula, donde esta empieza –con tal suavidad que se percibe más fácilmente con la imaginación de lo que se expresa con palabras–, tiende a perder color y lo recupera a medio camino entre la punta y el labio. Continuando este placentero viaje hasta el labio, un pequeño hoyuelo, del que ya hablamos anteriormente<sup>129</sup>, confiere una propia y particular belleza, algo que ya demostró que conocía Vallera al cantar las bellezas de su enamorada diciendo: “Mi Nencia tiene un hoyuelo en la barbilla que embellece toda su persona”<sup>130</sup>. Fijaos que incluso los campesinos, que están dotados de un buen juicio innato son también conocedores de la perfección de la belleza. Si la barbilla desciende luego hasta la garganta y termina en una pequeña elevación, es un signo de belleza universal y más aún en las mujeres gordas convirtiéndose en un adorno y un dulce compañero de la belleza de la garganta.

### DE LA GARGANTA

La garganta debe ser redondeada, esbelta, blanca y sin una mancha, y al girarse aquí y allá deben marcarse ciertos pliegues

---

<sup>129</sup> En el primer discurso, cuando describe esta parte del rostro, hace referencia al hoyuelo que caracteriza la barbilla de Appollonia.

<sup>130</sup> Se refiere al protagonista de *La Nencia da Barberino*, Vallera, quien elogia a su enamorada en los siguientes versos: “La Nencia mia non ha gnun mancamento, / l’è bianca e rossa e de bella misura, / e ha un buco ento ’l mezzo del mento / che rabbellisce tutta sua figura” (De Medici, 1992: 3).

que muestran los músculos que protegen conductos vitales y resultan tan agradables a la vista que no se puede explicar con palabras. Al inclinar la cabeza se observan también algunas arrugas circulares a modo de joyas o collares que la rodean, al alzarla se estira toda la piel imitando a una paloma torcaz con el cuello de color oro y púrpura. Gusta la garganta de piel delicada, esbelta, que sea más larga que ancha y con oquedades que demarcan el límite entre esta y el pecho, blancas como la nieve; pero por encima, justo antes de la elevación de la barbilla, se encuentra una prominencia muy pequeña, no como la de los hombres a la que se conoce con el nombre de bocado de Adán. Y como yo os la he descrito poco a poco tomando como ejemplo la de la hermosa Selvaggia, no os habrá sorprendido si durante un rato no he dejado de mirarla atentamente. Entonces, tomemos la suya como la más hermosa entre todas las que jamás haya visto y usémosla para nuestro dibujo, que se entenderá mucho mejor con su presencia de lo que yo he sabido representarla con el tosco pincel de mis palabras.

## DE LOS HOMBROS

Vamos entonces de la garganta a los hombros y digamos que, cuando estos tienen una cierta forma y proporción armoniosa como los vuestros, Amorisca, que son anchos, ya que el hecho de ser estrecho los afea, alcanzan una auténtica perfección.

## DEL CUELLO

El cuello ha de ser blanco, quizás con una tonalidad rosácea. Los hombros no han de ser tan caídos que den la sensación de que cuelgan de la corcova; y ese valle que parte de la nuca y baja hasta los riñones no ha de ser muy profundo ya que esa deformidad haría que los hombros parecieran grandes y el busto sobresaliera demasiado del vestido, lo cual no sería muy favorecedor. Y dado que tanto Selvaggia como vos, Amorisca, podéis presumir de esta parte del cuerpo, tomaremos como modelo el cuello de Selvaggia y vuestros hombros. Diremos, por lo tanto, que, desde el inicio de la garganta hasta los brazos, a modo de jarrón antiguo moldeado por un buen maestro, los hombros deben elevarse

sutilmente, acoger los brazos y hacer una especie de retención para sujetar las prendas de vestir, tal y como es de apreciar en Amorisca.

## DE LOS BRAZOS

SELVAGGIA: Bueno, mi querido señor Celso, mostradnos cuál es la similitud entre un jarrón antiguo y la forma de los hombros y los brazos, como hacen los predicadores con nosotras, las jóvenes, que nos ponen ejemplos para facilitarnos que entendamos sus explicaciones, ya que así es necesario para las personas poco instruidas.

CELSE: Poco instruido sería si considerara que vosotras lo sois y os subestimara, ya que vosotras enriquecéis nuestro intelecto más de lo quisiéramos. Pero si me pedís un ejemplo, ¿qué otro puedo daros más bello y verdadero que el de Lampiada? Esta no es solo un jarrón, sino todo un armario que alberga todas las virtudes que adornan el espíritu de una dama; pero como me pedís un jarrón antiguo y no uno moderno, como es el suyo, os complaceré.



Como veis, el principio de las asas se eleva un poco para descender después suavemente, como han de hacer los brazos. Pero del jarrón antiguo, el que acabamos de dibujar, os quiero mostrar cómo nace la garganta donde confluyen pecho, cuello y hombros y cómo el busto se yergue sobre las caderas, lo cual no creo que os desagrade, más bien os parecerá que o bien la naturaleza ha imitado al arte o bien el arte se ha inspirado en

vuestra belleza para crear esos hermosos jarrones. Pero hablemos antes de la belleza del pecho.

## DEL PECHO

El pecho tiene que ser blanco; en definitiva, para no perder más tiempo, el pecho ha de ser como el de Selvaggia, fijaos bien y veréis toda su perfección y proporción, su gracia, su encanto, su hermosura, su belleza; he aquí las violetas sempiternas, las rosas de enero, la nieve de agosto, la humanidad, el amor, la ilusión, el halago, el elogio, Venus con todas sus dotes celestiales, con su talabarte, con su velo, sus trenzas, lazos y toda su solemnidad. En definitiva, no le falta nada, de hecho, tiene más de lo que el deseo pueda esperar, más de lo que el intelecto pueda comprender, la memoria recordar, la lengua expresar, más de lo que la imaginación pueda concebir, por lo que no consumamos más palabras, yo personalmente no creo ni que Helena, ni que Venus, ni siquiera la Diosa de la belleza gocen de un pecho más hermoso, más admirable.

SELVAGGIA: Bueno, bueno, decidnos cómo ha de ser el pecho tal y como habéis hecho con las otras partes del cuerpo, que no quiero que por halagarme o por mofaros de mí dejéis de lado la explicación de una de las partes más importantes que, en mi humilde opinión, tienen las mujeres bellas.

CELSE: Tendréis que perdonarme, no sería suficiente para mí explicarlo de otro modo que no fuera poniendo como ejemplo vuestro hermosísimo pecho.

SELVAGGIA: Digamos que tenéis razón, sin embargo, os ruego que me hagáis el favor de hablar de sus bondades, ya que yo en el mío no las veo.

CELSE: Al menos dejad que otros las vean. Ahora bien, ya que me he puesto a vuestra disposición, tendré que hacerlo como me pedís, aunque seré breve ya que ya hemos hablado ahora y también lo hicimos bastante anteriormente. Diremos, por lo tanto, que el pecho es hermoso cuando, además de amplio, que es principal cualidad, es tan carnoso que el hueso no se aprecia y se eleva suavemente desde las extremidades, de modo tan sutil que el ojo apenas lo percibe, de color cándido con tonalidades rosáceas y del que los senos, frescos y prominentes, moviéndose

hacia arriba, parecen querer escapar hartos de estar oprimidos y encorsetados por las vestimentas, estos se elevan con una firmeza que hace que las miradas se posen sobre ellos vigilando que no sobresalgan demasiado. Para vosotras, los senos han de estar sujetos y os gustan más bien pequeños, pero no tanto, como ya dijo un amigo vuestro, Selvaggia, que parezcan las rosas labradas en la cítara que llevaba a la plaza Davitte durante la fiesta de san Felice. Así pues, una vez que he complacido a Selvaggia –aunque ella no quiera ni regalarme una mirada–, tal y como os prometí, os mostraré, tomando como ejemplo un jarrón antiguo, cómo es la forma de una persona o más bien cómo es la del busto por encima de las caderas y la de la garganta por encima del pecho y los hombros, así que mirad.



Observad cómo ese cuello del primer jarrón se eleva sobre los hombros y cuánto encanto confiere al cuerpo del jarrón la sutileza del cuello como recompensa del que recibe de este y lo hermoso, delicado y realzado que parece gracias a esa forma circunfleja. Fijaos ahora en el segundo y observad cómo el cuello se eleva sobre el cuerpo del jarrón, es como el busto de una mujer que viene de las caderas y cuanto más sobresalen estas más esbelto y elegante parece este, por lo que no necesita cinturón alguno para entallarlo, como hacen los hombros con la garganta en el primer jarrón; algo que no sucede en la forma del tercer jarrón, en la que, como podéis ver, no se percibe ni gracia ni belleza. Como el primero son esas mujeres que tienen el cuello largo y esbelto, los hombros anchos y bonitos; como el segundo son las que tienen caderas anchas, principal rasgo de belleza de las mujeres desnudas

con curvas y de busto generoso, esbelto y bien proporcionado; como el tercero son ciertas mujeres enjutas sin gracia ni hermosura; como el cuarto son aquellas que fueron conformadas sin ningún cuidado, que no fueron terminadas, sino simplemente esbozadas y moldeadas con macheta, sin lima ni cincel.

Y con esta explicación y con estos ejemplos os daréis cuenta de que las caderas han de ser prominentes y sostener el busto erguido y esbelto tal y como sucede con los hombros respecto al cuello; puede que estas partes se ayuden con fustán y enaguas almidonadas, es decir, que se sirvan del oficio del sastre. Aunque cuando la naturaleza no acompaña al arte, poco se puede hacer y ese poco resulta insuficiente y son pocos los que no se dan cuenta; que no es otra cosa que pretender parecer más alta con los chapines, algo por todos conocido excepto por el marido cuando se van a la cama por la noche. Pero bueno, para ir terminando diremos que la naturaleza es la maestra de la belleza y el arte su siervo y para diseñar nuestro modelo tomaremos como ejemplo las caderas de Amororisca y de ahí bajaremos a la pierna.

## DE LA PIERNA

Para la pierna nos fijaremos en la de Selvaggia, larga y más bien delgada y esbelta en la parte inferior, con las pantorrillas algo carnosas –blancas como la nieve y abultadas en su justa medida– así como las espinillas que han de estar cubiertas por la suficiente carne para que no se noten demasiado los huesos ni para que la pierna parezca demasiado voluminosa. Los talones no deben ser demasiado prominentes ni tampoco tan lisos que no se distingan.

## DEL PIE

Gusta que el pie sea pequeño, delgado pero no flaco, y que el empeine no sea demasiado alto; argénteo, como describió Homero el de Tetis<sup>131</sup>, blanco, digo yo, como el alabastro, para quien lo viera desnudo; yo me conformaría con verlo cubierto con

---

<sup>131</sup> Firenzuola se refiere a Tetis, la nereida, esposa de Peleo de cuya relación nació Aquiles. Homero la menciona en *La Iliada* y se refiere a sus pies describiéndola como la de los pies argénteos.

un calzado delicado, ajustado, elegante y confeccionado con auténtico arte que hace que el pie parezca estilizado al mismo tiempo que pequeño, hecho a medida, con estilo, con ingenio y siempre a la moda, que el chapín parezca corto, bajo y pulido. ¿Pero qué hago yo quitándole el oficio a esa buena *entronada* de Raffaella<sup>132</sup>? Selvaggia, ¿nos dejarías tu hermoso pie para completar nuestra quimera?

Ahora que os he demostrado la perfección de una mujer bella poniendo como ejemplo la belleza de las cuatro, para su mejor cumplimiento quiero que le añadamos gracia, hermosura y todas aquellas otras partes que están en consonancia con la perfección de una belleza consumada, como os dije el otro día, y así concluiremos, pues ya va siendo hora. Pero decidme la verdad, ¿no os parece que este retrato conformado a partir de vosotras cuatro ha resultado más hermoso en vuestra mente que el de la tristemente célebre Helena de Zeuxis<sup>133</sup> creada a partir de cinco jóvenes de Crotona? Lo cual es una prueba evidente de que las mujeres de Prato de hoy en día son mucho más bellas de lo que eran las de la antigua Grecia.

VERDESPINA: Pero ¿cómo? Si no tiene ni brazos ni manos, cómo va a poder ser. La estatua situada al principio del edificio del *podestà*<sup>134</sup> es más hermosa que la vuestra, que, aunque no tiene brazos, sí tiene un útil que le permite sujetar el cetro.

CELSO: ¡Qué razón tienes, querida! ¡Pobre de mí, qué es lo que he hecho! Hay que ver, se me había olvidado. Pero ha sido culpa de Selvaggia, que me ha despistado, porque si ella hubiera aceptado sin replicar que su pecho sirviera de ejemplo para nuestro modelo, yo no habría cometido este error y ahora hubiera llegado al punto al que se refiere Verdespina.

SELVAGGIA: Como sigáis diciendo a eso al final me convertiré en piedra de escándalo, voy a empezar a creer que no me queréis.

---

<sup>132</sup> Véase nota 94 de este estudio.

<sup>133</sup> Pintor griego de la época clásica que para representar a Helena de Troya tomó como modelo a cinco jóvenes de Crotona seleccionando las partes más hermosas de cada una de ellas.

<sup>134</sup> Se refiere a un edificio oficial de la época medieval residencia del máximo responsable de la ciudad.

En ese momento, una anciana que había venido para acompañar a alguna de esas jóvenes, de repente, dijo: “Pero ¿qué dices, hija mía? ¿no ves que te está tomando el pelo, ingenua? Ya podía quererme así mi señor, que no tendría que estar todo el invierno suplicando por un par de zuecos”. Y como todos se echaron a reír, la anciana, con cierto desaire, se fue a la cocina y Celso, viendo a todos reírse, continuó diciendo: “Selvaggia, no puedo negar que lo que dice esa buena anciana no sea verdad, pero...”.

SELVAGGIA: Ya estáis con el *pero* que todo lo estropea, pero bien sabe Dios que no soy tan hermosa como para no encontrar en mí ningún defecto, ni tan hermosa como esa figura vuestra que habéis tardado dos días en hacer y no tiene ni brazos ni manos y ha resultado bella. Así que, teniendo en cuenta que mis brazos no son perfectos, decidnos cómo deberían ser.

## DE LOS BRAZOS

CELSO: No os enojéis que ahora lo veréis, por el amor que yo os tengo tomaré vuestros brazos y se los pondré a mi figura, y teniendo esta vuestro pecho y tantas otras partes vuestras que hemos usado, será hermosa y, lo queráis o no, tomaremos también vuestros brazos porque gozan de la longitud proporcionada de la que hablamos el otro día con la cuadratura de la forma humana. Además, son muy blancos –con tonalidades rosáceas en las partes más sobresalientes–, carnosos y musculosos aunque con cierta delicadeza de modo que no parezcan los de Hércules cuando aferró a Caco<sup>135</sup>, pero sí los de Palas Atenea cuando se encontró ante el pastor<sup>136</sup>. Deben gozar de una tersura natural que les dé un cierto vigor y frescura que transmitan tal firmeza que, si presionáis con un dedo, la carne se hunda y se torne más blanca, pero nada más levantar ese dedo esta vuelva a su lugar y recupere su color original.

---

<sup>135</sup> Hace referencia al mito romano en el que Hércules mató al ladrón Caco tras haber sido robado por este.

<sup>136</sup> Alude al momento en el que las tres diosas, Atenea, Hera y Afrodita, se pelean por una manzana y se escoge como juez para que tome una decisión al pastor de Troya, Paris; mito griego conocido como el Juicio de Paris en el que se encuentra mítico de la guerra de Troya.



## DE LAS MANOS

La mano, que todos coinciden en que la vuestra es muy hermosa –me refiero a la vuestra, Selvaggia, y de nada os servirá cubrirla– ha de ser también blanca, especialmente en la parte superior, y grande y un poco rolliza, con la palma un poco ahuecada y con tonalidades rosas, las líneas marcadas, que sean pocas, bien definidas, que se distingan, que no se mezclen ni se crucen; los montes de Júpiter, Venus y Mercurio bien definidos, pero no demasiado abultados; la línea, reveladora de la inteligencia, profunda y marcada sin intersecciones; el espacio que hay entre el dedo índice y el pulgar debe estar en armonía y sin arrugas y con buen color; los dedos son bellos cuando son largos, delgados, delicados y se van afinando hacia el extremo, pero de modo tan sutil que los sentidos apenas puedan percibirlo; las uñas han de ser claras con tonos de color balaje, rosáceos, como la hoja de la flor de la granada, ni largas ni redondeadas, aunque tampoco completamente cuadradas, sino con una bonita forma y con una sutil curvatura, naturales, limpias, bien cuidadas, que se aprecie siempre ese arquito blanco en la parte inferior y en la superior que sobresalga como el recazo de una navaja, sin que haya el más mínimo rastro negro en ellas. El conjunto de la mano debe gozar de una delicada suavidad, como si tocáramos fina seda o bombasí. Y esto es todo lo que hay que decir de los brazos y de las manos. Ahora ya esta figura no será como la de la plaza, hay que ver con quién me la habíais comparado, que sois como una de esas *espinas* que se meten entre la uña y la carne, de esas *verdes*<sup>137</sup> que se clavan más profundamente, menos mal que he tenido ingenio para salir airoso.

SELVAGGIA: Ahora sí que me parece que este diseño vuestro se asemeja a los que crea un buen maestro y, a decir verdad, el resultado ha sido tan hermoso que, si en lugar de ser mujer, yo fuera hombre, me vería obligada a enamorarme como un nuevo Pigmalión<sup>138</sup>. Pero no penséis que estoy diciendo que es hermosa

---

<sup>137</sup> Se refiere a Verdespina y juega con los términos de su nombre: *verde* y *espina*.

<sup>138</sup> Figura mitológica rey de Chipre que se convirtió en escultor con el ánimo de encontrar una mujer perfecta con la que casarse, finalmente se enamoró de una de sus esculturas rogando a Afrodita que le diera vida.

solo porque está compuesta de partes de nuestros cuerpos, sino que todas vuestras aportaciones y los adornos que le habéis regalado con vuestras explicaciones harían parecer bella hasta a la mujer de Jacopo Cavallaccio; porque, y hablo solo de mí misma, si yo tuviera el pecho de esa belleza que habéis predicado con vuestras acertadas y eficaces palabras, no creería ni en Helena, ni en Venus, ni en la belleza.

CELSO: Lo tenéis y lo sabéis, no es menester ahora entretenernos en esto, es bueno para vos y para quien tenga la oportunidad de contemplarlo. Y en verdad, cuando aquel amigo mío compuso aquella hermosa elegía<sup>139</sup> en loor del pecho, habiendo tenido tan hermosa oportunidad, no es gran cosa que llenase tan hermoso lienzo. Pero para concluir nuestra quimera con suma perfección y para que no le falte ningún atributo deseable en una mujer hermosa: vos, Lampiada, le daréis esa venustez que desprenden vuestros ojos, esa hermosura que emana de la equilibrada unión de las diferentes partes; vos, Amrorisca, le daréis esa majestuosidad propia de vuestra persona, esa alegría de vuestro honesto y venerable aspecto, ese porte regio y esa mirada que irradia dignidad, esa elegancia que encandila a cualquiera; una serena belleza, una sugerente hermosura, un atractivo honesto, lascivo, solemne, dulce, le dará Selvaggia, con esa piadosa indocilidad<sup>140</sup> que ha de ser alabada, si no deseada; vos, Verdespina, le daréis esa gracia que ose hace tan atractiva y esa agilidad y dulzura en vuestro modo de hablar tan alegre, ingenioso, honesto y elegante. El ingenio y los demás dones y virtudes del alma no serán menester, ya que hemos tratado de representar la belleza del cuerpo y no la del alma, para la cual sería necesario mejor artista que yo, mejores colores y mejor pincel que el de mi pobre ingenio, aunque no basta vuestro ejemplo para describir la belleza del alma del mismo modo que ha bastado para la belleza del cuerpo.

Y sin nada más que decir, puso fin a su razonamiento y cada uno regresó a su casa.

FIN

---

<sup>139</sup> Probablemente se refiere a la *Elegia a Selvaggia*, compuesta por el propio Finzuola en la que elogia la belleza y atributos de la joven Selvaggia.

<sup>140</sup> Una vez más, Celso juega con el significado del nombre de Selvaggia.